Lorena Pronsky

Despierta

Por la autora de *Rota se camina igual* y *Curame*

Más de 250.000 ejemplares vendidos

Lorena Pronsky

Despierta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin
Random House
Grupo Editorial

“Hagas lo que hagas, busca el latido”.
Elvira Sastre

Nota de autora

Escribir un libro en medio de una pandemia —única en la historia de la humanidad contemporánea— no fue fácil.

Hacerlo atravesada por la escritura de mis dos libros anteriores, que todavía palpitan en el corazón de quienes los leyeron con la misma intensidad que en el mío, tampoco lo fue.

Tan es así que, antes de decidirme a firmar el contrato con esta nueva editorial que me acobija, le dije a Florencia: *Siento mucha presión*.

Presión por salir con mi tercer libro en medio de este caos, pero sobre todo presión por darle al lector un libro distinto.

Un libro compañía. De esos que no soltás ni cuando vas al baño. Un libro que llevás en el asiento del acompañante del auto, en la cartera o en la mochila. Ese que cae abatido sobre tu pecho cuando te vas a dormir, por el agobio de haber sido leído con todo el cuerpo.

Un libro que ponga todo en suspenso, que te abstraiga del mundo exterior por un buen rato y permita que te sumerjas atentamente en otro universo desde el momento en que toques la primera página.

Porque eso es lo que pretendo.

Ese es mi deseo.

Que *entren* acá desde la primera palabra hasta la última.

Que entren.

Que sean parte.

Que lo vivan.

Que se dejen sentir y atravesar por las palabras que lo recorren.

Imagino que cada uno tiene a su lado mate, un café, un té o su vaso de vino. El exquisito silencio acompañado por una luz tenue que venga del reflejo del sol o del cielo anunciando una tormenta.

Una luz que no violente la mirada y que tenga el solo propósito de alumbrar este otro espacio que tienen en sus manos.

Y también imagino arena.

O pasto.

O sillón.

O seguramente cama.

Lo que cada uno necesite para saber que va a ingresar a un mundo distinto pero también propio.

El mundo de las emociones nos pertenece a todos. Y estoy segura de que en cada relato van a poder viajar al interior de sus propios recuerdos. O, quizá, de que comenzarán a permitirse darle lugar a un presente que está golpeando la puerta hace rato y al que no se animan a abrirle.

Yo era una de esas.

Con mucho miedo de vivir las emociones. Entonces terminaba todas las historias de mi vida antes de darles la posibilidad de que sean ellas mismas las que terminaran conmigo. Era como una forma sutil de dejar la puerta entreabierta, creyendo que así me iban a doler menos los portazos.

Recuerdo que hace muchos años le dije a Hernán que tenía miedo de los cachetazos que me pudiera dar la vida, porque nunca había recibido uno.

Nunca me pasó nada malo, fueron exactamente las palabras que pronuncié.

Y realmente tengo miedo, porque no sé si voy a tener los recursos para hacerles frente a las guerras cuando me toque pelearlas.

Casi con la potencia de una profecía autocumplida, así fue.

No estaba exagerando.

Me estaba adelantando.

Un día que recuerdo perfectamente, la vida me agarró con las dos manos, me zamarreó y me tiró en lugares que nunca antes había pisado.

Desde ese día, no me dio tregua.

Dicen que cuando te cae una ficha, te caen todas juntas. El famoso efecto dominó.

Una a una.

Cachetada tras cachetada.

Con el tiempo, y con mucha entrega, aprendí lecciones que

quedaron grabadas a fuego en mi piel.

Hice trabajo de hormiga, entendiendo que la única forma de transmutar el dolor en algo positivo era atravesarlo.

Juro que si hay algo que tuve en ese viaje que aún no se termina fue aceptación. Jamás pregunté por qué.

Sabía perfectamente que esa pregunta era inconducente.

No me iba a llevar nunca a ninguna solución. Y, de hecho, creo que nunca busqué soluciones.

Por algún motivo, ese día y todos los que vinieron sentí que lo que estaba viviendo era la vida y no un espejismo.

La vida.

Sentí que alguien, que tiene nombre y apellido, al menos en mi historia, me abrió la puerta de una patada, prendió la luz de mi habitación, y no me dio tiempo a reaccionar.

Sin ninguna decisión de mi parte, lo único que pude hacer fue despertarme.

Una catarata de emociones nuevas, sentimientos, sensaciones, miedos, angustias, preguntas, inseguridades empezó a caer sobre mí como una tormenta vuelta inundación.

No tenía cómo contenerla.

No sabía cómo deshacerme de todo eso.

De hecho, no tenía idea de la violencia que tiene el agua una vez que rompe las paredes de tu casa. Y cuando digo agua, me refiero a la potencia de los afectos que florecen por cada suceso que se impone en tu vida.

Como en toda inundación, tuve que resignarme a dejarlos entrar.

Uno por uno, sin que yo pudiera ofrecer resistencia alguna, fueron atravesando todas las capas de mi piel.

Y allí se quedaron.

Y con ellos aprendí a convivir.

Los conozco.

Los nombro.

Sé lo que buscan.

Sé lo que quieren.

Sé cómo huelen. Cómo se sienten. Cómo laten dentro de mí.

A ninguno lo rechazo. La puerta siempre está abierta y los dejo

pasar.

Los miro a los ojos, los escucho, y me dejo sentir.

Antes la pasaba mejor. A todos nos gusta dormir y que nadie nos moleste.

Sin embargo, cuando miré con atención, lamenté mucho no haber despertado antes.

Tiempo después entendí que la diferencia entre vivir despierta o vivir dormida se llama libertad.

Pero no fue así.

Desperté cuando muchas cosas ya estaban hechas.

Sí, claro, por mí. Siempre se trata de uno. Hechas por mí.

Y sin embargo, hoy, un poco más sabia, más adulta, más consciente, sé que desperté cuando pude despertar. Es cierto que ya no tengo la posibilidad de despojarme de todas las consecuencias de aquellas decisiones; de hecho, quedaron inscriptas en mi cuerpo, marcadas en cada paso que doy, en mis vísceras, guardadas en todo mi ser. Y gracias a todos esos pasos que di (que hoy, con otra mirada, los evalúo como errores) sé que están ahí por alguna razón.

Por eso las quiero.

Porque son mi aprendizaje: la posibilidad infinita de dar vuelta gran parte de mi paso por este mundo. Y eso ya está sucediendo hace rato.

Soy yo. Quién lo hubiera dicho. Soy yo la única que puede hacerlo.

Todavía falta, siempre falta, pero cada vez estoy más cerca de pegar el salto, y no al vacío.

Todo lo que vino después de aquel día fue un viaje hacia la verdad que la vida me fue develando.

Sé quién soy.

Sé lo que quiero.

Y sé el nombre de lo que me está pasando.

Recién ahora puedo empezar a gestionar mis pasos en libertad.

Con plena conciencia.

Despierta. Bien despierta.

Encontré el camino en mí.

En mis poemas.

En mis relatos.

En mis reflexiones.

En todos ellos se percibe la conciencia absoluta, el registro emocional de los sucesos de la vida, de las historias mías y también de las que escucho puestas en lo más puro que la vida me ofrece: las palabras.

Palabras.

Tener registro de lo que nos pasa es tener registro de lo que sentimos. Y para eso hay que tener valor. Mirar hacia adentro y asumir lo que nos pasa.

Todo lo que queremos, sentimos y deseamos ser.

Y también, y sobre todo, aquello que no queremos más.

Dejarlo salir. Aceptarlo. Darle voz.

Nombrarlas. No juzgarlas.

Todos nosotros somos un conglomerado de personalidades conviviendo dentro de un solo cuerpo. Tenemos matices, muchos matices de sentimientos que vale la pena tocar.

Por eso, en cada relato predomina una emoción diferente. Y muchas veces no sé ni quién es la dueña de esa voz, ni siquiera la conozco hasta que la hago letras y es recién entonces cuando puedo conocer esa otra parte mía que estaba apretada en mi interior asfixiándome.

Y, como estoy compartiendo vida en cada uno de ellos, es imposible que quien se anime a entrar no se haga carne. No se identifique. No se mire en el espejo de un alma ajena que finalmente va a terminar sintiendo como propia.

Los espero adentro de este viaje.

Que cada uno se acomode ahí adonde sienta que pertenece.

Déjense llevar. Lo otro vendrá después.

Ahora, solo los invito a despertar.

1
Wendy

Soy Wendy sentada en el sillón de mi casa, mirando por la ventana de mi cuarto, esperando que Peter Pan me venga a buscar para llevarme a volar.

Hace años que lo estoy esperando. Desde el día en que me prometieron la historia que todavía nadie cumplió. Pero yo sigo fiel a la espera, porque así me comprometí y también porque la esperanza es lo único que me mantiene viva.

En todo este tiempo lo único que hice fue confundirme al personaje de la película porque tengo necesidades afectivas. Cualquiera que reuniera algunas de las características que el príncipe de mi cuento simulara tener pasaba la prueba. Y es así como me enamoro de cualquiera.

Carencias afectivas.

Mi infancia fue bastante complicada, por una razón muy pequeña pero que me abrió el corazón en cuatro pedazos. Desde ese día intento que alguien pueda venir a pegármelo.

Busco. Tengo expectativas. Le pido al universo. A veces prendo velas.

Es muy sencillo. No quiero detenerme demasiado a explicar complejidades.

Ya no importa demasiado. Hice todos los deberes y trabajé muchísimo con mi interior para poder saldar las cuentas del dolor y del reproche que alguna vez tuve.

Y lo logré, con mucho esfuerzo y entrega lo logré. Pero la cicatriz parece que de vez en cuando vuelve a un estadio anterior, y la veo sangrando otra vez.

Mi mamá no me miraba.

Y con esto quiero decir que me miraba pero no me veía.

Ella fue una madre muy presente, pero de esas presencias ausentes.

Recuerdo que su ritual diario consistía en sentarse en el sillón que estaba pegado a la ventana del living que daba a la vereda, prender su cigarrillo, apagar las luces, y ahí se quedaba estancada durante horas. Quizás era solo un rato, y no es mi intención ser mentirosa. Pero la edad que yo tenía para ese entonces lo decodificaba como días, meses, años.

No recuerdo qué pasaba con el resto de mi familia mientras ella se sentaba a mirar un punto fijo sin conciencia del mundo que la rodeaba.

Ese punto debería tener algún significado que yo no sabía, porque el tiempo que le dedicaba era demasiado.

De ese tema no se hablaba jamás, y no porque yo no quisiera, sino porque ella lo desmentía cada vez que alguien le sugería que trasladara su tristeza a otro lado.

Hoy se lo recuerdo, pero ella dice que invento. Y de mi hermana dice que es una desagradecida. Que no sabe de dónde sacamos esas barbaridades. Que no puede entender quién nos llenó la cabeza. Nos acusa de tener mala memoria.

Nos discute mucho a las dos: insiste con que su salud mental nunca flaqueó. Y entonces, mientras dice esto, la depresión baja la guardia y exhibe una fortaleza animal pocas veces vista.

Mi hermana revienta en llanto de la bronca que le genera la situación. Y yo me fui acostumbrando a no escuchar cuando cuenta historias que no son ciertas.

Yo tengo pruebas de lo que digo: el nombre de todas mis cicatrices.

Y con eso me alcanza para no tener que ponerme a pelear.

Pero más allá de la discusión, la verdad es como la cuento. Ella no estaba. Y yo tampoco estaba para ella.

Cuando digo que no me miraba, no es una metáfora. Es literal.

Me recuerdo a mí misma de manera muy vívida. Siempre haciendo lo mismo, como una manera de llamar su atención. Mal logrado mi juego, porque nunca se inmutó.

Yo le dejaba una carta donde le decía que había decidido irme de esta casa porque sentía que no me querían. Con pinturitas de colores le contaba que había llenado una valija con algunos trapos y muñecas, y

que para cuando ella leyera esas letras yo ya no iba a estar ahí. Le decía que la quería un montón, pero que necesitaba buscar la felicidad.

Y para alcanzar la felicidad, en ese momento, me habría alcanzado con que me tocara.

Que me abrazara.

Que me contara un cuento.

Que me mirara. Yo quería que me mirara.

¿Tan difícil podía ser eso, mamá?

Apoyaba la carta en la mesa de la cocina a la hora que se iba a sentar en su sillón. Mamá solía prender su cigarrillo con el fuego de la hornalla, así que sabía que la mesa de la cocina era un paso obligado.

Dejaba la carta, me iba a mi cuarto y, cuando la escuchaba levantarse de su cama, me escondía en el placard.

Nunca supe qué pasaba durante ese tiempo. Porque cada tanto mi niñez espiaba por la puerta y ella ya estaba sentada en su sillón.

El llamado a la cena me obligaba a salir del escondite, y qué ocurría con esas cartas que nunca se leían siempre fue mi gran preocupación.

Los años pasaron y la vida siguió su curso, pero la intriga nunca me abandonó.

Por temor, jamás quise preguntar.

Hace un tiempo mamá se mudó de nuestra casa. Ayudamos un poco a separar las cosas típicas de la mudanza, y a mí me tocó organizar los cajones de la cocina.

Recuerdo mucho esos cajones porque mamá escondía algunos dólares que mi tío le mandaba de regalo desde Estados Unidos. En el medio tenían como una abertura chiquita pero lo bastante grande como para meter la mano y poner sus ahorros ahí. Lo recuerdo perfecto porque lo descubrí una noche mientras ella dormía, y yo, que siempre tuve insomnio, me dedicaba a ordenar los cubiertos de forma prolijita. Entonces, en medio de la mudanza, recordé ese escondite y, con una sonrisa pícara, miré para los dos costados y metí la mano.

No estaban sus dólares.

Estaban todas mis cartas.

Leídas. Dobladas y guardadas en un cajón de cubiertos de una cocina inmunda.

No hubo magia, no había trucos.

Ella las leía, y sin embargo nunca eligió abandonar a su depresión para ir a buscarme a mí.

Siempre le digo a mi hermana que tengo mucho miedo de heredar ese fantasma de mamá. Y ella me dice que no me equivoque, que no nos parecemos en nada. Que yo soy una buscadora. Que tengo un montón de amigas.

Y de sueños. Y de esperanza. Y también de vida por delante.

Que yo no soy mamá. A pesar de mis emociones. De mis ausencias. De mis soledades.

Vos no sos mamá, por favor. No podés comparar.

Le creo a mi hermana. Confío ciegamente en ella. Pero lloro la resaca de un temor que todavía no puedo silenciar.

Le creo. Claro que le creo.

Solo que a veces me pregunto…

Qué hago acá sentada en este sillón.

Mirando por esta ventana.

Esperando que Peter Pan me venga a salvar.

Y tengo miedo.

Mucho miedo.

2
Un día

Sé perfectamente que estás mal.

Puedo agarrar tu enorme cuerpo con la palma de mi mano.

Conozco el dolor que sentís cada vez que querés volver y ya no tenés ni siquiera la libertad para llamar. Entiendo que ese lugar se terminó. Conozco a la perfección cómo duelen los domingos. Y sin embargo también sé de la soledad que sentís en cada encuentro con tus amigos, en el que estás sin querer estar.

Puedo recordar lo que es vivir con ansiedad en las tripas y querer arrancártela a mordiscones. Nada ni nadie es capaz de asesinar ese monstruo que vive en tu cuerpo.

Sí, claro que lo sé.

Todos estuvimos ahí alguna vez.

Por eso entiendo que, mientras duele, no hay consuelo en ninguna palabra que puedan decirte para aliviar tu tristeza.

Ya sé. Ya lo sé.

Pero necesito que confíes si te digo que un día ya no te va a quemar el pecho. Que es cierto que esa marca te queda y probablemente nunca se vaya. No te quiero mentir: te muestro las mías.

Pero el dolor tiene un lenguaje propio.

Es harina de otro costal.

Encuentra la salida.

Conoce otros rumbos.

Pierde la intensidad.

Un día la tristeza ya agobiada deja lugar a la tranquilidad. No vas a ser consciente del tiempo que estuviste detenido en la nada. Focalizando en el color gris de las nubes de una tormenta que nunca empieza pero que tampoco acaba.

Pero creeme que detrás de esa niebla está el sol. Y solo lo ve quien

espera lo inevitable. Porque sí. Porque ya va a sanar. Y mientras eso suceda mi consejo es que lo hables.

Que llores lo que necesites.

Que duermas lo que te pida tu angustia.

Que nunca reprimas tus emociones, porque lo peor que puede pasarte es que mueran ahogadas dentro de vos.

Que cortes el cordón umbilical con la esperanza.

Que si te lo digo es porque a mí también el duelo me quitó la sonrisa. Sé que es tremendo ver cómo nadie se da cuenta de que es en tu silencio donde más grita tu alma. Pero acá me ves un tanto más fuerte. Y eso es porque siempre seguí, estoicamente.

Seguí.

Respeté mis penas y sus tiempos.

Me di mi lugar.

Entonces un día, y doy fe de que nunca vas a saber cómo ni cuándo, las ganas te vuelven a golpear la puerta otra vez.

Sí, claro. Las de vivir, te digo.

Las de vivir.

Tranquilo, mi amor.

Tranquilo.

Que un día de estos
volvés
a reír
otra vez.

Te lo prometo.

3
Pena

Cada tanto pienso en escribirte y decirte que pude.

Que por fin pegué el salto que no me animaba a dar y me quemaba la cabeza noche por medio. Imagino la alegría de compartir mi crecimiento con vos y se me dibuja una sonrisa en la cara.

Mi alma manifestando su felicidad por el simple hecho de que vos lo sepas.

Que vibres conmigo.

Que festejemos juntos.

Que celebremos mi logro que, desde ahora, es de los dos.

Y entonces acá estoy. Intentando no marcar el número del desinterés para ser testigo de algo que yo sé mucho antes que vos.

Si te hubiera importado, me habrías preguntado.

Si hubieras querido saber, me habrías llamado.

Si hubieras tenido la copa de vino a la espera de ser levantada junto a la mía, no me habrías soltado la mano.

Hay despedidas que son abandonos. Y yo entiendo perfectamente que, cuando las cosas no funcionan como uno espera, irse es avanzar. Seguir, en muchos casos, implica dejar atrás. Por supuesto que lo entiendo y pienso lo mismo que vos.

Pero ¿abandonar? ¿No regresar nunca más? ¿Desentenderse y tirar a la nada el afecto que nos unía?

Hay gente que celebra ir descartando vínculos porque les dijeron que eso es evolucionar. Y yo intento aprender de todas las cosas, pero si hay algo en lo que no puedo encontrar una lección, es en el abandono.

Disculpame, pero no la encuentro.

Sí veo la vida diciéndome a gritos que todo eso que tuvimos fue una fantasía mía. Pero ¿aprender de eso?

¿Agradecer que nunca te haya importado mi corazón?

¿Pasé de año emocional ahora que sé que hay gente que te quiere solo por un rato?

No. No de todo se aprende.

A veces solo se acepta sin chistar.

Se acepta.

Y si querés acepto que ya no te importe como en ese pasado ahora muerto y clausurado.

Y si querés tampoco te reclamo tu ausencia.

Ni te pido explicaciones.

Ni te pido que seas vos quien me consuele por el daño que me provocaste.

Muda me quedo, si te sirve.

Casi muerta.

Todo lo que haga falta.

Pero ¿agradecer el suceso y soltar?

¿Aprender de algo que mi esencia repudia?

No.

Esa es la única trampa en la que no voy a ceder.

A mí me da mucha pena la gente que se codea con el desamor.

Muchísima pena me da.

Y no voy a detenerme a buscar el lado positivo de un horror emocional.

No puedo agradecer.

No puedo aprender.

No puedo arrepentirme de haber dado amor a cambio de abandono.

No quiero.

Mucha pena me da.

Pero por vos te lo digo.

Te lo juro que es por vos.

4
La potencia de tu mano

Sos el alma que me vuelve al cuerpo cada vez que estoy a punto de caer al abismo.

Imagino que vas a venir y entonces tacho las horas con la misma ansiedad que esperaba poder abrir los regalos en la Noche de Reyes.

Te extraño y entonces, cuando hago memoria, me doy cuenta de que el tiempo puede pasar pero tu recuerdo está intacto, grabado a fuego.

Entiendo que todo sigue dentro de mí cuando me doy el permiso inevitable de pensarte otra vez. Si supieras lo que te extraño, no me lo creerías. Me dirías que me calle.

Callate, Lorena. No inventes.

Estás presente en mí cada vez que abro la puerta de cualquier casa y me choco con la realidad, que me muestra que en ningún lugar estás.

Me falta tu abrazo cada vez que la cama ya no me contiene.

Tu risa.

La potencia de tu mano.

El hueco de tu pecho donde anidaba mi amor, mi deseo, y me acostaba a descansar.

La complicidad de no reclamarnos nada y disfrutar de los espacios que cada uno necesitaba.

Perdoname.

Tuve miedo y hui.

Arruiné todo por temor a que ese todo algún día me arruinara a mí.

Y me fui.

Perdoname.

No sé vos, pero yo nunca sentí que te perdía, porque nos despegamos tan rápido que no llegué a vestirme de negro ni una sola vez.

Y, sin embargo, ayer volvimos a hablar.

En ese mismo instante me di cuenta de que hace meses que no me río.

Meses deambulando por espacios que no me pertenecían.

Mirando a la nada, buscando mis nuevos deseos.

Meses vacíos.

Hasta ayer.

Todo siempre nos vuelve al mismo lugar en el que dejamos. Vos entendés lo que te digo porque otras tantas huidas fueron tuyas. Todas tuyas.

Y acá estamos otra vez, de manera inevitable.

Bajando la cabeza frente a las órdenes del destino.

Somos una historia mal contada.

Mal parida.

Mal llevada.

Mal terminada.

De esas historias reales.

Eternas.

Sentidas.

De las que nunca empiezan para evitar que un día se acaben.

5
Lo inconcluso

Lo inconcluso perturba. Es una mosca haciendo ruido insistentemente en el silencio de la noche. Es algo que nos saca de foco. Nos aleja de nuestra misión personal, quedando a la espera de la oportunidad de poder cerrar la historia que solo permanece abierta en nuestra fantasía.

Y uno pierde tiempo.

Y gasta fichas de angustia.

Y todos los días amanece con la ansiedad de una respuesta de un otro que carga con una pregunta impuesta.

Lo inconcluso se defiende del vacío y busca su resolución en la fantasía. Ese mundo paralelo donde todo se vuelve posible.

Nadie se anima a la resignación de la pérdida, porque soltar las expectativas no se siente como un cierre. Al contrario, muchas veces nos golpea como un fracaso.

Lo inconcluso quiere vivir.

Demanda contar su historia.

Saber que llegó al final del camino porque no funcionó, pero no porque no se lo permitieron.

Lo inconcluso huele a vacío.

Duele en el pecho.

Tiene forma de un agujero que no se puede tapar mientras exista un "no" como respuesta: no se aceptan los "no" como un cierre.

El ego necesita entender: que le aclaren, que alguien le explique.

Es la trampa del dolor enquistado.

Es Penélope esperando a su muerto por más que le digan que no va a regresar.

Es involución emocional.

Por eso, aceptar lo inconcluso como tal resulta un reto, un desafío.

Muchas veces retirarse también aplica como final. Es que no todas las batallas pueden ser jugadas y, sobre todo, esas en las que no hay rivales disponibles. En ese momento hay que despertar. Sacar la bandera blanca y terminar para encontrar la paz.

No hay batalla.

No hay otro.

Es uno mismo frente a un espejo no queriendo asumir que para seguir es necesario dejar ir lo que el otro no quiere que suceda. Y esto no se llama injusticia, se llama realidad.

Y lo siento mucho yo también. Pero si del otro lado no hay deseo, no hay historia que vaya a ser vivida: hay una puerta cerrada.

Aceptarlo es cortar las cadenas que uno mismo se puso, limpiarse las manos, levantar la cabeza y prepararse para seguir la vida con un capricho no cumplido. Con un deseo apagado pero con miles esperando en la fila a ser encendidos.

Renunciar, muchas veces, es avanzar.

Entonces habrá que entender que, de vez en cuando, lo único que permanece inconcluso cuando del otro lado ya dijeron que no quieren, que simplemente no nos quieren, es la propia existencia.

Nuestra propia vida.

Y es en eso donde hay que ponerse a trabajar.

6
Ese

Cuando ese recuerdo doloroso se transmuta en tu refugio más lindo, cuando deja de ser algo que te encuentra para ser algo que uno mismo busca, ahí, donde entrás sin miedo, despacito, sin hacer ruido, cada vez que necesitás estar en paz… Ese, creo yo, es el final de tu duelo.

7
Cambios

Hay cambios que no son cambios. Son atajos para despistar al miedo que late dentro de esa decisión que no te animás a tomar. A simple vista parece que uno hizo su trabajo, pero en el fondo sabe que está mintiendo.

No cambió, lo maquilló.

Y cuando empiece a llover y toda la pintura se corra y termine con la cara sucia, la tristeza y el desgano lo van a confrontar otra vez.

A veces patear con la pierna izquierda modifica la dinámica del juego pero se sigue jugando como si nada. La estructura se mantiene intacta y esto está bien si es lo que uno busca.

Pero, otras veces, se frustra porque se da cuenta de que esa movida es lo único que se anima a hacer cuando en realidad la vida le está pidiendo que juegue a otra cosa. A algo nuevo. Distinto.

En la primera parte estamos hablando de un cambio en la dinámica del sistema.

En la segunda, de un cambio de sistema. ¿Se entiende la diferencia? Porque es radical para entender qué es lo que tengo que hacer.

A veces no es más. A veces es distinto.

No se trata de correr más o menos. Se trata de saber para qué lado estoy corriendo. Frenar. Dejar de correr. Y sí, claro. El bendito salto: pegar la vuelta para otro lado.

¿Es gratuito? No.

Cuesta mucho miedo.

¿Y cuánto vale ese miedo?

A veces, la vida entera.

8
Aire

Te miré otra vez. Sentado frente a mí, y de repente ya no tenías más preguntas sin respuestas.

Mi cabeza se calló la boca.

No puedo creer que esta distancia haya sido solo el recreo más largo del mundo y nada más.

Se acabó el misterio y la realidad me golpeó la puerta.

En un segundo comprendí dónde estuvo escondida la primavera todo este tiempo. Un puto segundo me bastó para saber que estuve ausente porque tenía las alas marchitas. La motivación muerta. El deseo apagado.

Vos no estabas.

Otro maldito *déjà vu* fue nuestra cena.

Dos copas de un vino que no tenía sabor a nada nuevo, y *Otro día nos vemos* fueron las palabras que cerraron la noche que nunca dejó de estar abierta.

Nunca dejé de quererte.

No te estaba olvidando.

Solamente estaba tomando un poco de aire.

9
No te voy a salvar

Te dije que te necesitaba y, ni bien cerré la boca, me di cuenta de que era un mal comienzo.

Que si no estabas no podía ser feliz, y fue tu cara la que me avisó que todo estaba yendo peor.

Esperé que mis palabras te conmovieran un poco y que te dieras cuenta de que eras el centro de mi universo, la llave mágica que conduce a mi felicidad y la palmada en la espalda que me salva de este desamparo de ganas.

Te estaba regalando el poder sobre mi vida para que te dieras cuenta de cuánto te valoro.

Todo eso es lo que te quiero. Quería que sintieras el orgullo de poseer todo mi amor.

No medí las consecuencias de mis palabras.

Fue tu cara de desprecio la que reflejó que no ibas a aceptar el peso de esa mochila que yo intentaba cargarte, acaso sin pedirte permiso.

Depender alivia, ¿no?, dijiste distante al probar tu café. Sí, claro que alivia. *Hay gente que no se quiere curar. Con el alivio les alcanza porque curarse implica sufrimiento.* Seguiste hablando con la fuerza de quien devuelve una pelota que le cayó inesperadamente en el jardín de su casa.

A todos nos duele abrir las heridas para después tener que cerrarlas. Lo sé, chiquita. Claro que lo sé. Pero, también, están los otros que, como yo, no quieren ser el remedio para la enfermedad que el otro no tiene ganas de enfrentar.

No puedo hacerte feliz, me respondiste.

No quiero intentar algo que atente contra tu propio crecimiento y me lleve puesto en el camino como sacrificio a tu consuelo.

No me conmueve que me traslades el mérito forzado de tomar tus

propias decisiones.

La libertad da miedo, repetiste dos veces, mientras no me bajabas la mirada.

Da miedo desperdiciar oportunidades, equivocarse, elegir rumbos que terminan en nada, dar un salto demasiado corto. Dar un salto demasiado largo. Dan miedo las consecuencias y los resultados. Lo que vaya a decir la gente que te conoce. Da miedo el silencio de tu almohada.

El reflejo de la verdad en los espejos.

Pero más miedo debería darte que todo eso lo hagas depender de decisiones que otro tome por vos.

Yo no te voy a hacer feliz.

Yo no te voy a salvar.

Yo no voy a dar el salto por vos.

Ni tampoco sentir en tu lugar.

Claro que da miedo dejar lo conocido, y yo lo sé.

Pero ¿que me des la llave de tu vida? No. No te confundas.

No la necesito como trofeo.

Tu dependencia no me infla el pecho. No me siento querido, amado o deseado porque me tires tu vida para ver si te la atajo.

No me eleva tu falta de fortaleza, dijiste mientras terminabas tu café.

A mí me da mucha lástima.

10
Un abrazo

Un abrazo que te asalte por la espalda y te quiebre los miedos.

Que tenga la magia de romper la soledad en partículas tan chiquitas que ya no puedas, ni siquiera, distinguirlas en el piso.

Un abrazo que te haga vibrar del asombro y te devuelva de un golpe a la vida. Milésimas de segundos te alcanzan para entender que la eternidad nada tiene que ver con cuánto dure un momento sino con la intensidad y plenitud con la que lo estás viviendo.

Un abrazo. Una mirada y un beso en los ojos. Sí. Me gustan los besos en los ojos. Siento que quien no ama es incapaz de cerrar los párpados con la boca.

Yo ya probé y por eso sé lo que te digo. No miento.

Un abrazo que se haga cueva en otro cuerpo, que te proteja de tu respiración, esa misma que de tanto cansancio, de tanto hartazgo, un día se transforma en viento.

Un abrazo fuerte, pesado, con ganas. Que te levante en el aire y te sirva como recuerdo cada vez que necesites un lugar a donde ir a descansar.

Claro. Eso. Un recuerdo.

Perdón, más que un recuerdo.

Un latido.

Un abrazo que destruya todas las mentiras anteriores, todos los versos confundidos con poemas y que les quite las espinas a las rosas.

No importa cuánto dure. Qué importa.

Un minuto. Un día. La vida entera.

Que sea el del encuentro.

Que sea incluso el de la despedida.

Que sea cierto. No importa que sea el primero, el del medio o el último.

No tengo pretensiones.

Solo te pido un abrazo que me abra el alma como un mapa. Que me mires y no hables. Que me toques y me leas y que entonces yo tenga la certeza de que ese abrazo fue, y siempre será, solamente mío.

Un abrazo, pero no cualquier abrazo.

Ese abrazo.

Ese

Abrazo.

11
Dejarte

Hace muchos años leí un cuento muy cortito.

Recuerdo que estaba en la primera página, como si fuera el prólogo. Desde ese día, por algún extraño motivo, lo tengo intacto en mi cabeza. Como si fuera un virus silenciado que se activa en muchos momentos de mi vida. Y hoy fue uno de esos momentos.

El cuento decía que cuando uno ve a un perro que es atropellado por un auto, en ese mismo momento y casi como un reflejo, lo primero que quiere es salir corriendo a rescatar a ese cachorrito indefenso, levantarlo del asfalto y encontrar desesperadamente la forma de curarle las heridas.

Realmente duele en el alma ver a alguien gritar de dolor. Y casi como un acto inevitable, se lo ayuda. Sin embargo, y tal como aparece relatado en el cuento, lo más probable es que ese perro, desvalido, destrozado y con la mínima fuerza que necesita para renguear, nos muerda. Nos pegue un tarascón.

Entonces uno se enoja. No puede entender la ingratitud del animal. Se reprocha a sí mismo haber tenido buenas intenciones. Se pregunta indignado para qué se metió donde nadie lo llamó.

Nadie entiende que ese perro mordió porque estaba herido. Y como todo herido, está asustado.

Muchas veces yo también soy ese cachorrito que pega el salto cuando intuye que alguien quiere tocarlo donde lo golpearon. Es un mecanismo de defensa.

Pero, otras tantas, fui esa entrometida bienintencionada queriendo levantar un dolor ajeno sin que nadie me haya pedido ese favor.

Y entonces también sé lo que se siente cuando te muerden.

Acá tengo las manos llenas de dientes clavados.

Y duelen. Claro que duelen.

Sin embargo, y todavía con la mano lastimada, pude entender algo importante.

No se le puede pedir a ese cachorro conciencia de lo que está haciendo.

No se le puede exigir que sienta arrepentimiento, culpa y pida perdón.

No se le puede pedir a alguien que está herido que valore nuestro gesto de amor.

Nada. Absolutamente nada se le puede pedir a alguien mientras está con miedo y sangrando.

Hay que dejarlo.

Dejarlo que supure el tiempo que necesite. Donde necesite. Y como necesite.

Hay que dejarlo solo a pesar de que nos dé pena.

Hay que darle espacio para que despierte. Tiempo y lugar para su propio aprendizaje. Un hueco en el que pueda enfrentarse con sus fantasmas y los recursos que tiene para matarlos y, sobre todo, hay que resignar el deseo ególatra de pretender salvar a alguien que no quiere ser salvado.

Soltar todo esto es muy duro. Pero quizás es la forma más honesta de aprender a querer a los demás. Porque todo este trabajo implica irse.

Asumir que con nuestro amor no alcanza. No le alcanza.

Hacerse a un lado.

Dejarlo crecer.

Que sea libre.

Corriendo el riesgo narcisista de que prefiera lamerse las heridas en otro lado. En otro cuerpo. En otro amor. O, lo que es peor, que con plena conciencia decida quedarse como está. No pretender sentirse mejor.

Es difícil.

Es una situación muy difícil.

Pero cuando uno percibe cuál de los dos es el adulto de la relación, tiene que tomar coraje y plantarle la cara a esa decisión.

Los cachorros heridos no toman decisiones. No pueden.

Es el otro el que tiene que agarrar el bolso y decir adiós.

Y eso es lo que hice recién.

Hace un rato. Un par de horas. Todas las que llevo sin dormir.

Jugué la última carta que tenía: decirte adiós.

Una despedida dolorosa y dramática como una novela repetida y previsible de las dos de la tarde. Pero con la certeza absoluta de que correrme sea quizá la forma que vos tengas de encontrarte.

Ojalá despiertes, mi amor.

Porque ese escalón en tu vida será también el recuerdo de un gran aprendizaje en la mía.

Dejarte para que vos puedas crecer.

Dejarte para que yo pueda seguir mi camino.

12
Andate

Cuando los moretones los tiene la autoestima, cuesta mucho recordar cuál fue el primer golpe. Pero me animo a decir, casi con la inocencia de todo debutante, que el primer puñal que te clavan por la espalda se llama destrato.

Indiferencia.

Desprecio.

Silencio.

Como quien te hace sentir, con la fuerza de un huracán enojado, resentido, que tu presencia le sobra.

Le estorba.

Le complica la existencia.

No siempre la violencia se ve de inmediato.

A veces, hay que esperar una nueva piña en el ego para activar el recuerdo de la primera vez que te trataron como si no estuvieras. Como si no valieras.

Entonces, cuando un día cualquiera respondas con los recursos de un niño asustado, paralizado frente a la potencia de una voz que se levanta, de una mirada que nace por encima de la tuya, de una palabra mal puesta, en la orilla de una conversación que aún no comenzó, comprenderás que toda herida deja una huella que nunca se olvida. Lejos de eso, siempre se vuelve a sentir una y otra vez. No solo se siente, se revive.

No te repliegues frente a los cuchillos que ves salir disparando hacia tu pecho.

Andate.

Huir es también un instinto de supervivencia. Y el desamor, ese que se usa como herramienta de defensa, también es violencia.

Hay que tenerle miedo a la gente que te destrata, que te humilla,

que te subestima como modo de vincularse.

Es uno de los agujeros espirituales que después no sabés con qué llenar.

Es el amor propio ahogado en un pozo ciego sin una soga a mano para empezar a salir.

Andate, aunque no sangre. Andate igual.

Porque hay dolores que se imprimen en el alma y duelen siempre como si fuera la primera vez.

Siempre.

Duelen.

Como si fuera

la primera

vez.

13
Muérase

Solo transmuta quien despierta.

Esa persona que un día decidió tirar abajo el edificio que dejó de sostenerlo. Lo revienta. Lo dinamita. Patea el tablero de su vida.

Duele. Sí, claro que duele.

Es como ir sacando un yeso que cubre el cuerpo y el alma entera de forma lenta. Muy lenta.

Y un día, uno pega el grito.

Me está doliendo.

Me tira.

Me molesta.

Y entonces se arrepiente en el camino.

No me lo quiero sacar aunque me quede incómodo. Pero una vez que uno abre los ojos, no hay marcha atrás. Sigue. Sigue porque sabe que si piensa en cosas lindas, como cuando era chiquito, quizá se haga más soportable.

Y respira.

Cierra los ojos.

Y dale. Sigue tirando. Avanza. Resuelve.

Camina.

Se va descomprimiendo.

La sangre oxigena diferente. Se siente mejor. Sabe que le queda un poco más y ya está. Por eso sigue, aunque lastime.

Cambiar no es fácil, porque supone romperse. Y romperse nos deja más vulnerables que antes de usar la careta de lo impoluto. La indiferencia de lo que nos queda cómodo.

Zonas de confort.

Morirse a viejas versiones de uno mismo implica millones de nacimientos. Miles de hojas en blanco.

Pinturitas de colores y dibujo libre. Y sí, el dibujo libre es el más difícil de todos, porque no cualquiera se banca la libertad.

Muérase, decía el escritor. *Muérase* a la repetición de usted mismo.

Muérase a lo que ya no es.

Permítase que el dolor haga su metamorfosis.

Cambie. Arránquese la piel. Muérdanse los pedazos que ya no sirven, escúpalos. Deje que se recicle su piel. Anímese de una vez.

Nada nos define. Nada nos nombra. Vamos siendo junto con las circunstancias.

Abrí de una vez la puerta hacia lo novedoso.

Abrí. Morí. Nacé. Tantas veces como sea necesario. Hasta que sientas aire limpio en los pulmones.

Nadie puede romper con la toxicidad de un mundo enfermo. Pero sí puede hacer que esa toxicidad no lo afecte.

¿Cómo?

Muérase y empiece otra vez.

Ahora.

Mañana.

Ayer.

14
No estabas

Probablemente no hayas sido vos quien me negó todo lo que esperaba encontrar en tu mirada. Supongo que fueron mis propias expectativas las que me humillaron al sentarme en la silla de la indiferencia.

Yo vi, con mis propios ojos, que no me querías.

Fui testigo y cómplice porque sé que tener la boca llena de nada es de mala educación, y sin embargo no te dije nada.

Me dolió percibir la ausencia de tu deseo. Fue algo así como estar tocando el fantasma con el que me había acostado la noche anterior.

No estabas.

Imaginé un cuento que no existió ni siquiera como posibilidad de que fuéramos algo indefinido.

Sentí cómo me iba apagando de a poco, a medida que la luz de tus ojos no pudo detenerse ni un solo segundo en los míos.

Me sentí poca cosa.

Triste.

Avergonzada.

No sabía si estabas esperando que me fuera, o si realmente alguna vez deseaste que llegara. Quizá tardé en darme cuenta de que presioné un encuentro.

Fuimos dos cuerpos enfrentados sin un lugar donde poder conectar con los sentimientos.

No tenías nada para darme.

No me dejaste un solo hueco donde pudiera darte algo.

Solo quise probar si mi amor podía rescatarte de tu naufragio. Pero la que se terminó hundiendo fui yo, en el medio del mar de tu desamor.

Yo vi cómo no me quisiste.

Sentí a la perfección cómo ni tocaste mi mirada.

Probé de tu boca el silencio.

Esperé todo este tiempo para verle la cara a la nada.

No estabas roto. Mentira.

Estabas seco.

Muerto.

Y ahora me duele el pecho.

La angustia me está haciendo respirar distinto.

Y a vos no te importa haber abusado de mi tiempo. Nada te importa.

Fue todo una mentira.

Vine llena de infinitas posibilidades donde todos mis sueños me decían que siempre sería primavera, pero me voy con el otoño en la garganta. Tragándome los pétalos de las flores que nunca florecieron porque ni siquiera me diste un pedazo de tierra donde plantar la semilla de mi amor.

Ingrato.

Me llevo la ansiedad, el insomnio y la vergüenza.

Vine a darme una chance que nunca estuvo en tus planes.

Yo vi, con mis propios ojos, cómo no me quisiste.

Y ahora me toca irme de un lugar que nunca existió.

Mentiroso.

Mirá cómo estoy. Perdida. Muy perdida.

Sin saber a dónde voy a llevar las flores para la despedida de una historia que nunca jamás sucedió.

Decime dónde termina este entierro.

Decime cuándo empezó.

15
Es la leña

Esta historia, que permanece escondida, silenciada, encerrada, es la leña que mantiene prendido el fuego de un hogar que no es el tuyo.

No te ama.

Te necesita.

16
Irme yo

Nunca me imaginé que irme también era un acto de amor.

Hasta que vi el dolor que te causaban todas las expectativas que nunca pude cumplirte.

Todas las noches oscuras del alma que fui capaz de provocarte.

No sabía, te juro, que irme era, quizá, la forma más noble de quererte.

De liberarte de mis errores.

De mis razones egoístas.

De mis decisiones no tomadas.

De mi cobardía proyectada como enojo.

Estoy cerca y te hago mal. Después pido perdón y te digo que no fue mi intención. Simplemente porque esa es mi verdad.

Pero tu corazón no valora mis intenciones.

Solamente recibe los cachetazos de una mano que no puedo controlar porque, y en esto tengo que ser sincera conmigo misma: esta es mi forma quererte.

Llevándote hasta el límite.

Jugando con tu inocencia.

Escapándome cada vez que lográs darte cuenta de cuáles son mis escondites.

Entonces tu corazón grita. Se queja. Le duele.

Te duelo.

Y yo insisto en que te quiero.

Y, sin embargo, hace tres días que estoy sangrando por el dolor que te causé con mis propias espinas.

Te quiero mal.

Muy mal.

Tenés razón, todas las veces que te las niego.

Qué clase de persona soy que no puedo cuidarte del dolor de mis propias heridas.

Pensé en dejarte ir.

Pero es parte de mi hipocresía. De mi mentira. De mi especulación.

Te manipulo cada vez que permito que me dejes porque sé que mañana vas a volver.

Los dos sabemos claramente que esa puerta no podés cerrarla.

No podés.

Entonces, irme es mi manera de pedir disculpas.

Es quizá la primera vez que te estoy queriendo bien.

Cerrar esa puerta yo.

Irme yo.

Dejarte yo.

Clausurarte todas las puertas que ves como posibilidades.

Eso, todo eso, amor mío, es quererte bien.

Es pensar en vos.

Es cuidarte a vos.

Amarte a vos.

Quererte a vos.

Me voy y te prometo que no voy a volver nunca más.

Eso es quererte bien.

A pesar de que hoy no lo entiendas.

17
Me duele la cabeza

Olvidé la contraseña secreta de mis porqués.

De los motivos que me impulsan a seguir.

Otra vez, busco el silencio como la única autoridad que pueda devolverme las respuestas que olvidé, o que quizá perdí.

No lo sé.

Y entonces, debería ponerme a diseñar una nueva clave.

Soltar la posibilidad de volver a encontrar la calma que me daba saber las respuestas y atreverme a pronunciarlas otra vez. Y descubrir que, probablemente, hoy sean otras.

Diferentes.

Incluso quizá se lleven muy mal con las anteriores.

Las que sostenía como convicción absoluta hace un año.

Un mes.

Unos días.

Ayer.

Hace un rato.

Estoy mal. Desorientada. Muy apagada.

Es tremendo no saber cómo encontrar tus propias respuestas, esas que alguna vez te motivaron a seguir transitando este ratito que es la vida.

Alguien que comprenda semejante desolación espiritual.

Juro que las busqué por todos los rincones de mi cuerpo. Incluso me mantuve atenta mientras dormía.

Pero no hay caso. Por favor. No las encuentro.

No hay una sola pista. Tengo la sensación de haber perdido la memoria.

No se lo deseo a nadie. Es como mirar una hoja en blanco.

Vacía.

Pero, como siempre, entiendo que asumir esta pérdida me está dando una nueva posibilidad: despertar.

Volver a construir nuevos deseos. Motivos. Causas.

No hay nada que cause más dolor que la duda. Que la indecisión. Esas elecciones que tienen tanto peso de un lado como del otro y uno no sabe cuál es la mejor. Para qué lado ir. Todo es tan opuesto. Tan diferente.

Me duele la cabeza.

Las rumiaciones no se van. Lejos de eso, tengo muchas voces que me están gritando y no me dejan descubrir cuál es la mía.

Es una trampa. Me estoy haciendo trampa.

Hay silencios que duran un segundo y alcanzan para que se produzca el milagro del diálogo interior.

Qué querés.

Qué sentís.

Qué te pasa.

No hay voluntad que alcance cuando lo que te falta es la convicción.

Buscá tu motivo. Ese. El que te alumbra el alma.

El que hoy te hace brillar.

Y cuando digo hoy, no estoy diciendo ayer.

O hace poco.

O hace un rato.

Hoy.

No el que se supone que deberías y que corresponde.

Eso quizá te mueva pero con los ojitos tristes.

Qué querés vos y no qué quieren de vos.

Si sonreís al sospecharlo, imaginate cuando suceda.

18
Por la vida que nos queda

Cuando descubrí que tus miserias no eran más que la manera en que mis ojos miraban los pedazos de tu corazón que yo no elegía, respiré distinto.

Pedirte que cambies los lugares donde vos gozás es esperar que la punta de la flecha vaya para tu pecho y no hacia el mío.

Si a vos no te pesa ser quien sos, y solo me duele a mí, estoy obligada a retirarme. Distinto, y cobarde, sería pedirte que te vayas.

Muchas veces me acusaron de vivir en la luna, y confieso que uno no entiende la pena que se le imputa cuando no cree estar arrastrando a nadie a ningún lugar.

Uno es de donde quiere y se acostumbra a serlo.

Y yo elijo dónde vivo. Por supuesto que sé perfectamente que en el camino hasta mi casa fui perdiendo muchos vínculos en los que me gritaban *Tierra, querida, dame Tierra*.

Pero Tierra nada.

Perderé lo que tenga que perder. Pero yo me voy ahí, donde toco mi identidad con las puntas de mis manos.

Donde muevo la cola como la mueven los perritos cada vez que festejan la llegada de su amo.

Y ese tesoro que el diccionario de tu cabeza lee como egoísmo, inmadurez, ignorancia humana, a mí me encanta.

Me vuelve loca.

Me salva mucho más, y mejor, de los lugares a donde vos querés sacarme a pasear.

No son miserias. Por eso no las limpio ni las escondo. Lejos de eso, les saco brillo a cada rato porque, de hecho, son mi carta de presentación.

Mi agenda es otra: me muevo distinto. Hablo distinto. Siento

distinto. Amo distinto.

Dejame en paz.

No quiero cambiar lo que me costó mucho tiempo conquistar y plantar bandera.

Por eso hoy entiendo perfectamente lo que te pasa a vos.

La piedra que los otros ven en tu camino, para vos, su nombre es flor.

La ves flor.

Huele a flor.

Es una flor.

Por eso, mientras vos la abrazás, otros piensan que fracasaste, y esa sangre que te sale por la boca es de las espinas que estás dispuesto a pagar.

No tenés que explicarme nada.

Me tocó saberlo varias veces.

Y también sé que escupís dentro de tu cuarto, sin joder a los demás.

No vas a cambiar.

No te quiero cambiar.

No te puedo cambiar.

Porque, para que eso pase, tendría que arrancarte la mirada de tus ojos.

Tu manera de percibir el mundo.

Y, sobre todo, tu manera de sentir.

Y antes de que eso pase, el día que escupas la resaca de tus espinas y que yo no esté dispuesta a soportar, entonces preferiré agarrar mi bolso e irme a dormir a mi luna.

Aunque estemos lejos por un rato.

Por un día.

Por un año.

Incluso, y si es necesario, por la vida que nos queda.

No voy a formar parte de la lista de los que piden que seas otro.

Te quiero libre.

Aunque eso signifique que nunca habrá un nosotros.

Y que, entonces, nuestra historia de amor sea con vos allá y yo acá.

19
Insomnio

Disculpame la hora.

Sé que no son momentos para hablar. Pero ya sabés que tengo insomnio y lo único que hago ahora es acordarme de vos. Te extraño como el primer día.

Que no te pida nada no significa que no quiera hacerlo. Solamente te respeto. Sabés perfectamente que siempre fui mentirosa.

Perdón. Perdón.

Respetuosa, quise decir.

Me como los impulsos y me atraganto con los deseos que sé, perfectamente, que no por insistir se van a cumplir.

No tiene sentido que te despierte a estas horas. Conozco todas las letras de tus motivos para que, otra noche más, vos duermas en tu cama, mientras yo abrazo tu ausencia en la mía.

No te quiero escuchar.

Realmente a mí no me interesa conversar de lo que sentimos si no lo vamos a sentir. No tiene ningún valor.

Tu palo en la rueda, en mi diccionario, se llama pluma. Imaginate la diferencia.

Pluma.

A mí, tus motivos no me pesan nada.

Pero vos no sos yo.

Y lo que a mí no me mueve un pelo a vos te parte la cabeza.

Lo mío no es terquedad. Es certeza.

Certeza.

Es que ojalá te hubieras visto cómo me mirabas…

Ojalá te hubieras tocado cada vez que me tocabas…

Ojalá te hubieras escuchado todas y cada una de las veces que me hablabas sin decir nada…

Me callo la boca porque esto no lo resuelve un discurso. Los planteos me deprimen. Me aburre mucho discutir acerca de las ganas.

Esta historia, llamada imposible, solo se puede romper con la muerte de tu cobardía.

Y sé perfectamente que decidiste morirte de otra cosa menos complicada.

No te gusta la agonía.

Sin embargo, y en cada insomnio, imagino cómo va a ser el día que te des cuenta.

Que juntes todo el coraje dentro de tu boca. Que por fin te escapes de la jaula de tu miedo. Que transgredas los valores que suponés que te limitan y dejes vivir el amor que se te escapa, cada vez, cada maldita vez, que evitás volverme a ver.

Tengo insomnio.

El teléfono en la mano.

El amor intacto.

Y ganas de quererte todo lo que nunca aprendí a querer.

Y eso es un montón.

Creeme.

Un montón.

20
Esa promesa

En tu recuerdo está la semilla de mi felicidad. Esa promesa que pude hacerte cuando tu corazón aún latía, y sin embargo, recién hoy tengo la valentía de poder cumplirla.

Todo este tiempo no fue un recreo. Estuve trabajando mucho en mí. Tuve que defender mi necesidad de silencio y soledad frente a las demandas ajenas. Es que reinventarse supone cortes masivos y roturas que llevan tiempo de digerir. De entender.

Necesitaba aire.

Abrazarte a la duda implica romper con las convicciones que te enjaulan en una cabeza podrida de latir siempre para el mismo lado.

El cansancio fue mi aliado. Sin tanta pena, nunca habría viajado hacia mí como lo hice.

Me descubrí. Me conocí. Me animé. Y me redireccioné.

Tu muerte subestimó la mía y fue entonces que lo entendí: que si solo estoy de paso, quiero decidir cómo pasarlo.

Perdí muchas cosas que hoy no padezco. De hecho comprendí que muchas de esas pérdidas llegaron tarde. Me arrepentí de cosas que me dejaron varios callos de regalo, y así supe que hay cosas que no voy a repetir.

No solo eso. Hoy juego distinto. Amo distinto. Siento distinto. Pienso distinto.

Hay que jugársela, pa. Y esto que te digo está del lado del autocuidado.

Jugársela no quiere decir saltar del quinto piso si sé que abajo hay cemento. Eso es ser estúpido, no valiente. El salto del que te hablo es un salto del que sabe dónde va a caer y entonces me permite llevar las herramientas para ir construyendo el piso.

Bueno. Herramientas fue lo que fui creando. Ya las tengo.

Todo este tiempo incumpliendo mi promesa, le estaba sacando punta al lápiz.

Limando mis propias asperezas.

Tengo la valija de mis proyectos ya preparada. Si salen mal, no importa. No te preocupes. Ya aprendí cómo caer.

Tengo alas, pa.

No me asusta nadie porque ahora creo en mí.

No me quiero repetir. Tomé decisiones nuevas. Otras. Distintas. Esas que salen del corazón. Ya las parí. Acá están conmigo. Tuve que morirme muchas veces para permitirme nacer a diferentes versiones. Sí, claro que soy yo. Pero había mucho más de lo que yo misma conocía y de lo que vos llegaste a conocer.

El chico que me gusta no me quiere. Si vieras con la entereza que sigo, no lo podrías creer. Su desamor no me ata. Me suelta. Es un milagro.

Entonces aprovecho y vuelo, pa.

Vuelo.

En tu recuerdo está la semilla de mi felicidad y es hora de regar.

Hora de cumplir.

Mucha agua para mí.

21
Nido

Rompías mis miedos con tan solo mirarme.

Y así la herida se volvía risa.

Y las puertas de mi tristeza perdían la llave.

Y la oscuridad se volvía verde, como el color de tus ojos.

Y por ese instante, absolutamente todo perdía sentido.

Entonces era la forma más absurda de darme cuenta de que solo lo buscaba cuando mi amor perdía el nido.

Y ahora que conozco las respuestas y sé perfectamente dónde queda, no hay árbol que lo sostenga.

Y sin árbol, lo que era mi nido se volvió un agujero abandonado.

Y de esos hay en todos lados.

En el medio del asfalto.

En la esquina de una calle.

En cualquier parte de un cuerpo frío.

En el medio de la nada.

En todos los ojos que perdieron las miradas.

En camas con olor a pérdidas de tiempo.

Son pozos que, de tanto frío, a veces se confunden con cunas.

Pero ahí nadie duerme.

Ahí uno se esconde.

Y yo no los quiero.

No me sirven.

No me gustan.

No me cuidan.

No me nutren.

Son refugios.

Drogas que no se consumen pero que igual afectan.

Y yo conozco bien la diferencia entre querer perderse o querer

encontrarse.

Y vos eras nido cuidando mi infancia en este cuerpo de adulta.

Nido.

No pozo.

No refugio.

No agujero.

No escondite.

Nido.

Eras nido.

Y cómo alguien puede no extrañar todo eso.

Decime cómo.

22
Arriba

Me fui, solamente, porque quedarme era lo único peor que podía hacer.

Yo me alejo y nunca digo nada. No me gusta el conventillo, ese griterío barato que nunca conduce a Roma.

Por supuesto que sé que los dos nos dimos cuenta. Sí, claro. Siempre fui bastante despierta a pesar de hacerme la mosquita muerta. Lo hago solo para vivir un poco mejor. No es cierto. Entiendo todo en el mismo instante en que sucede.

Pero de todas formas prefiero el silencio. No quiero perder minutos y ya siento cómo desperdicio el tiempo que me lleva recordarte.

Nadie olvida fácil. No hace falta que me aclares cosas mundanas. Pero la diferencia es que esta vez no me lo propuse. Si te extraño o no, si te pienso o no, nada cambia mi partida. Es que esta vuelta estoy contenta. Me siento bien conmigo misma. Tomo decisiones con certeza. Y cuando la vara que te guía es la del amor propio, todo lo demás no cuenta ni como competencia.

Me siento bien.

Hice lo que tenía que hacer. Ya saqué varias veces la cuenta, y si hay algo que no me conviene es seguir tirando tiempo a la basura. Sabés, perfectamente como yo, que si hay algo que no nos sobra en esta vida es tiempo. Es un tema que hablamos varias veces en esas conversaciones sin sentido que teníamos todos los días para pasarnos agenda y marcar la equis de la tarea cumplida.

Un espanto.

Y la verdad es que yo, después de pegarme semejante viaje hacia mí misma, sé perfectamente que el hecho de que no me convengas me alcanza y me sobra para salirme de esta historia triste.

Acá y ahora.

Ya.

No me pasó nada distinto.

No hiciste nada nuevo.

No cambié mi actitud.

Dejá de querer adivinar.

Frené. Solamente frené. Y dos minutos me bastaron para darme cuenta de que el fuego ya no quema. Y entonces recordé todos los encuentros que nunca tuvimos y me pregunté qué estaba haciendo en ningún lado.

No quiero entretener a nadie.

Lamento en el alma tu soledad pero no quiero ser el atajo de tu aburrimiento.

Jugá a otra cosa.

No me causa placer ponerme a sostener lo insostenible.

No me pasó nada distinto.

Frené y me di cuenta de que estaba caminando para atrás. Y yo…, sin desmerecerte en lo más mínimo, quiero caminar para adelante. Y con adelante no estoy hablando de futuro.

Con adelante estoy diciendo arriba.

No. No.

Más arriba.

Pero mucho más arriba.

23
No tengo ganas

Hay un mecanismo muy raro. Que hoy no tengo ganas, ni siquiera, de buscarle un nombre. No me interesa.

Estoy enojada.

Pero necesito que entiendan que a veces uno rompe el tesoro que encuentra porque tiene miedo de confrontarse con la idea de no estar a la altura de las circunstancias de semejante regalo.

Entonces lo destruye.

Se escapa.

Le encuentra fisuras donde nos las tiene. Sí. Las inventa.

Se abraza a las excusas que se mete como espadas en el medio de la boca.

Y le explica muy disciplinadamente que ahora no se puede.

Que no es el momento.

Que prefiere dejarlo para más adelante.

Que ahora justo lo encuentra atravesando un mal momento.

Le pide perdón por haberlo ilusionado.

Pero le explica que después le va a terminar agradeciendo que se haya ido.

Que en verdad, en este estado, prefiere quedarse solo.

Que no tiene nada bueno para dar.

No sabe decir la verdad porque no se entiende ni siquiera a sí mismo.

Tiene lo que todos quisieran en el centro de la mano.

Se sabe afortunado.

Claro que lo sabe.

Pero no puede.

El miedo le gana la batalla a la autoestima, y antes de mostrarle al otro sus fantasmas, prefiere matar el amor que no se siente capaz de

recibir. Ni mucho menos capaz de dar.

Uno sabe lo que se está perdiendo. Pero no tiene con qué salir a recuperarlo. Y entonces se suelta.

Decide caerse.

Lo deja ir.

Lo pierde.

Perdón. Pide perdón. Cientos de veces pero pide perdón.

No sabe a quién ni por qué.

Pero lo pide igual.

Perdón a uno mismo. A uno mismo, la puta. A uno mismo.

Perdón.

Lo opuesto al amor es el miedo, siempre leí por ahí. Y nunca lo entendí.

Hasta hace un rato.

Un minuto.

Un segundo.

Tu llamado.

Hasta que te vi feliz.

Muy feliz…

En otro lado.

24
Santificado

No te quiero lastimar y *No te quiero perder* son las dos frases kármicas que salen de todas las bocas de todas las personas que me cruzo en esta vida.

Menos de la tuya.

A veces pienso que fuiste el más honesto de todos. Vos también me lastimaste, pero si hay algo que nunca hiciste fue perder el tiempo en querer recuperarme.

Eso es ser sincero de verdad.

Es ser congruente con las palabras que nunca dijiste.

Jugar con las cartas arriba de la mesa y tener el coraje de dejarme que las vea.

Es dar el portazo final con la impunidad del que sabe que no se lleva a su casa una bolsa de mala moral.

Nunca pude ponerte en penitencia y castigarte por ninguno de los puñales que me diste por la espalda.

Acá no hubo promesa.

El que avisa no traiciona, dicen. Y así te hacen mierda con la garantía firmada, como comprobante en la mano.

Pero vos fuiste el más vivo de todos. Me dijiste todo lo que no me podías dar y cumpliste como un campeón. No tengo nada. Y nada fue lo que me diste.

No tuve dónde volver a llorar porque me sacaste el hombro antes de ponerlo.

No hubo promesas.

Todas las expectativas corrieron por cuenta propia.

No hubo un lugar a donde volver.

Ni siquiera una puerta para golpear.

Sin embargo, tu amor me enseñó todo lo que quiero volver a vivir. Y

con esto me refiero a toda la primera parte. Sí, claro. Ese momento hermoso, cuando te encargaste de desplegar todas tus armas de seducción sin saber que lo que a vos te quitaba la autoestima era justo lo que a mí me daba vuelta la cabeza.

Yo amé tu verdad.

Siempre jugaste con las barajas de la honestidad sin importarte si ganabas o no.

Es que nunca te importó ganar porque fuiste el único que, sin pretender herirme, ni perderme, me mostró el alma arriba de la mesa.

No puedo reprocharte nada.

En mi cabeza estás impoluto.

Santificado.

Me enseñaste todo lo que no sabía del amor.

No hacía falta mentir.

El amor no se promete. El amor es la única cosa en este mundo que no se promete pero se cumple.

Y vos nunca prometiste.

Siempre cumpliste.

25
Al revés

Es más fácil pensar que cambió y no pensar que dejó de sentir lo que alguna vez sintió. Y sin embargo, lo segundo explica tan bien lo primero que si nos animáramos a comer la verdad con las manos dejaríamos de preguntarnos las respuestas.

Es al revés.

Siempre que cambia el afecto, cambia la forma de actuar.

Entonces, cuando te quería, seguramente te lo demostraba.

Y ahora, que dejó de quererte, esa luz se apagó.

No cambió la persona. Cambió lo que siente.

Es al revés.

Todo el tiempo es al revés.

Lo que pasa es que todos quieren evitar el dolor. Y mientras tanto no se dan cuenta de que lo único que están haciendo es perder el tiempo.

26
Me apego

Cuarentena, día incierto.

No conocía el balcón de mi cuarto.

Solo lo miraba desde la cama. Esta es la primera vez que vengo a escribir acá. El frío siempre me dio miedo, y aun en las peores noches de verano, no me animaba a pisarlo.

Por algún motivo decidí traerme todas mis pertenencias.

Supongo que es una forma de acobijarme. De entrar a un nuevo lugar sin sentirlo tan extraño. Como esos bebitos que se trasladan a otros lugares con su mantita como acompañante.

Bueno, acá tengo mis mantitas.

La compu. Unos libros. Sahumerios. Velas verdes. Una caja llena de lápices y pinturitas. Algunos budas. El termo y el mate.

La foto de papá.

Los nenes están con Hernán. Entonces el silencio manda.

No los extraño. Necesitaba aire.

Me levanté hace un rato, porque también supongo que me habré dormido hace un rato. Realmente ya no encuentro el límite entre el ayer y el hoy. Todo está amontonado desde que el mundo empezó a gritar.

La cuestión es que cerré los ojos y hoy los abrí con la misma idea latiéndome en la cabeza: sin deseo no se puede.

No se va a poder.

Y sin embrago, sé perfectamente que la tarea no es fácil. Porque lo único incierto que tenemos es el futuro. Y el presente que nos está tocando la puerta para que le abramos duele.

Entonces, cómo hacemos para proyectar, tratando de avivar un deseo a punto de entrar en terapia intensiva, si nadie sabe qué mundo nos va a quedar después de mañana. Y cómo se hace en el mientras

tanto para disfrutar de un presente en el que todos estamos perdiendo algo, algunos incluso la vida misma.

Cómo se hace. Cómo se sigue.

Y la única palabra que se me ocurre, y mientras la siento en el cuerpo al nombrarla en voz alta me abraza, se llama apego.

Apego.

Tan cuestionada y tan maltratada este último tiempo por todos aquellos que trabajamos en función de la independencia afectiva.

Y caemos en la misma cuenta de siempre en estos momentos en los que la tragedia es lo urgente.

Evolución no tiene nada que ver con el progreso.

El apego ayer era condenado a pena de muerte. Y hoy es el hueco por donde tenemos que entrar para salvarnos la vida.

La verdad, y creo que es momento de confesar, es que me cuesta mucho escribir sobre el amor. A veces pienso que eso tiene que ver con que todavía no tuve la suerte de conocerlo. O que quizá todo aquello que conozco tiene más que ver con los portazos. Y sin embargo…

Mis hijos.

Mi mamá, mis hermanos, mis sobrinos.

Mis amigos.

La gente que me quiere y que me cuida. La gente que quiero y también cuido.

Las caras de las personas que me salvaron, sin saber que ya había sido salvada antes también.

El perfume de papá.

Los recuerdo que me constituyen.

Los domingos en la casa de mis abuelos. Mis abuelos.

Los chicos del barrio. El colegio.

Los viajes hechos y los suspendidos en el aire.

Las noches pidiéndole a la luna un poco de piedad. De suerte.

Pidiéndole que vuelvas.

De eso estoy hablando.

De eso hoy me agarro y no me suelto.

Apego.

Liberemos el encierro de la palabra “apego”.

Abrámosle la jaula y quitémosle toda maldición que, sin saber, le

hemos escupido en la cara.

Perdón, pidámosle perdón, por haber sido tan ignorantes.

Al fin y al cabo, no tiene la culpa de nada.

Hoy todos los libros están mal escritos. Merecen ser prendidos fuego.

Nadie supo nunca nada.

Y entonces…

Cierro los ojos. Me toco el pecho. Huelo el olor del pasto mezclado con el sahumerio que flota en el aire y solo pienso en eso.

Flotar.

Es momento de flotar agarrada bien fuerte a una madera.

Que me sostenga. Que no permita que me caiga. Que me haga de refuerzo.

Y que después, porque hay un después, me acompañe a una nueva orilla que todavía nadie sabe dónde queda.

Me apego.

No me suelto.

Me apego.

A todas mis pertenencias.

27
Alguien

Alguien que te quiera lo suficiente como para ser capaz de paternarte los dolores.

De llevárselos un tiempo. De intentar coserlos con los hilos del desinterés.

Alguien que sea capaz de abrazarte la espalda derechita, quieta y mentirosa.

Que sea capaz de romper la armadura sin pedir permiso hasta dejarla caer en el piso de su propio cansancio.

Arrastrado.

Agobiado.

Repetido.

Alguien.

Alguien que te acaricie la cabeza.

Que te tape las heridas.

Que te ponga una manta encima.

Que apague todas las luces y te enseñe cómo suena el sonido del silencio.

Que se siente en la punta de la cama y te escriba en la mirada sin decir una sola palabra:

Dale, dormí.

Dormí tranquila. Que yo no me voy.

28
Me escapo

Me pongo a revisar mis bordes cada vez que siento que alguien intenta abrirlos.

A mí no me gusta que me quieran formatear para ajustarme a las necesidades del otro. Es algo que no solo me aleja, sino que además me indigna.

Creo que toda identidad se construye y yo necesito aire, silencio y mucha intimidad para poder meterle ladrillos a lo que voy construyendo. La vida es dinámica y realmente no quiero encerrarme en una estructura. No sirvo para eso.

No me quiero guardar en un portarretratos porque no soy una foto.

No creo en la quietud del deseo. Ni siquiera creo en un propósito de vida que excluya a cualquier otro que todavía no tuve la suerte de conocer.

No me quieran agarrar porque me escapo.

No me digan cómo es porque cada uno tiene su forma de ver el mundo.

Yo también tengo la mía.

No me quieran forzar a una interacción si eso supone remar un vínculo que no circula por la energía del amor.

No me gusta hacer esfuerzos para querer y mucho menos para que me quieran. Son cosas que suceden solas.

Cada vez que me toco el pecho y lo siento vacío, necesito un buen tiempo para pensar qué voy a hacer en ese desierto.

Mi silencio grita paredes adentro. No estoy quieta. Estoy muda.

Porque estoy decidiendo. Y yo decido así. Con la boca cerrada y un candado en la puerta.

No me importa el tiempo que me lleve de aislamiento, porque todo lo que sucede puertas adentro es evolución. No estoy perdiendo el

tiempo. Lo estoy invirtiendo.

Quiero respeto.

No me gusta la gente que toca el timbre aunque afuera haya colgado un cartel que dice *No molestar*. No importa si estoy ahí. No molestar.

No es muy difícil de entender.

Es que me estoy diferenciando de lo que veo y no me gusta. Y a pesar de que no me veas, así es como me voy sintiendo bien.

No tuve suerte. A mí me toca construir.

¿Qué cosa?

Todo lo que te imagines.

Y casi todo lo aprendí tarde y con muchas heridas, pero ese aprendizaje fue la base de mi autogestión. Por eso necesito que entiendas que si yo quiero poner el baño donde a vos te gusta poner el living, de todas formas voy a decidir yo.

Porque es mi casa.

Mi hueco.

Mi ladrillo a ladrillo.

Y acá decido yo.

Tengo voz, aunque hable bajito. Si me ves quieta es porque no me gusta el estruendo. Detesto el conventillo. Pero ahí donde siento que tengo que traducir el lenguaje de mi alma para que puedas entenderlo no me quedo.

Nunca me quedo. Huyo, y digo huyo porque me escapo.

No hago ruido.

Yo los movimientos los hago por dentro. Y ese es mi cambio. El que vos te diste cuenta cuando ya pasó.

Todo lo demás son campanas en la noche.

Mucha murga haciendo ruido.

Y a mí me encanta bailar. Pero cuando nadie me ve es cuando bailo mejor.

29
Ni siquiera un poco

Que puedas darte cuenta de que quien te quiere es imposible que te haga herida.

A conciencia.

En su sano juicio.

A favor de su deseo y en contra de tu vulnerabilidad afectiva.

Que teniendo todas las cartas en la mano, esas capaces de dejarte expuesto para que te disparen con los cuchillos de la indiferencia y el desamparo, las da vuelta en el medio de la mesa y elige cubrir tu desnudez. Ponerle una manta a tu pasado.

Y sabiendo que no es capaz de encender la llama que otros apagaron, tiene la osadía de irse sin pegar la vuelta para apagar tu llanto.

Ojalá entiendas que nadie que conozca el lugar donde te arde merece el beneficio de la duda, pensando que derramó el perfume, justo ahí, porque lo olvidó.

Nadie que te haya roto en mil pedazos es la persona indicada para venir a juntártelos.

Ojalá lo entiendas más temprano que tarde.

Porque quien te ama no te mata.

Ni siquiera un poco.

30
Y me lloré a mí misma

Recién leí un poema. Más que poema era un mapa.

Un mapa donde el poeta guiaba tus pasos para llegar a un lugar llamado salvación.

En esas letras me di cuenta de que el que escribe está tan solo como el que lee, y esa percepción de soledad compartida me dolió por dos.

Y ahí empezó el calvario.

Me lloré a mí misma.

A los gritos.

Sin consuelo.

Con la cara destapada.

Así. Con la inocencia violenta de un niño al que no le importa el qué dirán.

Lloré mucho.

Como ayer a la madrugada, cuando recordé casi como un mantra que tu vida es un desastre, que todo vos sos un problema. Y luché contra mis intentos de querer llamarte para ver qué necesitabas.

Aprendí hace tiempo que el mayor problema de los corazones rotos es la manera impiadosa en que te cortan sin darse cuenta.

Los corazones rotos cortan. Y guardan el privilegio de la impunidad.

Nadie les dice nada. No tienen culpa, ni pena ni castigo.

Solo hay que huir.

Entonces, a favor de mi instinto de supervivencia, no hice nada.

Me comí las ganas y antes de dormirme tomé la decisión de volver a llorarme a mí misma.

Me preocupa todo lo que te pasa.

Y entonces lloré como si también eso que te perturba fuera mío.

Con la fuerza de un huracán que no escatima llevarse puesto el mundo en el pecho.

Vos no vas a entender. Pero yo necesitaba limpiar la impotencia de no saber cómo cuidar a alguien que no quiere ser cuidado.

Y entonces recién, siguiendo el hilo rojo de mis nostalgias, marqué tu número de una bendita vez. Mamá.

Me cuesta escuchar el sonido de tu enfermedad.

Pero por fin me digné a hacerlo.

Y pude oír claramente el abismo atravesado en tu garganta.

Tu manera infantil de preguntar qué sentido tiene todo esto a esta altura de tu vida.

Y entonces, como era de esperar, te cambié de tema.

Te di las fuerzas que te faltan.

Relativicé las arrugas de tu cara.

Desmentí el poco tiempo que te queda.

Y aproveché la promesa de llevarte algo a tu casa para cortar de una vez con esta conversación.

Algo que funcione como una muñeca en la Noche de Reyes.

No lo sé. Un regalo que nos una al menos las espaldas.

Dejé tus medicamentos y un poco de comida en la puerta de tu casa. Cruzamos algunas palabras y me fui corriendo al auto.

Sí, claro. Fui a llorarme a mí misma a un lugar donde nadie se atreviese a preguntarme qué me pasa.

A un espacio que, por el solo hecho de no ser las cuatro paredes de mi casa, me haga creer que estoy en libertad.

Y en el medio de toda esta mierda que no da puntada sin hilo sigo imaginando tu presencia atrás de una puerta que ya no está más.

Una mano que ya no acaricia.

Tanto quisiera que estés, papá. A veces solo para darme el lujo de cuidarte.

Pero no estás.

Y esa ausencia al menos hoy me fortalece.

Porque me recuerda que un día hubo alguien.

Que me quiso tanto.

Que hizo de pañuelo.

De cueva.

De amor.

De ternura.

Y que me daba el permiso de llorarme a mí misma hasta que el agua me limpiara la vida, sabiendo que después, cuando yo abriera los ojos, se iba disfrazar de sol para poder darme la luz que todavía, y sobre todo hoy, me hace mucha falta.

31
Catorce años

Acabo de contar mi secreto ante la mirada de nadie. Nadie es un decir. Pensándolo bien, fue ante la mirada de todos.

Jugué al juego de la *silla vacía*, tal como me lo enseñaron hace décadas en la universidad. Entonces, después de poner la silla frente a mi cama, te senté ahí.

Mi fantasía te convirtió en testigo involuntario de miles de palabras horribles que salieron de mi boca y que, gracias a Dios, nunca escuchaste.

Mirá la hora que es. Yo despierta y vos durmiendo, participando de estas locuras mías. Disculpame la molestia, pero realmente te necesitaba.

Te conté todo de primera mano. No vacilé un solo segundo. Casi como una película, te fui relatando absolutamente todo lo que pasó y lo que sentí en cada latido. Jugaba con el pasado y volvía al presente para explicarte el porqué de mis porqués. Supongo que ahora vas a entender todo como corresponde.

De más está decirte que era virgen en esto de confesar lo peor de mi vida.

Catorce años callada.

Lo hice con vos porque siento que sos la persona adecuada para estas cosas.

No cualquiera es capaz de no juzgar semejante testimonio, y a pesar de que te quedaste sin palabras para intentar revertir mi sentimiento de culpa, debidamente sentido, me dejaste hablar hasta el final.

No me interrumpiste ni una sola vez.

Lo único que me preguntaste, en algún momento que me viste respirar, fue si alguna vez fui feliz en medio de todo esto. Y con una mueca simulando una sonrisa te detallé las tres veces que lo fui.

Cuatro.

Perdón. Fueron cuatro.

Terminé de hablar y empecé a hacer un barquito con el pedacito de servilleta que me hizo de pañuelo.

Movía la cabeza agachada, sin poder levantar la mirada, y suspiraba como si estuviera saliendo una ola interminable de aire sucio.

Supongo que seguía desintoxicándome.

Tranquilo, te dije. *Quedate tranquilo.*

Yo mañana me voy. No, qué mañana, ahora me voy.

No te preocupes por mí. Yo voy a estar bien, y además los dos necesitamos descansar.

A dónde te vas a ir, Lorena, a esta hora, me preguntaste, sin invitarme a que me quedara.

Entiendo tu rechazo a las miserias que te acabo de contar, me dije a mí misma en silencio. Soy detestable.

Llamame un auto, por favor, te pedí, mientras me paraba y me acomodaba la cara, la ropa y la transpiración.

Te prometo que no me vas a ver más. Necesito que así sea, porque creo que tomé esta iniciativa sabiendo que, momentos después, iba a desaparecer de tu vida.

No te vas a ningún lado, Lorena. Me volviste a repetir. Pero la invitación a quedarme con vos seguía sin aparecer. Y está bien, claro que está bien.

Me dio mucha pena cómo disimulabas los nervios, tratando de contestarme una pregunta que no te había formulado.

En esta historia no había preguntas.

Mucho menos respuestas.

Tengo muy en claro que hay cosas que no regresan nunca más. Elecciones que no se deshacen. Vidas que para ser cambiadas no alcanza que sean pateadas. Tienen que volver a nacer.

Pero nacer de verdad.

Y realmente no cuento con esa magia.

También sé que todo lo que uno construye sobre la base de decisiones que tomamos estando dormidos son ficciones.

Puros malabares.

Gracias, te dije. Gracias por escuchar.

Llamame un auto, te repetí, mientras deambulabas por la casa haciendo kilómetros alrededor de la mesa.

Escuché el motor del auto y te di un beso. Corto. Apurado.

Si yo necesité tantos años para hablar, no te iba a forzar en ese momento a que me dieras un abrazo de consuelo.

En definitiva sos un fantasma, y también actuaste como tal.

Sin embargo te agradezco por este momento siempre y hasta el resto de mis días.

Aunque vos no te hayas enterado de que estuviste al lado mío, sentado en esta silla vacía. Sin vos no habría tenido con quién romper este silencio.

Te debo mucho.

Sobre todo el aire que respiré después de haberlo dicho todo.

Tengo los ojos chinos.

El cuerpo más liviano.

Y la satisfacción del deber cumplido.

Una última cosa me queda por decir antes de que cierres la puerta de tu casa.

Mi calvario nunca fue sentir que había pecado.

Fue la vergüenza de jamás animarme a decirlo.

32
Seremos amor

Solamente leyendo el título que encabezaba tu mensaje viví una revolución dentro de todo el cuerpo. Me latía el corazón en la garganta.

Estaba contenta como una nena que no entiende qué palabra es la que se pronuncia cuando alguien la hace sentir importante.

¿Se le darán las gracias a alguien por querer? ¿A quién se le agradecen esas cosas?

¿Se festeja en silencio y nada más?

¿O la gente normal responde de corrido, y con una mueca de alegría le alcanza para celebrar ese momento?

Me dijo que elige no perderme.

Y no era deseo. Lo sentí. Era ternura.

Amor que no duele.

Que llega a destino y se satisface en ese mismo lugar, que nada salió a buscar, sino que se quedó a descansar.

Amor que abraza.

Que cuida.

Que da de comer en épocas de hambre.

Y entonces, mientras revolvía el agua en la cacerola con la mirada fija, incapaz de darme cuenta de que no había puesto nada todavía y regando la cuchara con un par de lágrimas, me pregunté…

Cómo puede ser que, queriéndonos tanto, te dé ese mísero lugar.

Cómo puede ser posible que alguien capaz de pronunciar esas palabras solo ocupe un ratito de mi vida.

Tan poco espacio…

Tan poco tiempo dedicado…

Tan poco somos para tanta emoción…

Me culpé por no valorar las cosas que importan.

Por ser injusta en mi lista del tiempo invertido.

Por no reaccionar antes de que un día vos decidas irte de mi vida.

Y me contesté con una pregunta hacia mí misma, con la imprecisión de no saber qué iba a contestar.

¿El amor ocupa un lugar?

¿Ocupa un lugar?

Y entonces me acordé de cuando, hace más de cinco años, imposibilitados de definir el nombre del vínculo que nos unía, me dijiste algo que en ese momento sentí que era una mentira poética.

No lo sentí.

Lo sabía.

Son frases que resuelven el momento.

Una huida a la nada que podías regalarme.

Una salida elegante para alguien que no se anima a sentir con la sangre en la cabeza.

Y, sin embargo, mirá qué bien me viene hoy todo ese racimo de palabras hermosas, poéticas y delicadas que dijiste con la cobardía puesta en el teclado atrás del cual te escondías.

Ayer fueron una espada en las vísceras.

Y hoy es la respuesta que me salva.

Tenías razón.

No importa cómo se llame el vínculo que nos una.

Ni la distancia.

Ni el tiempo.

Ni el olvido.

A quién le importa eso ahora.

A quién.

Y entonces recuerdo perfecto el sonido de las letras cayendo en mi teléfono…

Tranquila.

Seremos amor, Lorena.

Seremos amor.

Tranquila.

33
Volver

Ahora que ya estoy bien, o quizás un poco mejor, y llevo dentro las palabras que me dejaste como guía, esas que un día me hicieron falta, te quería decir, o acaso proponer, sin dar tantas vueltas, o quizás esté dando demasiadas, si hay alguna posibilidad de que puedas volver a mi vida de la misma forma en que te fuiste.

O que nos fuimos.

O que me fui.

No sé qué pasó con vos, pero en cuanto a mí, tuve que huir por un tiempo para poder volver desde otro lugar. Desde acá. Un lugar hermoso, donde ya no tengo expectativas. Ni sueños. Ni siquiera me habita un solo deseo de estar a tu lado.

Tampoco espero que las cosas cambien.

Ni que vos cambies.

Ni que yo cambie.

Te lo juro.

Sé que suena algo raro, confuso, y quizá estés dudando de la certeza de lo que te digo. Y que creas que probablemente esta es mi manera de decirte que no aguanté la distancia. Y que estoy intentando prender fuego la decisión que tomé de manera tan prolija. Tan estoica. Con tanto orgullo y amor propio.

Pero no importa.

A mí no me importa pasar vergüenza. Quedar expuesta. Mostrarme vulnerable.

Rara.

Perturbada.

De verdad que no me importa lo que pienses.

Yo volví igual.

Porque sí.

Porque no te quiero perder.

Porque tu silla no la pudo ocupar nadie todavía.

Y no se trata de que no haya habido alguien.

Se trata del lugar. De tu lugar. Del espacio de tu cuerpo en mi vida.

En mi pecho.

La ausencia de tu nombre que mi boca ya no pronuncia.

Y sin embargo la distancia que tomamos hace un tiempo me devolvió la respuesta que hoy traje para preguntarte.

Así.

Sin tanta vuelta. O por ahí estoy equivocada y están siendo demasiadas.

O quizás no.

Quizás hoy esté de suerte y solo puedas ver la transparencia de mi voz entrecortada.

A quién le importa.

A quién le importa eso ahora.

Solo estoy acá, parada. Con la mirada hacia el piso. Agarrándome mis propias manos. Caminando sobre mis propios pies. Un poco asustada.

Inquieta.

Ansiosa.

Respirando distinto.

Latiendo afuera de mi cuerpo.

Es que…

Simplemente te quería pedir si podías hacerme el favor de volver a mi vida otra vez.

Volver.

Suena tan hermoso.

Volver…

Pero no de a poco. Sino de forma brusca.

Repentina.

Imperativa.

Violenta.

Como antes.

Al fin y al cabo, yo… yo hace rato aprendí a desechar las formas que adopta el amor. Con los días uno se da cuenta de que la vida cambia

en un solo instante. Y ahora que sé y que acepto que no podemos llamarnos de otro modo, ¿me harías el favor de… volver?

No creas que es un suplicio. Por favor. Es tan solo una pregunta.

Simple.

Una propuesta.

Quiero un café con vos. Que te sientes. Que me escuches. Que me veas.

Olerte.

Quiero olerte.

Y volver a esa costumbre tan nuestra en la que solías repetirme suave, muy suave…

No tengas miedo, Lorena.

Quedate tranquila.

Todo va a estar bien.

No tengas miedo, Lorena. No tengas miedo.

No te necesito. No es eso. Te lo juro.

Pero te extraño.

Y tengo miedo.

Miedo.

Mucho miedo.

34
El mundo

Dicen que me quieren cuidar porque estoy herida. Que se me nota la nobleza en la voz y entonces conmigo no.

Que no se juega.

Que no se traiciona.

Que no se jode.

No entienden nada. Nada entienden.

Me duele igual que lo hagas con otro.

Exactamente igual.

La herida que tengo es del mundo devenido nada. De valores pisados y tergiversados. De gente que mira para el costado cuando el otro pide una soga. De esos que no le dan dos pesos al nene parado en la esquina, porque todos saben que lo pide para evitar que el padre le dé vuelta la cara de un golpe cuando llega a la casa.

Entonces uno no va a aportar a la miseria de ese hombre borracho que entrega a su hijo. Se piensan que uno es tonto y no lo sabe. Ignorantes.

Y entonces a su reflexión burguesa no se le cae una moneda del bolsillo.

Que le pegue, nomás.

Que salga a laburar.

Son los mismos que no se paran a dar el asiento a quien lo necesita porque están esperando que lo haga la persona que tienen al lado, que tampoco lo ve porque está mirando para otro costado a propósito.

La herida que me sangra también es la tuya.

Esa que se te abre cuando seguís queriendo a alguien que no te elige, pero que te tiene en pausa. Por supuesto que me duele el alma ver que te quedás ahí, donde te muerden el corazón sin dar un portazo y destruir la puerta de la repetición.

Yo no estoy herida. Estoy despierta.

Despierta.

Veo lo que tengo que ver. Y eso que suponés un don divino, de otra galaxia, se llama humanidad.

Me duele que te sorprenda.

Me duele que valores en mí lo que debería resultarte normal.

Por eso te digo que me duele el mundo.

No es metafórico. Es bien literal.

No tengas miedo de lastimarme. Porque el miedo deberías tenértelo a vos mismo si conmigo estás tratando de ser la excepción.

No quiero que me beses la herida.

Quiero que ni se te cruce ser capaz de tocarla.

No me duele mi herida. Ni mi angustia. Ni mi desamparo.

A mí me duele que sean capaces de sacar la espada y no el tajo que provoca cuando me toca la piel.

No me duele el golpe. Me duele que me quieran golpear.

Que lo quieran hacer conmigo, y también que lo intenten hacer con vos.

Me da lo mismo que conmigo no, y que con vos sí.

No se trata de mí.

Es el mundo.

Me duele el mundo, te estoy diciendo.

El mundo.

35
Lucía

Nada que venga de vos puede ser más fuerte que vos misma. No entiendo qué pavada estás diciendo. Escuchate lo que decís.

Escuchate, por favor.

Yo te entiendo perfectamente que a veces los impulsos que nos mueven tienen un origen tan lejano que luchar contra eso se parece bastante a luchar con toda nuestra historia. Y una actitud, entonces, parece cuestión de vida o muerte. Y a veces tiene más cara de muerte que de vida.

No reniego de la verdad.

Pero a mí no me importa nada, porque vos la vas a ganar igual.

Porque un suceso no va a determinar el resto de lo que vendrá.

No vas a dejar que así sea. Y si es necesario revolear la vida que llevás solo para volver a nacer, entonces, que así sea.

Vas a volver a nacer.

Y si eso significa patear el tablero, yo te sugiero que empieces por darle una patada ahora mismo. Ya. Porque si yo no puedo escuchar que me digas que no vas a poder, vos menos que yo deberías pensar en regalarle tu vida al pasado.

Vas a poder. Vas a romper la condena infantil de sentirte menos que vos misma en el mismo instante en que nazcas otra vez.

¿Que cómo se nace de nuevo?

Narrando una nueva historia.

¿Que cómo se hace?

Se construye otra vez.

De a poco.

Gateando.

De a pasitos.

Dejando que duela lo que tenga que doler.

Vas a narrar otra historia, Lucía.
Y para eso tenés que empezar a vivirla.
¿Cómo que cuándo?
Desde hoy.
¿Cómo que por dónde se empieza?
Llamalo y decile que basta.
Llamala y decile que basta.
Llamá a uno por uno y deciles que basta.
Sacate el pijama, limpiate la cara, y decite basta.
¿Duele?
Sí, ya lo sé.
Nacer duele. Todos los bebés lloran.
Tenés que nacer.
Y ya sé que tu mamá ya no está.
Sí. Sé perfectamente que tu papá tampoco.
Ya lo sé.
Es acá, Lucía.
Mirame. Mirame. No dejes de mirarme.
Yo te agarro.
Vamos, Lucía.
Vas a volver nacer.
Acá estoy.
Yo te agarro, Lucía.
Pateá todo, Lucía.
Pateá todo.
Es momento de nacer.

36
Solita

Hace un tiempo me dijiste golpeándote el pecho que me arregle solita.

No cuentes conmigo para nada. Así. De forma literal.

Te confieso que nunca vi a nadie tan inquebrantable en su promesa. Las cosas pasaban, la vida me dejó varios moretones, y vos firme al pie del cañón de tus palabras.

Me pasó de todo. El agua al cuello. La soga en la garganta.

Y sin embargo a vos no se te movía una coma.

Una altura que daba envidia.

Quieto. Inmutable. Seguro.

Frío.

Un témpano de hielo.

Una mierda.

Yo, un poco incrédula, seguí insistiendo hasta hace pocos días. No es que te necesitara a vos. Creeme lo que te digo. Solamente necesitaba comprobar que esa porquería que te había tomado el cuerpo como una metástasis inesperada se había reciclado en otra cosa. Qué sé yo. No lo sé. Pero supongo que la falta de empatía tiene un límite, y yo quería verle la cara al tuyo.

Pero nunca se lo vi.

Siempre que supongo, supongo mal.

La cuestión es que cuando me soltaste la mano, con expectativas de ver cómo me comían los leones, pensé que te ibas a deleitar. Pero también pensé mal.

Me los comí a todos.

Bajé los brazos para tomar aliento y seguir subiendo los escalones de mi propia escalera. Me pusiste el pie y me tropecé.

Me lo volviste a poner y me tropecé otra vez.

Cien veces, si querés.

Cien veces.

Hasta ayer que lo atajé en el aire y puse en práctica eso que tan bien aprendiste vos. *Hay que usar la fuerza del adversario como defensa.*

Algo así era, ¿no?

Nunca usé la mía porque no la tengo. Yo soy loca. Pero no soy jodida.

Pero a vos siempre te sobró lo que a mí me falta. Entonces fui juntando de tus sobras. Hice un puñado de toda esa mezcla y cerré la mano. Y sí. Te la devolví en el medio de la cara.

Perdón. Perdón. Ya sé que te dolió. No fue a propósito. Pero todo eso es tuyo. Te lo quise devolver porque a mí no me gusta quedarme con nada que no me pertenezca.

Tranquilo. Calmate.

No te hice nada. Solamente esquivé por primera vez lo que venía y rebotó como una pelota en vos. Y sí. Te ignoré y la emboqué sin darme cuenta.

Perdón.

Te pido perdón.

Pero me dijiste que me arregle sola.

Y acá estoy.

Haciendo lo que puedo.

Y sabés muy bien que soy incapaz de lastimar a una mosca. Pero ojito con lo que me tirás porque ya aprendí el secreto de toda esta historia.

Si me corro, perdés.

Si me corro, se te cae el ego a pedazos.

Y sin ego, te quedás desarmado.

Desnudo.

Sin poder.

Tarde pero aprendí.

Sí. Sí.

Solita como vos querías.

Solita.

37
Todo es igual

Esta vuelta estoy con los ojos abiertos.

Dejame decirte que es esa la única diferencia.

Huelo los pasos que intentan conducirme al camino del eterno retorno.

Conozco perfectamente todo lo que viene en lo sucesivo.

Entiendo hasta qué puerta me quiere llevar esta nueva experiencia, simplemente porque conozco el secreto: no es nueva.

Es la prueba perversa que me pone el mundo para ver cuánto aprendí.

Es el diablo vestido de santo metiendo la cola.

Todo es igual.

Es mi expectativa la que lo dibuja distinto. Es mi deseo el que opina y construye castillos en el aire. Y yo conozco bien lo que duelen los ladrillos explotando por el aire cada vez que se destruyen.

Tiempo, energía y amor, tirados al tacho de la basura.

Simula ser diferente pero no lo es.

Estoy despierta y atenta.

Crecí.

Exijo mi evolución al espejo porque sé lo que quiero y esto no me lo va a dar.

No voy a caer en el mismo pozo por la simple razón de que se encuentre en otra dirección.

Es idéntica la historia.

Lo único que cambia es el nombre de los personajes. El resto es la cara de la repetición.

Y, por eso, es la oportunidad de revertir la historia de mi vida.

Le voy a agarrar la cola al diablo.

Yo se la voy a agarrar.

No te creo.

No me creo.

No nos creo.

Conozco estas mariposas. Y también sé lo triste que es sentir cómo mueren adentro de mi propio estómago.

Duele un cielo entero parir expectativas frustradas.

Duele. Un horror lo que duele.

Entonces me tengo que cuidar mucho antes de permitir su nacimiento.

No se van a gestar.

No quiero embriones extraños en mi cuerpo.

Me retiro.

No hay juego.

No hay intento.

No hay tormenta.

No hay ilusión.

No hay espera, ni futuro probable, ni nada.

Lo único que hay son realidades que me gritan en la cara.

Otra vez no, por favor.

Otra vez no.

Y esta vez… juro que no.

38
¿Por qué?

Sé que me ves, a pesar de que todavía no reciba tu respuesta.

Yo no estoy segura de que sientas lo que me pasa, pero a veces creo que se me sale por la piel.

Estoy haciendo las cosas bien, pero no siempre funciona. La gente tiene dados vuelta los valores, y lo que un día parece blanco e impoluto al día siguiente se tiñe mágicamente de negro, y cualquier mínima cosa le trastoca las convicciones. Pasa a actuar de forma impensada.

Uno nunca termina de conocer a nadie. La gente te sorprende.

Veo seres queridos negociándose a sí mismos a cambio de limosna.

Sé que parece el comentario de una nena salida del colegio, pero no toda la gente es buena. No solo eso, a veces hay gente que necesita estar con alguien que los lastime. Vas a creer que estoy un poco loca, pero entre todos ellos yo me siento menos.

Tengo miedos que antes no tenía.

Estoy volviéndome un poco insegura.

En el fondo creo que me desvaloriza la idea de saber que hay armas que no tengo. Sé perfectamente que hay lugares en los que no puedo competir con nadie.

Me da pena el mundo, pero a veces me doy vergüenza ajena por tener un alma que no sabe dónde ponerse.

Me duele que las cosas que deberían dar rechazo coticen en alza. No pueden estar todos confundidos, papá.

Algo estoy haciendo mal y no logro darme cuenta.

No es normal tener la pastilla de la desilusión todo el día atravesada en la garganta. A veces parece que algo está cambiando, pero al poco tiempo me doy cuenta de que no. Que es solo mi percepción empujada por mi deseo.

Un deseo que inventa señales.

Que las magnifica.

Que las hace potentes.

Hay personas que manchan todas las expectativas de un vínculo sano en un segundo. Se golpean el pecho y se aplauden a sí mismas. No son malas. Quiero creer que en el fondo padecen algo diferente de lo que padezco yo.

No lo sé.

A veces me canso y vuelvo a creer que es mejor no involucrarme para no sentir otra vez. Y la verdad es que llegar a esta conclusión es tremendo. Un espanto.

De todas formas ya ves que, después de patalear un poco, sigo. Al fin y al cabo esa otra parte me recuerda cómo es ese lado de la vida que no quiero habitar.

Es muy difícil vivir acá y así. No digo que estoy sola. Digo que somos pocos, y justo vos eras unos de los míos.

¿Me ves, pa?

Necesito que me contestes.

Yo siento que sí. Que voy bien. Pero a veces me duele. Y entonces ahí me cuesta mucho entender la incongruencia de esta pregunta permanente.

¿Por qué duele si es que voy bien, pa?

¿Por qué?

39
No siento culpa

Todos estos días en los que el mundo está enfermo me estuve acordando de vos más que nunca.

No estás. La vida te llevó antes y sin embargo no dejo de imaginarme qué habría pasado con tu vulnerabilidad frente a todo este caos que se nos cayó a todos arriba de la cabeza.

Es tan nítida la imagen que me hago que no puedo creer que no sea cierta.

Pero todos los que te conocimos alguna vez sabemos que eras de los que dejaban el miedo y el lamento de la puerta de tu casa para adentro.

Yo estoy bien. Por mí no te preocupes. Decime qué necesitas vos.

Y repetías fuerte la palabra "vos".

Sí, yo.

No puedo imaginarme otra cosa más que la certeza de este teléfono sonando varias veces al día, hostigándome con palabras repetitivas que declaran en forma de suplicio que me cuide.

Cuidate, muñeca: te lo pido por favor. Y en ese por favor, tu voz se hacía

Drama.

Tragedia.

Terror.

Cuidate, muñeca. Cuidá a los nenes. Tené paciencia y mil historias más que hoy me hacen distinguir perfectamente la soledad del aislamiento.

Te extraño tanto, pa.

El teléfono no suena. Sin darme cuenta, tanteo para ver si anda. Y recibo la respuesta silenciosa que me oprime el pecho. Sí, claro que anda.

Solo que vos no estás para pedirme que me cuide.

Para decirme que no salga.

Para llevarme la frente contra tu pecho y besarla a la distancia.

Me guardabas ahí dentro. En ese hueco donde tu altura delataba lo chiquita que me volvía a tu lado.

Y ahí, en ese recoveco solías sellar el momento con tus palabras mágicas.

Cuidate, mi amor. Haceme el favor y cuidate.

Te extraño tanto, pa.

Tus palabras ya no las pronuncia nadie.

Quisiera cuidarte lo que no te cuidé antes. Y no estoy nombrando la palabra “culpa”. Lo que tengo son ganas. Y tener ganas en estos casos es mucho peor.

Porque la culpa tiene remedio. Una vuelta de tuerca. La expectativa de que algo vaya a cambiar.

En cambio, las ganas de vos siempre van a quedar vacías.

Insatisfechas.

Muertas.

Es esa parte de la vida que tuve que entender que nunca más va a volver.

No estoy llorando.

Por suerte me abrazo al sonido de tu voz que todavía tengo intacta.

Y parece mentira que tu olor todavía perdure en mi olfato. Pero yo te huelo.

Y entonces sonrío.

Y entonces me cuido.

Y entonces sigo.

Y, quizá por eso, sigo.

40
Verdades prestadas

Hay respuestas que no llegan en forma de respuesta. Llegan en forma de experiencia. Y esas vivencias no tienen letras. No construyen palabras. No forman oraciones.

Pero valen igual.

Y en la mayoría de los casos, valen lo que vale una verdad.

Son la verdad.

A veces nos respondemos preguntas que solo nos sirven de información. Carecen de sentido absoluto si uno no las logra sentir en el cuerpo.

Y esa es la diferencia.

La respuesta tranquiliza. En cambio, la verdad tiene su propio latido.

Se siente. Es intransferible. No se puede traducir. No se cuenta. No es verbal.

Ilumina los ojos de quien la sabe. Nadie puede decirte tu verdad. Podrán darte información. Pero la verdad se vivencia. Y para que ese suceso aparezca, tenemos que viajar hacia nuestro interior.

Mucho tiempo sentía voces dentro que me contestaban en voz baja lo que yo misma pensaba en voz alta.

Pensaba que era mi papá desde las nubes, que tenía conocimientos irrefutables. Contar con la posibilidad de ver tu vida desde el cielo te hace pensar que nadie que vea una foto panorámica de todos tus tiempos verbales pueda fallar.

De hecho, todos tenemos un muerto devenido en sabio en algún lugar que nos da mucha paz.

Pero era yo. Eran mis propias voces en la boca de él.

¿Por qué? Porque en su voz resultaban más ciertas. Se transformaban en mi guía. Y darle la responsabilidad a otro me volvía

más segura.

Y así, durante mucho tiempo, muerta de miedo me quedaba quieta preguntándole al aire qué tenía que hacer.

Hasta que un día, por suerte, uno cae derrotado en su abismo interior.

Ahí te das cuenta de que sos vos y tu silencio. Nadie más vive ahí. Y es en ese silencio donde habita la respuesta.

Más profundo. Ese silencio es la respuesta.

Con los ojos cerrados sentís cómo se te infla el pecho.

Te caen cientos de fichas como un juego de dominó y lográs el milagro que tanto esperabas.

Adentro, querida. Adentro está la llave.

No necesitás magia.

Solo mucho valor para querer escucharte.

Para sentirte.

Para olerte.

Para no mentirte más.

En ese silencio no hay nadie que te mire.

Es cierto. Podrán decirte cómo llegar a ese lugar, pero nunca nadie puede saber lo que hay dentro.

Dejá de pedir verdades prestadas.

Abrí las alas en medio de tu silencio.

Respirá libertad.

Rompé tus propios muros y dejate sentir.

Y la verdad te será regalada.

41
Es viento

Que no me veas reaccionar no significa que no entienda todo lo que nos pasa.

Mis respuestas no son palabras. Son hechos. Tomas de decisiones. Cambios de paradigma.

No necesito decirte nada.

Cuestionarte nada.

Plantearte nada.

Pedirte nada.

Estoy despierta hace un largo rato. Algunos años más de los que habría preferido.

Ya sé que me ves quieta. Inmóvil. Sin sobresaltos, y entonces quizá concluyas que ya no me importa. O lo que es peor: que no me doy cuenta.

Que soy muy inocente.

Pura.

Santificada.

Pero no.

No es así.

Claro que me importa. Todo me importa. La vida entera me importa.

Pero, a veces, agarrar los guantes solo tiene la potencia de querer demostrarte qué bien defiendo mi parte.

Y sí que la defiendo. Si vieras cómo la defiendo…

Pero yo no rompo vasos. No piso fuerte. No doy portazos ni manipulo con mi llanto.

Yo también hablo cuando decido retirarme.

Cuando decido irme.

Correrme.

El silencio también es una decisión.

Las voces que más ruido hacen, muchas veces, son las que no se nombran.

Hay voces que no salen de la boca.

Son voces que se portan en la sangre.

Que dan la cara.

Que llevan nuestro nombre.

Que uno puede mirar a los ojos y escuchar sin dudar.

Son voces actuadas.

Puestas en todo el cuerpo.

En la mirada relajada.

En las manos abiertas.

En la mutación de la respiración.

En el latido intermitente.

En el olor de la piel renovada.

Yo no necesito gritar.

Mi silencio no es mudo. Lejos de eso, construye su propio idioma.

El silencio bien hablado tiene alas.

¿Las ves? Acercate. Tocá.

Tocá.

Mi silencio es viento.

Y fue lo que más de una vez me ayudó a cambiar mi mundo.

42
Te voy a mentir

Me siento emocionalmente expuesta ante vos.

Como si con solo leer mis líneas supieras algo que nunca te conté.

Mi lápiz se hace voz en alto cada vez que sé que me leés, y eso me da mucho pudor.

No te quiero contar nada.

No te estoy hablando a vos.

No estoy develando la historia que suponés que tuvimos o vayamos a tener.

Todo, absolutamente todo lo que siento me pertenece.

No quiero que te lleves nada mío.

No seas tramposo.

No quieras develar un misterio que nadie instaló.

A veces te escucho y me doy cuenta de que las cosas que estás diciendo son las que yo misma escribí.

No es lindo sentir que te estuvieron espiando.

Yo me doy cuenta de todo.

Parezco tonta, pero soy muy viva.

Te pensás que al leerme estás comprendiendo mi historia.

Eso no es leer.

Eso es querer olfatear.

Nada sabés de mí.

Nadie nunca sabe nada de nadie.

Solo escribo porque es mi manera de jugar al solitario.

Me decís que me quede tranquila y eso me pone nerviosa. Siento que me estás robando y que no querés que te escuchen los vecinos.

Pero te estoy escuchando yo, y eso es suficiente.

Tranquila nada.

Estás confundiendo todo.

Y sin embargo después te escucho y comprendo que soy yo, también que escribo lo que te pasó a vos, sin acaso saberlo.

Que también y sin darme cuenta estoy hablando por cualquiera.

Bajo la paranoia un poco y me río mientras revuelvo el café.

Puede que tengas razón, y las palabras no sean propiedad de nadie.

Casi como un reclamo, me decís que también son tuyas.

De la vida.

Que no me pertenecen.

Que yo solo tengo la posibilidad de hacerlas poema.

Lo sé.

Si desactivo mi soberbia, tengo que asumir que es así.

Puede ser. Sí.

Pero también es cierto que hay mucha gente adjudicándose lugares que no les pertenecen.

Por eso prefiero no responder. Hacer silencio.

Y cada vez que tengas la violencia en la boca preparada para preguntar por qué escribí lo que escribí, te voy a mentir.

Te voy a mentir solamente para que aprendas.

Escribo porque soy libre mientras lo hago.

Me escondo ante los demás, pero me veo ante mí misma y resuelvo pedazos de vida inconclusos.

No me importa lo que pienses.

Nada de lo que escribo tiene que ver con nadie.

Ni con vos.

Ni con él.

Ni con ella.

Mi mundo interior está bajo llave.

Todo lo que digo tiene contraseña para poder entrar.

Amor es la clave secreta.

Y todavía no la tiene nadie.

43
Del amor

Cuántas catástrofes emocionales se habrían evitado con tan solo estar ahí.

En la trinchera de la angustia del otro.

En el latido de un corazón a media gana.

En las tristezas que necesitan ser escuchadas.

En los dolores del otro.

En las necesidades del otro.

En los pozos del otro.

Y cuántas noches de insomnio compartido se habrían vuelto regalo.

Fiesta.

Verano.

Si hubiésemos estado ahí. Al costado de esa cama.

Fuera de la cama.

Rompiéndole la cama.

Abandonada.

Desierta.

Muchas veces vuelta tumba.

Y no me refiero a nada extraordinario.

Me refiero a la letra chica de los preceptos del amor.

Estar atentos.

Cuidar.

Cuidar del verbo dar. Del verbo sostener. Del verbo acompañar.

Estar pendiente del otro tan solo por un rato.

Por un momento.

Por solo un instante.

Que quizás, y solo quizás, lo vuelva a la vida sin espacio para la duda.

Motivado.

Valorado.

Amado.

Quizá sea momento de romper los mandatos emocionales que cada vez nos sumergen en un aislamiento más profundo, donde el cuerpo que se cae tiene que construir una soga en medio del barro y tratar de sacarse a sí mismo.

Hablo de estar pendiente del otro.

Amorosamente.

Atentamente.

Cuidadosamente.

No hablo de volverlo incapaz.

Hablo de volverlo humano.

Del amor, hablo.

De la letra grande de los preceptos del amor.

44
Cualquier nombre me da igual

Que sepas que todas las últimas veces que te llamé fue a modo de reparación.

No se trata de vos.

Cualquier nombre me da igual.

Es sentir que si esto fracasó fue porque algo me faltó dar.

Y entonces me siento afortunada por tener una nueva oportunidad.

Un perdón que olvidé pedir.

Un rencor que ya logré sanar.

Una equivocación que olvidé aclarar.

Un abrazo que no ofrecí.

Un encuentro que, si no se da, que quede bien en claro que no fue por mí.

Es intentar compensar mi sentimiento de insuficiencia con la autoestima ya golpeada. Cascoteada. Perdida.

Es volver a tocar la puerta con una excusa, cualquier excusa que me haga suponer que siempre nos van a unir un par de puntos suspensivos hasta que algo distinto pase.

Es ver un nuevo horizonte no tan lejano.

Un arcoíris.

Una esperanza.

Una mierda.

Autoengaño.

Es autoengaño.

Mendigar amor.

Mi corazón está en situación de calle.

A la intemperie.

Necesita techo y cama.

Y entonces con esa carencia cargada en la espalda no puedo dejarte

a pesar de todo.

A razón de nada.

Y así tengas la presión de mi incondicionalidad para no irte.

Y frente a tanta presencia, supongo que un día cualquiera…

Mañana

Pasado

Dentro de meses

O años

Recuerdes que hay alguien que te quiere tanto pero tanto que no te conviene dejar.

No importa la espera…

No se trata de vos…

Cualquier nombre me da igual.

Eso es lo que yo hago siempre como un ritual que me encadena a un pasado irresuelto.

Es un intento desesperado, errado, tóxico para evitar que un día cualquiera…

Mañana

Pasado

Dentro de meses

O años

No se te ocurra irte.

Ni a vos.

Ni a nadie.

Otra vez.

Nunca

Más.

45
Sos la culpa

Tengo mucho miedo de que mi esfuerzo ya no alcance para mantener el fuego prendido. Ni bien me canso de tirar madera solo quedan unas pocas chispas miserables. Tristes.

Se está apagando el calor.

Y la culpa es tuya.

Yo sola no puedo.

Yo sola no quiero.

Me canso. No tengo ganas.

Este fuego está forzado.

Ya no quema.

No me da calor.

No me sirve.

Quiero que se consuma de una vez por todas.

Ver las cenizas y entenderlo todo.

Tirarlas a la basura.

Esto no es fuego.

No se les parece en nada a las fantasías de dormir abrazada al hogar de tus brazos.

Fuiste causa y ahora sos la culpa.

Tenés la culpa.

Toda la culpa.

Con vos volví a sonreír.

Y por vos.

Y por tu desgano.

Y por tu apatía.

Y por tu descuido.

Y por tu culpa.

Por toda tu culpa.

Ya no recuerdo cómo lo hacía.

46
Sin embargo

Por esa mentira insípida, estúpida, disfrazada de piedad, se fueron cayendo una a una todas tus verdades.

A partir de este momento, todo lo anterior está bajo la lupa de la duda.

No te creo nada.

Y cuando digo nada, divido la palabra en dos con la fuerza de un portazo.

La rompo. La destrozo.

Del mismo modo en que también destruyo tu nombre.

Ya no sé quién de todas tus voces fuiste.

Estaba herida.

Sabías que estaba herida y aun así tuviste la cobardía de entrar por la única hendija que viste abierta: la de mi vulnerabilidad. Espacios tan minúsculos que solo es capaz de verlos quien investiga.

Ganar haciendo trampa no es ganar. Es robar. Y vos robaste.

Nadie que lleve puesto un antifaz se merece el premio de la conquista.

Robaste. Y robar habla muy mal de vos.

No esperes que te diga una sola palabra al respecto. No tengo intenciones ni siquiera de llevarte a la verdad.

Mi amor se evaporó fuerte. Rápido. Con la fuerza de un puño golpeándome en el medio de la cara que todavía me arde.

Pero no esperes que te dé el privilegio de la palabra.

No pienso decirte nada. Nada.

Ya lo sé todo y eso es lo único que necesito para escaparme de tu lado.

No quiero jugar a que me retengas.

No me interesa escuchar el sonido de una voz desesperada

haciéndome creer que entendí las cosas mal.

No te quiero más. Así, como por arte de magia.

No te quiero.

Y sin embargo, mi amor…

Voy a hacer de cuenta que acá nunca pasó nada y entonces mañana todo va seguir igual que hoy.

Yo voy a seguir tragando la pastilla de la decepción, y vos vas a seguir simulando ser quien no sos.

No te quiero más.

Te marchitaste de manera irreparable.

Marchito. Estás marchito.

Y verte en ese estado no me gusta. Me da pena.

No me interesa tirarte las cosas en la cara para hacerte consumir la droga del remordimiento.

Tu alma es muy pobre.

Y no quiero hacerte pasar vergüenza porque me daría mucho pudor presenciar esa función.

Yo estoy tranquila.

Sé perfectamente que cuando a vos te haya dolido herirme ya no voy a necesitar perdonarte.

Olvido se llama a eso. Olvido.

Y se pronuncia punto final.

47
Yo respiro

En noches como hoy, sé que toda la libertad que quiero es proporcionalmente idéntica a la que me falta. Miro la línea que me lleva al lugar donde quiero estar y me doy cuenta de que me separa una vida de distancia.

Si parara el tren que me lleva hasta la puerta que quiero ir a golpear, tampoco podría subirme.

Parece una metáfora decir que la vida que uno tiene no le pertenece en absoluto. Pero a la hora de cambiar la orientación de la brújula, te das cuenta de que es bien literal.

Los chicos están en su cuarto, tratando de hacer silencio para que yo pueda conectarme con lo único que me saca de esta realidad: las palabras.

Siempre las palabras.

Les debo las posibilidades infinitas de transportar mi cuerpo a donde mi alma pide estar.

Todo les debo.

Las palabras son lo único que tengo a mano para transformar mi mundo en el mismo momento en que lo estoy imaginando.

La ilusión empuja.

La fantasía hace su trabajo.

Pero el límite son los otros que te necesitan. Que te piden estar, que pasan la factura de la obligación de tu presencia, que se choca con mi verdadera necesidad.

No siempre quiero estar a tu lado.

Ni tampoco al lado de todos ustedes.

La mitad del tiempo de cada uno de mis días me pide ir a vivir a un pueblo.

Sentir el destierro de una tierra que no quiero pisar.

No quiero que la gente me conozca. No quiero conocer a la gente.

No quiero tener vidas a cargo, ni tampoco ser un peso en la vida de nadie.

¿Cómo me escapo de lo ya hecho?

Uno construye cadenas mientras elige el color de las paredes de su casa pensando que lo que está creando es su lugar.

Y los lugares que uno ama no pueden tener ladrillos.

Los lugares que uno ama no pueden oler a encierro de paredes pintadas con el pincel de los mandatos.

Los lugares que uno ama deberían regalarnos la posibilidad de entrar y salir, con la certeza de saber que no estamos lastimando a nadie.

¿No es así? ¿Acaso no debería ser así?

Pero uno se cree libre.

Uno cree que arma su historia.

Pero se la pasa atendiendo teléfonos que no soporta escuchar sonar.

Voces de gente que quiere arrancarlas de su historia pero ya están adentro haciendo mella hace rato.

Si uno supiera que la vida es imparable y que un paso arrastra diez millones más, frenaría de repente.

Tomaría aire.

Se taparía los oídos, los ojos y dejaría al descubierto solo el latido de su propio corazón.

Pero nadie nos avisa.

Y uno se da cuenta tarde.

Y cuando despierta, ya la vivió.

Quisiera culpar a todos. A alguien. A vos.

Pero me culpo a mí, porque conmigo es con quien duermo.

Sigo pensando que no hay nada por hacer que revierta las secuelas de un pasado que hoy es presente peleando con el deseo de mi futuro.

Todo me conduce a un pozo ciego donde lo único que se ve es que no hay ninguna salida.

Y entonces pienso en vos.

Y respiro…

Aunque no sucedas.

Aunque no estés acá conmigo.

Aunque no vuelvas nunca.
Aunque no vivas nunca.
Aunque nunca hayas existido.
De repente veo una ventana y la abro.
Y entonces respiro…
Yo respiro.
Ya no dolor.
Respiro amor.

48
Esperando

Eran las 3.30 de la madrugada. Supongo que me escribiste no por elección sino porque de entre todos tus contactos era el único que viste disponible.

Y cuando digo disponible, no quiero decir en línea. Quiero decir disponible para vos.

En la palabra número seis me di cuenta de que estabas borracho.

No eras vos quien me hablaba. Era tu niño interior, roto y abandonado llamando la atención.

Todo lo que decías no tenía nada que ver con lo que querías decir. Al fin y al cabo, repetirme una vez más que me querías liberar de vos y de todas tus miserias no coincidía con el puente que tendiste entre tu necesidad de recibir afecto y la mía, de tener dónde poder alojar el mío.

Me precisabas ahí. En ese momento en que la noche se vuelve un pozo ciego.

No querías que te rescatara. No querías que sostuviera tu dolor intoxicado. Ni acaso que te dijera algo que pudiera correr tus heridas de lugar.

Presencia. Querías presencia.

Y eso es lo que hice. Acto de presencia.

Eran las seis de la mañana y seguías borracho. En cuanto a mí, puse todo el esfuerzo por mantenerme despierta y seguir remojando los pañitos en un vaso lleno de compasión, que luego le pondría a tu soledad hasta que se te pasara la fiebre.

Supongo que nunca te diste cuenta de que estaba ahí.

Ni yo. Ni tu fiebre. Ni mi intención de querer curarte. Ni tampoco tu dolor.

La conversación, para ser generosa con la palabra, terminó yéndose

al lugar al que era obvio que querías llegar: una cama. Virtual. Sin amor. A la distancia. Una cama de esas que te garantice que no tenías la exigencia de amar. Una cama que no te encuentre solo, pero sin nada para dar.

Y ahí terminamos.

Cualquier atajo que hubiera visto en el camino para sacarte de la melancolía de tu vida ingrata habría dado igual.

Lo mío fue un mal acto de humanidad.

Una soga que terminó ahorcando mi propia dignidad.

El paso final fue sentir cómo tu voz se apagaba de a poco. Con tu última respiración entrecortada pude quedarme tranquila de saber que esa noche te pudiste dormir con una mano acariciándote la cabeza.

Te dormiste sin despedirte de mí. Y yo me dormí con vos, creyendo una vez más que te había salvado.

Creyendo mal.

No pude enojarme con vos al día siguiente después de esperar una disculpa que nunca llegó.

De qué te ibas a disculpar si no tenés ni la menor idea de lo que te estoy hablando. La adulta acá soy yo. La persona mayor que le contestó un mensaje a un niño perdido tocando timbres a las tres de la mañana fui yo.

La que se acostó con nadie fui yo.

La que llamó al día siguiente para ver si mis pañitos de compasión te habían curado las heridas fui yo.

Tu respuesta fue la de siempre. Las mismas respuestas de un niño.

Todo bien, jaja.

No fue tu culpa.

No fue tu egoísmo.

No fue tu ingratitud.

Fui yo.

Fui yo ofreciéndome como un objeto en reemplazo de la botella que te faltaba en la heladera.

Evidentemente mi infancia también está herida. O quizá mi adultez. O mi vida entera. No lo sé. Y pensar que yo podía salvar a alguien me dio cierta valoración que, por algún motivo, hacía rato no podía encontrar.

La que quedó vomitando tu resaca fui yo.

Quien está limpiando este enchastre no sos vos.

No me quejo. Tengo el teléfono lejos. No me interesa que alguien me venga a ayudar. Cada acto me lleva a un nivel de conciencia que quiero superar.

Y esa noche la vida me puso el mismo examen una vez más.

Desaprobé.

Sí. Lo desaprobé.

Y acá estoy. Estudiando mucho. Pensando mucho. Repasando mucho.

Con tantas ganas de que vuelvas a llamar…

49
Señales

Buscamos señales a los gritos en todos lados y no nos damos cuenta de que nos están tocando la espalda hace rato.

50
Tarde

Dudo que te perdones cuando veas que otro abrazo es el que me contiene.

El que me da cobijo, cama y ganas de volver.

No creo que puedas perdonarte cuando veas cuánto estimulo a quien amo para que se atreva volar bien alto y muy lejos.

Y entonces entiendas que la distancia no la evalúo en kilómetros sino en cercanía.

De las que motivan.

De las que vibran.

De las que te conectan con la vida.

Sé que no vas a perdonarte cuando veas mi amor abrazando otro cuerpo y entonces pueda hacer de mi felicidad un nuevo poema. Ver mi sonrisa con cara de verano mientras a vos se te revienta el invierno en el medio del pecho.

Porque mientras respires miedo, siempre vas a tener inviernos en tu alma abatida a pedazos.

Rota.

Fracasada.

Herida.

Muerta.

Entonces quiero gritarte que nunca vas a perdonarte tu cobardía.

La bandera que te nombra, que te escuda y te protege.

Porque es mentira que no podés.

Vos no querés sanar.

No te importa evolucionar.

Tu bandera es el miedo.

El terror.

Y la huida como un descanso.

No vas a perdonarte no haber podido.

No haber querido poder.

Y yo lo voy a sentir mucho.

Un montón.

Porque conozco tu mirada vacía.

Dormida.

Ausente.

Perdida.

Y cuando eso suceda, yo ya no voy a estar ahí para mostrarte el camino de regreso.

Porque va a ser tarde.

Vas a llegar tarde.

Muy tarde.

A destiempo.

Mendigando.

Arrepentido.

Con el amor intacto y mi desamor como respuesta.

Que te dice que no.

Que ya no te quiero.

Que llegaste tarde.

Muy tarde.

51
Después

Entré a tu cuarto. Estabas en otra cosa, como siempre.

Repetí mi rutina con la esperanza de que algo en esa secuencia cambiara.

Te abracé de la forma que siempre te abrazo: desplomándome encima de tu cuerpo. Hace unos meses descubrí que es una manera de entregarte el peso de todas mis angustias sin tener que nombrarlas.

Sos mi hijo. Se supone que tengo que resguardarte de esas cosas. Las madres somos dadoras de herramientas para la construcción de la autoestima. Siempre pienso antes de contarte lo que me pasa. Entonces escucho las indicaciones persistentes de mi moral y me callo la boca.

Siempre fui bastante sumisa para reaccionar frente a las injusticias de la vida. Es una característica mía ya comprobada. Tengo antecedentes de haber pasado un montón de cosas que merecían que me plantara de forma más primitiva, y no lo hice. Nunca me dio miedo enfrentar las cosas. Nunca le tuve temor a nadie. No se trata de eso. No era reaccionaria, y perdón por la superficialidad de mi explicación: era por sedentaria.

Tengo sedentarismo emocional.

Ponerme a gritar, sostener una idea con tenacidad, mantenerme firme, cuestionar valores ajenos, juzgar comportamientos que no me pertenecen me da mucha fiaca. Me consume energía que no me suele sobrar, entonces retirarme es la carta que aprendí a jugar. El silencio es lo único que me sostiene. Y creeme, hijito, a pesar de que muchos lo perciben como símbolo de debilidad, yo vi cómo una palabra no dicha es capaz de romper el asfalto y unas cuantas paredes.

Si algo no me gusta, me voy. En eso soy una luchadora fracasada. Cuelgo los guantes antes de empezar y saco la bandera blanca dentro de mi cuarto.

No necesito que me vean. La paz se respira, no se demuestra.

Y a mí me agobia tener que demostrar cuán empoderada me siento. Me parece un espectáculo que prefiero no hacer.

En cambio, con vos, mi amor, todo es diferente. Si alguien fuera capaz de tocarte el alma sin tu consentimiento, no tengo muchas vueltas: yo disparo. No me detendría ni un solo segundo en preguntar qué pasó acá: yo disparo.

Entonces en medio de ese abrazo de palabras contenidas, sé que lo que me limita es mi propia existencia. Porque si ese alguien que te hiere fuese yo, disparo igual. No tengo reparos. No llevo coronita.

Pero no puedo darme esos lujos.

Yo tengo que acobijarte, mi vida.

Me toca cuidarte, mi amor.

Mientras me separo de tu abrazo, me hacés la misma pregunta de siempre, para no romper con el ritual.

¿Qué te pasa, ma?

Nada, ¿por?

No sé, ¿estás llorando otra vez?

No, nene, siempre que te abrazo pensás que estoy llorando. Te quiero. Es eso.

Ah, OK, me responde tu niñez. *Yo también te quiero*.

Respiro, mientras estiro los brazos. Arqueo la espalda y vuelvo a mirarte mientras vos no me mirás.

Te busco los ojos. El nudo en la garganta empieza a apretar.

Te quiero, te repito. Pero ya no me contestás.

Bajo las escaleras, suspirando. Me tomo un mate, y me trago las lágrimas que por fin dejo respirar.

Tu consentimiento, mi amor.

Necesito tu consentimiento.

Que me digas que sí.

Que lo haga.

Que me vaya.

Que vuele alto.

Que cumpla mis sueños.

Que me vas a entender.

Que no me sienta culpable.

Que sea feliz.

Que me empujes a saltar.

Que me llenes de la confianza que me falta.

Que me hagas saber que, si yo estoy bien, vos también lo vas a estar.

Alas.

Te estoy pidiendo alas. Rogando alas. Mendigando alas.

Y me mantengo muda. Estoicamente muda.

Acá el hijo sos vos.

Agradezco mi rapto de cordura que siempre me llega a alcanzar antes de tiempo. Antes de arruinarlo todo. Entonces me muerdo la boca, incendio mis deseos y regalo la libertad que necesito a quien la pueda usar.

No es mi caso. Yo no puedo. Tengo que aceptarlo.

No

Puedo.

Mientras abro la computadora, me repito como una loca, en voz bien alta, que acá es donde me tengo que quedar. Escribo muy rápido, con una furia resignada, y en ese mismo instante vuelvo a explotar la burbuja de la vida que no va a suceder.

Acá, Lorena. Acá.

No digo que nunca. Digo que quizá sea más adelante. Digo que después de empujarte a florecer. Cuando ya hayas crecido lo suficiente como para aprender a disparar vos solito. Cuando vea tus logros. Cuando me necesites al pie de tus fracasos. Cuando no sepas qué hacer cuando te dejen. Ni tampoco qué decir para poder dejar a alguien.

Pero no ahora: después.

Me falta, hijito. Todavía me falta.

Y no me puedo ir antes de que eso pase.

De verte crecer. De verte volar. De verte convertirte en hombre.

De verte… mi amor…

De verte.

Como alguna vez se quedaron mamá y papá cuando la hija era yo.

52
Sos orilla

Debería haberte avisado que no soy de las que se quedan en la orilla por mucho tiempo: me resulta un paisaje hermoso pero muy mezquino.

Me gusta jugar con la arena con cara de barro, enterrar mis dedos, armar castillos, hacer pozos con poca vida, ver cómo el agua es capaz de ensuciar y limpiar mis pies en el mismo instante, mirar el horizonte con el sol alumbrándome la cara, reflexionar. Claro que me gusta.

Pero me queda chico.

Pasado un rato, empiezo a sentir ansiedad. Algo me inquieta. Eso que sentís cuando te quedás más de la cuenta en la puerta de una fiesta, conversando con los invitados.

Ninguna antesala puede durar mucho tiempo.

Es solo un rato. Como cuando te ponés a jugar en la estufa hogar, prendiendo ramitas, moviendo el fuego, acomodando la leña, musiquita que acompaña el ritual, un vaso de vino… Pero después de unos minutos: fuego.

Lo que querés ver es el fuego.

Sentir el fuego. Oler el fuego. Cegarte con el fuego. Vivir el fuego.

Que te incendie la calma: revolución interior.

Con el mar me pasa igual.

Me encanta la orilla, pero solo como un preámbulo. Nadie siente el golpe de las olas mirando el mar. Es hermoso. Ya lo sé. Pero yo quiero entrar.

Sentir cómo me lleva puesta. Tirarme. Caerme y volverme a parar.

Entrega. Quiero entrega.

Que me quede el gusto a sal en la boca.

Que me ardan los labios. Sacarme la arena de la cara. Limpiarme los ojos.

Sentir el mar. Tocar el mar. Romperme y armarme en el mar.

Y eso en la orilla no te pasa. Nada conmovedor te pasa en las orillas.

No me alcanzan las orillas.

Y vos sos orilla.

Orilla que me moja los piecitos como a un bebé que recién está empezando a caminar. Una emoción que todos aplauden con mucha felicidad. Hermoso paisaje. Pero yo ya camino hace rato.

Corro.

Vuelo.

Me late el corazón en todo el cuerpo.

Dejame entrar.

53
Aprender

Fuiste la forma más triste de aprender que quien aparece en tu vida para despertarte no tiene por qué quedarse y dormir a tu lado.

54
Soy

Soy nocturna.

De esas que se quedan mirando el cielo pensando dónde estarán las estrellas. No concibo la felicidad sin tristeza porque muchas veces no me pasa nada. Simplemente soy así.

La melancolía forma parte de mis besos y de la forma en que circulan mis pensamientos. No le escapo. A veces siento que es el modo en que habito este cuerpo.

Triste.

Soy triste. Y me cuesta hacer entender que la tristeza es una emoción en la que puedo acostarme a descansar un buen rato sin sentir presión ni exigencia. Yo no vivo ahí. Solo me acuesto por un momento y después sigo viaje.

La felicidad para mí se parece bastante a un pico de ansiedad. Ese es el registro que tengo: tan solo un pico.

Un orgasmo.

Entonces, como conozco la duración de esa excitación, le tengo respeto. Cuando me toca, me quedo calladita y pego un grito un poco timidón.

Conozco la soledad que viene después de esa euforia. Entonces trato de regularla. Más, a veces, es menos.

Estoy tratando de revertir esta manera de vivenciar las cosas placenteras porque es una cagada preservarme de las pasiones. El día que me tocan sonrío, disfruto un poco, doy gracias a la vida y después me retiro.

Soy dejadora compulsiva.

Lo rompo todo. Antes de que todo me pueda romper a mí.

Saco agua de las piedras y embarro todo lo que toco.

Lloro a propósito. Necesito conectarme con la emoción para dejarla

salir. Si no respira se pudre. Y no me quiero morir con la garganta enroscada.

No me enojo nunca, acumulo. Soy acumuladora serial de eventos desafortunados. Entonces, cuando me habilito, exploto.

Enloquezco y digo barbaridades que duran un rato. El problema es que ese rato, para el otro, dura para siempre.

Arruiné muchas cosas por desear estar donde no estoy y por quedarme donde nunca elegí estar.

Tuve malas juntas.

Amigas que no me cuidaron.

Y otras que me sobreprotegieron y me cumplieron caprichos infantiles de manera irresponsable.

Pero tan divertidos…

No me importan las cosas que importan. El amor me ingresa por hendijas inexplicables. No tengo un mapa. Me atraviesa la vida. No la elijo. Me la llevo puesta.

Mis amigas son lo mejor que elegí en mi vida. No quiero generar competencia, pero son las mejores.

Disfrutan de mi felicidad mucho más que yo, del mismo modo respetan mi soledad en cada duelo que me golpea la puerta.

No me gusta la gente que busca mi afecto haciendo méritos. El cariño no es meritocracia. Te pasa. No importa lo que hagas.

Me encanta sostener esta teoría. Es algo que entiendo a la perfección a la hora de recitarlo, pero yo me esmero igual.

Hago malabares para que no dudes de mi afecto. Si te quiero, quiero que se note. Y sé que se nota. En esto soy bastante patológica. Porque mucho de lo que doy es el alpiste para que te quedes.

No soy altruista. Eso se llama manipulación.

No hay forma de matar mis sueños.

A veces creo que son los únicos fantasmas que no me dejan vivir en paz. Son torturantes. Una alarma que se prende y me deja preocupada: que cómo, que cuándo, que dónde y con quién.

No me dejan en paz. Son un recordatorio permanente.

Una rumiación en el medio de la noche. Al costado del día. En el medio de cualquier evento.

Cansan, pero son efectivas. Entonces las dejo habitarme.

Y así siento hasta el olor de la casa que me espera. Conozco la risa de ese pibe roto que vuelve a pronunciar la frase *mi amor* alguna vez y me imagino cuidando lo que amo, ahora que después de perderlo aprendí a hacerlo.

No soy celosa. Y a veces miento, como ahora.

Mis hijos, la razón por la que me quedo.

Mis papás, mi cuenta pendiente.

Mis amigas, mi lugar de retirada.

Y vos… la duda a punto de sacarme.

No me importa si no funciona.

A veces pienso que eso es todo lo que estoy esperando para poder seguir.

55
Mi rumbo

La mejor manera de recuperar mi rumbo fue dejar de esperar que vos decidas el tuyo.

Y qué libertad, la puta.

Qué libertad.

56
Todo eso que nos queda

Desaparecí. Como todas esas veces que dejé de ir sin avisar cada vez que sentí que las palabras iban perdiendo vida.

Ni siquiera me molesté en avisarte: si hay alguien que conoce la manera en que me rindo ante el mundo, ese sos vos.

Yo también soy psicóloga. Conozco la cocina junto con vos. Y vivo a diario la frustración que se siente en la panza cuando ves cómo tu paciente se estanca y se hunde en el asfalto con zapatos de plomo. Y se resiste. Se encapricha. Se niega.

Y pone muros a cada bocanada de aire que, con la mejor intención, le querés prestar.

Manga de ingratos que no reconocen el esfuerzo profesional de quien tienen al lado, acompañando sus procesos personales más complicados.

Reconozco perfectamente esa fuerza que uno saca desde las vísceras, pretendiendo inflar un cuerpo que se deshace cuando le cambian el nombre al sentido de las cosas. Sin embargo, ahí estaba yo. En ese hueco: entre la ingratitud y el vacío.

Desolada.

Agotada.

Convencida de que no había ningún motivo para seguir adelante. Convencida de que, así como estaba, frenada, aplastada sobre una cama, a oscuras, así era la única manera en que podía encontrar la paz sin sentirme exigida por nadie.

Porque ese es mi truco: entregarme al sueño por horas y horas. Dormir todo lo que sea posible, y más. No para descansar: no. Tiene que ver con los otros. Si tengo una certeza en esos momentos de oscuridad del alma, es la de que no tengo por qué aguantar a nadie. No soporto a nadie, y nadie puede obligarme a hacerlo.

De repente tus seres queridos son tus enemigos. Te amenazan si ven que no te reponés de forma inmediata. Te preguntan cuánto tiempo te vas a dignar a estar así. Te enrostran que tenés hijos, que sos responsable por ellos. También que pienses en la salud de tus padres. En tus amigos de toda la vida. Te tiran por la cabeza el listado infinito de las cosas que lograste; te dicen que no se entiende cómo es que no podés disfrutar de eso que conseguiste.

Con todo lo que te costó, no entienden qué más querés.

Si supieran que el problema es justamente ese, dejarían de decir estupideces.

Uno termina pensando que la angustia es un acto de lujuria. El permitido de la semana. Entonces se esconde para que nadie lo acuse. Comienzan a rastrearte, y cuando te descubren, empiezan a largar una serie de protocolos morales y éticos que de solo escucharlos te ponen peor. No es que quieren ir a tu casa, acostarse a tu lado, cerrar la boca, acariciarte la espalda y dejarte ser quien puedas ser en ese momento.

Tus seres queridos, convertidos en tus peores enemigos, te quieren desterrar de tu casa y te prometen con total convicción que trasladarte a otro domicilio te va a hacer mucho mejor. Juran que cambiarte la ropita, pegarte una ducha sanadora y bien fría es parte de la solución. Distraerse siempre tuvo buena fama. Pero a mí la fama siempre me importó un carajo.

Entonces apago el teléfono porque no tengo intenciones de cambiarle el pensamiento sectario a nadie. Solo vuelvo a prenderlo por la noche, por si algo les pasa a mamá, a los nenes o a algún huérfano afectivo que se encuentre perdido, a la deriva. Si hay algo que aprendí es que ayudar a otros te hace sentir mejor siempre.

Y justo en ese intervalo me llamaste. Vi el número desconocido en el fondo de la pantalla y sonreí mientras me abrazaba a la muñeca de trapo que duerme a mi lado.

No te quise atender. Necesitaba permanecer en ese abrazo bañado en el perfume de papá, con alguien que no hablara. Y la muñeca era un trapo y mi papá estaba muerto. Esa noche me había abandonado.

Hola, mi Lore querida. Soy Hernán. ¿Cómo anda mi amiga más linda? Bueno… intento llamarte más tarde así hablamos un poquito y me contás cómo estás. Cualquier cosa, me llamás a casa a la hora que sea. No seas

tonta, sabés que podes hacerlo. ¡Beso grande!

Sos lo menos ortodoxo del universo de los psicólogos. Esa manada que profesa el distanciamiento social entre dos seres humanos, donde uno sufre y el otro cobra. Unos visionarios.

Fijate que hoy están implementando ese método de restricción para evitar la propagación de un virus. Imaginate qué espíritu tan humanitario los impulsa que ya tenían incorporados los hábitos sanitarios que hoy son aplicables a una pandemia mundial.

Los detesto. Y por supuesto que vos también. Solemos reírnos en tu consultorio, aunque con un poco de temor a que nos estén escuchando las paredes.

Hemos sentido la misma vergüenza ajena de ser parte de una comunidad tan rara.

De acciones tan rebuscadas.

Es tan ridículo, Lorena, que no tiene solución, me decías cada vez que yo me preocupaba.

Esos que cuando suben con vos al ascensor te dan la espalda a propósito. Se trata de una interpretación que algunos académicos han hecho de ciertas teorías psicoanalíticas intentando indagar por medio de ese mecanismo de indiferencia afectiva qué te duele más.

¿Cuál será la causa de tu depresión? ¿Estará en tu infancia? ¿En tus relaciones laborales? ¿En tu dependencia afectiva?

Vaya uno a saber. Todo un misterio que intentan develar en cada visto que te clavan.

Pero vos no. Vos sos la antítesis de todo lo que se supone que debería ser.

Y en eso se resumen todas las razones por las cuales te elegí: no por subversivo, sino por humano.

Doce de la noche.

Cuando el mundo está guardado es cuando me siento a salvo y decido salir del cajón. Pero esta vez solamente para agarrar la notebook y volver a meterme debajo de las sábanas.

Recuerdo el impulso de la angustia que sentía que no dio tiempo siquiera para hacerle un breve saludo protocolar.

Realmente no me importaba nada, fue la muerte del ego. Había colgado la profesión de psicóloga, la vocación de escritora, y también la máscara.

14 de febrero de 2020.

Hola, Her… Estoy mal. Escondida, dirías vos. Ojalá tuviera un lugar en dónde… Esta vez siento que es distinto. No puedo conectar con la vida. No puedo.

Horacio está en coma y, otra vez, vi la miseria del mundo en un instante. Igual que con lo del chico Fernando y el asesinato cruel que le tocó padecer. El mundo está enfermo, Hernán. Y la gente sigue a pesar de todo.

Pero yo no puedo volver a la vida en estas condiciones. No sé cómo hacer. No sé qué más leer. Dónde más buscar. No puedo aceptar. No le perdono a la gente estas cosas. No sé cómo huir. Ayudame… No me voy a suicidar… no es eso. El problema es no saber para dónde ir, Her. No saber.

Perdoname por faltar. Ya no me acuerdo de cuándo fue. ¿El 5?

Te quiero y sé que te esforzás conmigo. Te elijo. Pero no me alcanza, me falto yo.

Decime dónde hay paz y voy. Te juro que voy. Siento que desperté un día y todo fue peor.

Lorena

Respiré hondo. Me preparé un café y mientras buscaba el edulcorante escuché el mensaje en la computadora.

Eras vos.

14 de febrero del 2020.

Lore, mi querida Lore.

¿Dónde hay paz? ¿Qué es la paz? Decime y voy, ¿hay que ir?, ¿o hay que dejar que venga hasta uno? La verdad, no sé. En todo caso, no sé si quiero paz, o si en realidad quiero este sube y baja de dolores y placeres, de tristezas y alegrías.

Y sí, yo también te quiero y mucho, y también te elijo y te seguiré

eligiendo. Pero no alcanza, cómo va a alcanzar, si ese no es el objeto, no es para que alcance, es más bien para que falte, para que haya más, es como una invitación. Como dice la canción: "Queda todo lo que falta"… La única condición es que no faltes, que no faltemos, que estemos: ¿cómo? Como se pueda, torpemente, enojado, triste, ausente y con faltas.

Así que si vas a huir, sabé que no estás huyendo, solo estás corriendo. Lore, a esta altura vos no escapás, morís y volvés a nacer. No, no te vas a suicidar, ¿para qué?, si no hace falta. Ya moriste, ahora hay que volver a nacer. ¿Cómo? Como un recién nacido: llegando al mundo como lo hace un bebé, sin entender nada, pero dispuesto a aprender, a crecer y a estar.

Te espero. A veces es mejor, otras peor, pero siempre estás invitada.

Beso enorme, Hernán.

PD1: Qué contento me pone haber abierto los mails, diría en el momento justo.

PD2: La canción es "Todo eso que nos queda" de los Pérez García, por si no la conocés (para seguir "leyendo"). ¡Qué huevón tu psicólogo amigo!

Terminé de leer y lo primero que hice, además de darme una palmada en la espalda por tener en mi vida a una persona así, fue, lógicamente, poner la canción que me sugirió.

El volumen al máximo. Me solté el pelo y me puse a bailar como una loca.

Una verdadera loca. No podía creer lo que estaba escuchando. Esa canción no era la primera vez que la oía. Claro que no. Pero sí fue la primera de muchas veces que volvería a escucharla.

Mientras bailaba, no lloré. Sonreí. El corazón estaba volviendo a latir. La reproduje más de diez veces, y cuando ya la respiración me pedía pista, me senté otra vez y escribí este texto que alguna vez compartí:

16 de febrero de 2020.

Que sepas que cada vez que te escondés del mundo no estás huyendo. Estás corriendo. Hay gente que ya no puede huir. La huida le fue cerrada.

No se puede.

A quien alguna vez murió, de alguna manera, le toca volver a nacer. Así. Como hacen los bebés recién nacidos. Sin entender nada.

Con todo el potencial para aprender.

Para mirar.

Para descubrir.

Sí, claro que hay miedos. Inseguridades. Dudas. Pero hay motivos para quedarse.

¿Si hay que ir a buscar la paz?

¿Si hay que dejar que venga la paz hacia nosotros?

No lo sé.

No sé cómo es.

Solo sé que cuando todo pierde sentido uno tiene que seguir por todo eso que todavía le falta.

Es como una invitación.

La vida es una invitación.

La única condición es que no faltes vos.

Que te hagas presente.

Que estemos presentes.

Falta mucho todavía.

¿Y cómo se hace cuando nos duele?

¿Cuándo todo se tiñe de negro otra vez?

Estaremos torcidos. Rotos. Ausentes. Con fallas. Errantes. Lo que sea.

Pero tenés que estar.

No por lo que fue.

Sino por todo eso que todavía te falta.

No sé vos. Pero a mí todavía me falta un montón.

57
Esa es mi jaula

Me cuesta mucho contarte quién soy. No le encuentro el beneficio a que accedas a todos los sueños rotos que guardo debajo de la almohada.

Intenté hacerlo varias veces, en medio de conversaciones cotidianas, pero cuando sentía que no te dabas cuenta del peso de mis palabras, me reía.

Reírme siempre fue una manera de darle marcha atrás a algo que se me estaba yendo de las manos.

Es la desmentida de la tristeza que acababa de pronunciar y no supiste valorar.

¿Cómo alguien es incapaz de notar el regalo que otro acuesta en sus manos cuando le entrega el nombre de sus heridas?

Me río.

Es mi forma primitiva de arrepentirme.

De huir.

De pedirte que me devuelvas lo que es mío.

Dame. No te merecés nada.

Todas las caras que aparecen en mi vida se confunden, no logro separarlas de la cara de papá.

Y así es difícil que algo prospere.

Siempre voy a destrozar todo lo que se pueda construir porque tengo miedo de que vos también te vayas, como se fue él.

Tengo miedo de ser feliz y después ver la otra cara de la moneda, otra vez.

No me animo a disfrutar: esa es mi jaula.

Y entonces, voy a inventar miles de enojos.

Voy a ayudarte solo para estar tranquila y después decirte adiós.

Cada despedida va a parecer un velorio, porque lo que siento en ese

momento es el peso de otra pérdida.

Y cada vez que pienses que estoy exagerando, voy a darte la llave de la razón de antemano. No voy a discutir. Siempre voy a retirarme antes de dejarme convencer.

Dejame llorar.

Dejame que me vaya.

Desde que se fue estoy esperando que regrese en la forma que él quiera. No tengo pretensiones. Y las expectativas me hacen delirar.

Entonces cada vez que vos no respondas como habría respondido él.

Que no me abraces en el momento en que lo habría hecho él.

Que no me digas lo que me habría dicho él.

Que no me cuides como lo habría hecho él.

Me voy a encargar de arruinarlo todo.

No me voy a esforzar en arreglarlo.

Me voy a levantar de la silla muy decepcionada.

Enojada.

Frustrada.

Y te voy a echar la culpa a vos.

A la vida.

A la mala suerte.

Y a todo lo que me sirva para meter en un bolso de reproches inexistentes que no puedas ni acaso comprender.

Perdoname.

Yo siempre voy a romper todo solo para irme, por miedo a que no llegues.

No lo hago a propósito.

No tengo miedo de quererte.

Tengo miedo de volver a perder.

58
Te guardo como quiero

Con tu partida armé una cajita que se convirtió en un baúl. Ahí están todos mis tesoros, que cuido y protejo como un perro defiende a su cría.

Elijo lo que guardo porque hoy sos recuerdo, y en ese hueco nadie se mete.

Esa puerta es la que abro y cierro con total libertad. Me manejo impunemente.

No me interesa nada que opaque las vivencias que tengo. No me pueden contar lo que me diste.

Nadie puede. Nadie sabe.

Por suerte a nadie se le ocurrió intentar manchar tu nombre con tierra. Si así hubiera sido, creeme que no me habría puesto a ladrar.

Por vos muerdo.

Muerdo, papá.

No soy negadora. Te guardo como quiero.

Y quiero hacerlo como yo te tuve.

Y en esa cajita, que hoy son mis únicos ahorros, están todos mis oros.

Toda mi herencia sin precio que lo compre, porque el valor no se vende.

El valor es un milagro. Y solo lo conoce quien tuvo la suerte de que le tocara en suerte.

Y yo tengo lo que otros no.

Tu olor.

Tu risa.

La manera en que jugabas conmigo. Las miradas que me cruzabas, que me daban pudor y me dejaban en falta, por ese amor que no era capaz de devolver.

Las anécdotas de la gente que te conoció y me busca para contarme.

Tu simpleza. Tu desapego de las cosas materiales.

El amor por todos tus hijos. Tu felicidad ante la mía. Los cuentos que me contaste.

El orgullo que demostrabas sentir por mí cuando peor me iba. Porque vos sabías que era cuando más lo necesitaba.

El sonido de tu voz antes de dormir.

Tu perfume.

Ese que hoy le pongo a mi muñeca de trapo para que me permita abrazarte fuera de mí.

Es ahí donde hoy cierro los ojos y acuno tu ausencia.

Y pienso.

Imagino.

Fantaseo.

Que existe un lugar donde puedo entregar mi dolor.

Y me preguntarías si estoy bien mientras te abrazo.

¿Estás bien, mi amor?

Y yo te diría que no.

No. No estoy bien.

Y te lo diría por egoísta.

Por dependiente.

Por infantil.

Por necesidad.

Por lo que sea… con tal de que no te vayas.

Y no me dejes.

Tan rápido.

Tan inoportuno.

Tan ajeno a vos…

Y si te digo que estoy triste, lo hago para retenerte.

Y así poder olerte en otro lado.

Que no sea en mi propio cuerpo.

Ni tampoco como forma de recuerdo.

Cuando vuelva a cerrar la puerta de mi baúl.

59
Ecos

Qué pena demoledora es ver a esa gente que hace de la vida de los demás su proyecto de vida.

Opinan. No construyen.

Son sombras de árboles intentando florecer.

Ecos de voces que no les pertenecen.

Espejismos en el medio de una ruta que ni siquiera transitaron alguna vez.

Nadie aprende nada por medio de una cabeza ajena.

De un cuerpo ajeno.

De una vivencia ajena.

Hay que romper las lupas y reemplazarlas por espejos.

Al principio cuesta mucho.

Pero no existe camino de autorrealización alimentándose de mundos externos.

60
Sin latir

Tenemos que dejar descansar nuestra historia enferma.

Muy enferma.

Ponerla en reposo por un tiempo.

Acostarla.

Cerrar las persianas.

Dejarla dormir.

Dejar de tocar con las manos sucias y la lengua subida de tono el nido tan puro que alguna vez construimos.

Poner en remojo las heridas en un pozo de agua que no esté contaminada.

Darles el tiempo que necesiten para que puedan cicatrizar a su modo.

No volver a caminar por arriba de los besos que nos dimos.

Cambiarle las sábanas a nuestra cama, manchadas de bronca y de resentimiento.

Respirar aire y no gritos.

Bajar la guardia.

Dejar caer los brazos cansados de luchar.

Abrir las palmas de nuestras manos para que consuman otro paisaje.

Soltar los miedos de sospechar que nuestra cura sea la muerte de la palabra “nosotros”.

Y de esta forma descubrimos que cada día que pasa en esta distancia es un día ganado y no uno perdido, y si en la balanza pesan más las expectativas que los recuerdos, y si la cena empieza a tener mejor sabor solos que en nuestra propia compañía, entonces, mi amor, quizá podamos aceptar que el tiempo no es nuestro enemigo.

Ni la separación un arma de alto riesgo.

Ni tu ausencia la muerte de mi presencia.

Y quizá el perdernos es la forma más generosa y triste de volver a encontrarnos a nosotros mismos.

No todas las historias son felices solo porque siguen.

Algunas siguen sin latir.

¿Sabés lo que significa eso, mi amor?

Miedo. Significa miedo.

No quisiera que ninguno de los dos se pudra ahí.

61
La llave

Hay muchas formas de devolver la llave.

A vos te la devolví de forma literal.

No te necesito. No solo eso, ahora se me metió en la cabeza que no quiero que vos me necesites tampoco. Y mucho menos para escucharte pedirme, otra vez, esa maldita llave.

¿Pensabas que un pedazo de metal te daba el poder de humillarme?

¿Para sostenerme la mirada desde un par de pisos más arriba?

¿Para demostrarme que vos corrías con una ventaja que yo nunca iba a tener?

Por el amor de Dios.

Acá la tenés.

La llave que te devolví no solo es de la puerta de tu casa, es la llave que abría la palabra “nosotros” y se acaba de cerrar. Espero que entiendas la sutileza en la determinación de mis palabras.

Se terminó lo que estaba terminado hacía rato, pero ahora: se terminó de verdad.

Estoy riéndome sola en mi casa.

Me iba a hacer un café pero mi cuerpo se empezó a mover solo. Parezco una loca, acá, bailando Gilda, con un rodete, una pollerita que me ponía cuando tenía veinte años menos, haciendo palmas y moviendo la cintura. Si me vieras, sé que te reirías conmigo, pero ya no te queda ni esa posibilidad de satisfacción.

Ni el beneficio de escuchar mi risa. Nada. Ni del otro lado de la puerta te quiero ver.

Respiro libertad. La respiro. La exploto. La estoy tarareando con las ventanas abiertas.

No me importan los vecinos. Ellos disfrutan porque saben que por fin estoy feliz.

Imposible explicarte lo que eso significa si no conocés la palabra “empatía”. Pero me da igual. Porque lo único que me importa ahora es toda la felicidad que tengo por haber tocado fondo y haber salido como una topadora revoleando llaves y pasados.

No entro más a tu vida.

No entrás más a la mía.

Imagino que se viene una fiesta interminable y el motivo se llama libertad.

Se está terminando la canción, y no me quiero perder el final.

Dicen que todos los finales son tristes.

Se ve que nunca vieron este.

62
Todavía no sé cómo se hace

Que sepas que cada vez que corro el cuerpo por miedo a que lo lastimen dejo mi corazón como huella de mi latido.

A veces quiero arrancarme la esencia a mordiscones para evitar regalar parte de mi piel a cada lado donde voy, pero no puedo.

Está pegada: no sale.

Me dicen que debería ser al revés. Y ya lo sé. Conozco las teorías de todas las cosas con las que lucho. Pero no logro ganar la batalla.

Me molesta que me lo digan como si fuera estúpida.

Ignorante.

No se trata de eso.

Todavía no sé cómo se hace.

Entonces lo más probable es que no me veas más.

Que no vuelvas a saber de mí.

Que todo lo que alguna vez te di te lo saque.

Que en un instante transformes mi presencia cotidiana en un recuerdo esporádico.

Un simple espasmo de la memoria.

Porque eso soy cuando no puedo.

Cuando no encuentro la guía que me indique cómo se hace.

Cuando me está empezando a doler lo que un tiempo antes no me molestaba.

Una nena.

Una simple nena.

Y me escapo.

Rompo.

Huyo.

Me escondo.

Me voy.

Busco una forma secreta y tramposa para despedirme de vos.

Siempre me costó poner la cara por miedo a que puedas leerme la mirada y me digas algo a lo que yo no tenga fuerza de refutar.

Entonces invento.

Te miento.

Y sigo con el ritual de mis despedidas.

No me vas a ver más. Es cierto.

Pero nunca vas a dejar de escucharme latir.

Y esa será tu pena.

Pero también el nombre nuevo de mi fracaso.

63
Despierta

Después de tanto ruido hago silencio.

Lo único que me permito escuchar es mi respiración.

Nadie tiene la culpa de los pasos que no doy.

Pido mis alas que entregué con la peor inocencia de todas. Esa que un día me dijo que para volar alguien me tiene que empujar.

Me perdono y pido perdón por haber entregado mi vida en lo sucesivo a todos los otros.

A otro.

A vos.

Las alas vuelven a su lugar.

A mi cuerpo.

A casa.

Solo acá pueden abrirse.

Ni bien las siento, mi respiración es otra.

Exhalo.

Abro los ojos cargados de agua.

Nadie tiene la culpa.

Nadie.

Hay cosas que no se regalan.

Las decisiones, por ejemplo.

El tiempo.

La energía.

El camino que elegimos.

El camino que descartamos.

Los pasos que damos.

Y los que no damos, también.

Al fin y al cabo, eso se llama vida.

Eso es la vida.

La pido de regreso sin pronunciar una palabra.
Vuelvo a mí.
Libre.
Pase lo que pase.
Cueste lo que cueste.
Asumiendo el riesgo del dolor causado por mis propias estupideces.
Pero vuelvo al lugar que me habita.
Donde yo construyo.
Donde también decido romper.
Sin culpas.
Solo despierta.
Más despierta.
Más despierta.
Y libre.
Muy libre.
Toda libre.

64
Que desaparezcas

Las mariposas en la panza se hicieron nudo en la garganta y me cuesta vivir un día sin tragar un montón de ansiedad.

No quiero contarte lo que me pasa porque eso sería darle una entidad y quiero que desaparezca. Esto que siento quiero que se me pase. Y en eso estoy trabajando.

No me invadas con preguntas si ves que te esquivo la mirada.

No alimentes algo que no se puede sostener.

Necesito que desaparezcas.

Dormir y volver a despertarme muchas veces. Quién no sabe de la calma que se siente cuando se le gana un día a la guerra del olvido.

Un día más es una batalla ganada.

Y eso es lo que quiero. Eso es lo que busco. Eso necesito.

Que todo esto sea olvido.

Que no me quede mucho tiempo en la memoria.

Mucho menos en la piel.

Diste en el blanco un par de veces, entonces este juego se está poniendo peligroso.

No te voy a contar lo que me pasa y mucho menos lo que siento.

Si tengo que desatar el nudo, no va a ser con la misma persona que lo provocó.

Olvido. Todo esto va camino al olvido.

Que quedes hecho un musgo entre el asiento y la ventana de este tren que estoy habitando mientras voy mirando sin ver…

Verde. Pasado. Arrinconado.

Olvido.

Eso hace el olvido con la gente. Los vuelve musgos.

Por eso prefiero que no me escuches.

Que no me hables.

Que no me respondas.

Que no me entiendas.

Por favor te lo estoy pidiendo. No me llames más.

Todo eso sumaría mucho, y lo único que quieren mis heridas es que restes.

Y en eso estoy.

Tratando de restar.

65
En el sueño

Soñé con vos.

En realidad soñé conmigo, o con la parte de mí que no me animo a transgredir.

No es miedo, realmente no sé cómo llamarlo. Supongo que es la mínima posibilidad de que esa parte me incomode y, una vez estando ahí, ya no tenga cómo desaparecer.

En el sueño, te iba a buscar. Aparecía de una buena vez.

Rompía con todas tus dudas imponiendo mi presencia. Violentaba, disfrazada de romanticismo, la decisión de no querer volverme a ver.

Me preocupa mucho respetarte tanto y que, a cambio de eso, no me esté respetando a mí misma. Me preocupa mientras estoy despierta. En el único momento en que puedo resolverlo es cuando la barrera de la represión está endeble. Permeable. Y me deja atravesar mis deseos más honestos sin ser cuestionada por la moral de nadie. Sobre todo de la mía.

Los sueños hacen eso: se cagan en la moral. Son honestidad pura. El impulso no cuestionado. La verdad arriba de la almohada.

Y ahí estaba yo, bajando del barco en medio del río que nos separa.

Rompiendo mi propia piel, saliendo como quien sale de una caja enorme y se presenta como el regalo de cumpleaños del homenajeado, pisando todas tus razones y excusas.

Tuve que dormirme para salir a respirar después de tanto encierro. Para darme cuenta de que me porto bien para tu conveniencia. Que el miedo de perderte muchas veces hace que deforme mis intenciones y las asesine para permanecer en un paréntesis incierto, pero permanecer al fin.

Todas las veces que uno no se anima a algo, en el fondo lo que tiene siempre es miedo de perder.

En este cuento, eso que no me animo a perder sos vos.

Un engaño de la mente.

Cómo voy a perder lo que no tengo. Sé perfectamente que nadie tiene nunca nada. Y yo también soy nadie. Y vos también sos nada.

Pero cuando te tengo en la cabeza, la única inteligencia que me funciona es la académica. Creo que destruyo el sentido común. Soy una pobre víctima de todos los abandonos que me sucedieron alguna vez y que evidentemente nunca superé.

Eso hacen las historias irresueltas con nosotros: te atan al pasado, te cortan las alas, te vuelven bebitos prematuros, vulnerables a cualquier viento que sople un poco fuerte. No te dejan vivir.

Pero en ese sueño, viví.

Hice todo lo que en la vida cotidiana me guardo.

No me quería despertar. Son sueños de la suerte. Esos que cuando te tocan querés volver a retomar al día siguiente. Al mes siguiente. Toda la vida.

Y yo quiero retomar ahí. Donde me portaba mal con vos y muy bien conmigo.

Donde te faltaba el respeto y me lo devolvía a mí.

Donde escuchaba mi deseo y no el tuyo.

Donde rompía sin poder evitarlo la armadura de mi corazón intelectualizado.

Quiero retomar.

Pero sé perfectamente que una vez que despertás ese mismo sueño ya no regresa nunca más.

Y ahora que sé la felicidad que se siente, necesito atreverme.

Y en definitiva, si te pierdo cuando pise el suelo de tu casa voy a corroborar lo que ya sé.

Nunca nadie tiene nada.

Y yo también soy nadie.

Y vos también sos nada.

Tampoco es tan dramático el lado frustrante del final que pretendo.

Si eso llegara a suceder, volveré a mi casa de la misma manera que me fui.

Sin vos.

Pero con una carta nueva que me quedará guardada para siempre en

el centro de mi autoestima: haberme animado a vivir.

66
Mi voz interior

Hace unos días tomé una decisión muy importante para mí.

Me propuse pegar un salto un poco más alto. O más ancho, no lo sé. Lo importante y lo urgente era demostrarme a mí misma, y a todos los demás (esto lo supe después), que era capaz de tomarla.

Juntar la valentía que no tengo, dejar mis vulnerabilidades de lado, morder la esencia que me define, pisar mis propios valores, negociar con mi intuición y separar lo afectivo de la razón.

Tardé bastante, por cierto. No es fácil luchar contra una misma cuando se siente que el resto del universo piensa en la dirección opuesta a la nuestra. Uno pierde el sentido. Se marea. Deja ingresar a nuestro mundo interior a los otros, que con todo el amor del mundo no saben que ese espacio es sagrado.

Pero ellos no tienen por qué conocer ese límite. Esa norma. Somos nosotros quienes tenemos que defenderla con los dientes. Nosotros. Porque ellos no saben lo que pasa adentro de uno. Apenas, en el mejor de los casos, lo perciben, lo intuyen. Pero no saben, opinan desde su propio mundo interior. Donde las normas, las reglas de convivencia son otras. Tienen otros legados, otros mandatos, otras experiencias, otras heridas, otras victorias: otra vida vivida.

Somos nosotros los que conocemos cómo sentimos mientras sentimos. Y desprenderse de eso es cambiar de cuerpo y de alma por un rato. De piel.

Es inevitable, al fin de cuentas, que nos cause dolor.

Pude hacer todo eso que me exigían, de la mano de varios consejos que escuché.

Todos se alineaban con la misma idea central. Esa que decía que yo estaba equivocada, que tenía que abrir los ojos, despertar y avanzar.

Que no me daba cuenta, que ya tenía bastantes muestras de mis

falsas conclusiones, que mi forma de ser atentaba contra mi evolución personal y la mar en coche.

Fui seleccionando los mensajes de la gente que repetía lo mismo, para poder estar más segura de que ellos tenían razón.

Armé un castillo enorme con las mismas ideas repetidas, puestas en voces distintas pero todas iguales.

La misma mirada en distintos ojos hizo que perdiera foco sobre la mía.

Y un día en medio de tanto griterío, tanto ruido, tanta presión: ellos tuvieron razón.

El peso de tantas voces diciendo exactamente lo mismo me reventó los tímpanos por un momento y quedé sorda.

Sorda de mí.

Sorda de mi voz interior.

En ese estado, uno pone su vida en duda, y la regala.

La rifa.

La entrega.

Confía más en el sentir de los demás que en el propio. Es ahí donde se apaga. Se duerme y empieza a ver la realidad con ojos prestados.

Realmente ve lo que le dijeron que tenía que ver.

Alucina fantasmas donde antes veía flores.

Cuestiona lo que antes fluía como un río bello y pacífico.

El mundo en el cual vivía tranquila hasta hace un rato se vuelve miserable.

Se siente engañado. Estafado por el enemigo que hace un rato era uno de sus seres queridos.

La realidad se da vuelta, y todo lo que uno fue construyendo queda demolido bajo el peso de pensamientos e ideas ajenos. Ajenos, pero de gente que nos ama. Y esa es la gran confusión.

Creer que por amarnos deben tener razón.

Fue en ese lugar donde tomé la decisión de pegar el salto. Agarré el teléfono e hice lo que tenía que hacer.

Sí, claro… y esta es la parte más triste: lo que otros me dijeron que tenía que hacer.

Eso que entra en nosotros cuando estamos vulnerables, débiles, sin la fuerza necesaria para dar nuestro consentimiento.

Un día uno se encuentra con más gente adentro que afuera.

La cuestión es que ahí estaba yo, tomando decisiones con varas que no eran mías.

Confiando tanto pero tanto en los demás que lo primero que perdí fue la confianza en mí.

¿Y qué pasó? ¿Qué fue lo que pasó después de haber roto la cadena de repeticiones de mi vida?

Me sentí mucho peor.

¿Por qué? Simple. Muy simple. Porque no era yo.

Porque esa que levantó teléfono, que se sentó en frente de quien quería y le dijo cosas que tenía que decir para fundamentar la decisión no era yo.

Y cuando una elige hablar con las palabras de otros, comportarse según los sentires de otros, se equivoca. Siempre se equivoca. Y el latido se lo hace saber.

Angustia, ansiedad, enojo, arrepentimiento, bronca, miedo, inquietud, tristeza nos invaden. El cuerpo se transforma. Nos cuenta que algo nos está pasando.

Hace cosas que no le son propias, porque esa decisión no es nuestra.

No sirve. Por favor. No sirve.

Hacer lo que los otros definen que es lo mejor para nosotros, aunque objetivamente fuera lo mejor, no solo no te empodera sino que puede hacer todo lo contrario: te destruye. Porque estamos corrompiendo nuestra parte más pura. Más nítida. Más verdadera.

Nuestro propio nombre.

Respirar. Apagar esas voces que no son nuestras. Que no nos pertenecen.

Confiar en nuestra intuición. En nuestro latido. En nuestra esencia. Porque todo lo que no sale de ahí simplemente no nos pertenece.

Es gente viviendo adentro. Huéspedes a quienes por un rato les dimos el lugar de anfitriones. Y eso fue lo que pasó. Hablaron ellos. Decidieron ellos. Caminaron ellos. Levantaron ese teléfono ellos. Miramos con los ojos de ellos. Evaluamos con la certeza de ellos. Pero lo que no pudimos hacer fue sentir como sintieron ellos.

Y eso nos va a pasar siempre que no seamos genuinos con nuestra esencia.

No podemos desprendernos de nuestra historia. No tenemos por qué hacerlo si sentimos que esto nos identifica.

Tenemos que respetar nuestra voz interior. Es la única que sabe cómo y dónde vibramos en armonía.

De afuera, el mundo se ve distinto.

Empoderarse tiene que ver con volver a escucharnos a nosotros mismos. Ese es el primer paso en el camino de reconstrucción de nuestra autoestima: devolverle el valor que alguna vez tuvo.

Se agradecen los consejos.

Se aprende de otras miradas.

Se evoluciona abriendo la cabeza. Pero cuando se trata de sentir… el huésped deberá devolvernos la llave de nuestra casa y regresar a su cuarto de invitados.

La única verdad la tiene nuestra voz interior. Y cuando uno decide desde ahí, no se puede equivocar jamás. Porque el único error es el que se comete cuando uno camina en contra de su propia esencia. Es pisarse a sí mismo. Humillarse ante nuestro propio espejo. Consentir una violación a nuestra cabeza. Cuestionarnos nuestra pureza.

Algo muy parecido a la locura.

Y duele un montón.

67
Llorate todo

Me decís que querés llorar porque esa es tu forma más infantil de anticiparme la necesidad de romperte todo de una buena vez.

Lloro, me repetís. Y yo intuyo la vergüenza del adulto que sos hoy por sentir lo que siente.

Y entonces cortás la llamada, justo antes de que yo te diga que sí.

Que llores.

Que te duelas.

Que revientes todas las ventanas de tu barrio con el sonido de tu voz.

Que grites todos tus dolores hasta quedarte mudo.

Que vomites todos los nudos del estómago que te están atorando la respiración.

Llorá.

Todo llorá.

Llorate a vos mismo.

Pero no como llora un bebé. Llorá como un adulto que sabe llorar.

Pataleá.

Explotá lo que haga falta.

Saltá por el aire.

Arrastrate en el piso.

Que se destruya la angustia que no te deja avanzar.

Todo lo que sientas.

Todo lo que quieras.

Desaparecé por el tiempo que te haga falta.

Volá.

Sé impune a tu dolor.

No resistas.

No te mientas.

No flotes.
No pidas permiso ni perdón.
Llorate todo, mi amor.
Llorate encima.
Limpiate por dentro.
Purgá.
Y después… ni si te ocurra seguir en el mismo sendero.
Rompé la ruta.
Cambiá la dirección.
Despertate, mi amor.
Despertate.
Pero no te vuelvas a dormir en el mismo lugar.
Cruzá el camino.
Hacé uno nuevo.
No te ates a ningún sendero: son todas jaulas disfrazadas.
No te quedes si te duele.
Aunque la verdad sea violenta.
Porque más violento es respirar el aire de tu propia mentira.
Llorate todo.
Tu pasado, tu niñez y tu abandono.
Todas y cada una de las ausencias que te habitan.
Lloralas todas.
Los deseos frustrados y tus propios pasos errados.
La desavenencia de tus sueños que un día se te volvieron imposibles.
El futuro muerto.
El presente equivocado.
Rompé asfaltos, pero después no los intentes pegar.
Dejá todo así como está. También hay que aprender que hay cosas que no vale la pena arreglar: soltá.
Saltá.
Cruzá.
Mudate.
Andate.
Reí.
Y ojalá entonces puedas romper con la dictadura del ego.
Si eso es lo que realmente querés, llorate todo, pero después: te vas.

No me preguntes a dónde.
Porque adentro es el nombre de todas mis respuestas.
Adentro, corazón.
Volvé a vos.

68
Quereme

El amor que me profesás cada vez que lo acompañás de actitudes que lo ponen en duda se hace papelitos en el aire: se pierde.

Se vuela.

Se va.

Todas las palabras tienen fecha de vencimiento cuando las promesas se te pudren en la boca.

No hay tiempo que valga mi espera para que te vea actuar en función de lo que decís sentir.

Es al revés.

Al revés.

Creeré en vos solamente cuando te vea actuando la palabra que no hace falta pronunciar.

El amor no se promete. Se cumple.

Por eso yo quiero gestos.

Un gesto.

Adoro jugar con las letras arriba de tu boca, intentando congeniar para encajar nuestros corazones, como las piezas de un rompecabezas.

Adoro el lenguaje y ponernos a charlar sobre la filosofía del cangrejo.

Lo haría por horas. Días. Meses. Y todos los años que nos queden.

Miraría todas las noches el cielo a tu lado. Y me animaría a construir con los cimientos de lo que vayamos vibrando, una canción que nos identifique.

Haría todo.

Y quizás más que todo.

Pero solo cuando lo demás esté dado por sentado. Y cuando digo lo

demás, me refiero a las bases que sostienen el amor que decís tener.

Los planes que querés cumplir.

Los sueños que querés soñar.

El futuro que querés vivir.

La rutina que querés quebrar.

No me interesa que tengas la osadía de abrirme el pecho. Leerme el alma y que quieras saber el nombre de mis heridas, si con todo eso vas a escribir un libro que no es el mío.

No te entregaría nada de lo que soy para serte útil en el camino de tu vida.

Yo quiero gestos.

A esta altura de mi vida, solo creo en lo que veo.

En lo que huelo.

En lo que toco.

Y las palabras son hermosas.

Pero no se ven.

No se huelen.

No se tocan.

Solo se dicen.

Y decir, dice cualquiera.

No me digas que me querés.

Quereme.

69
Sobre todo

Que sepas que, a pesar de todo lo que estás viendo en mí, lo estoy intentando.

No pido que te des cuenta.

Ni que lo entiendas.

Ni mucho menos que comprendas los tiempos que yo manejo.

Pero lo estoy intentando.

Con la cabeza.

Con el pecho.

Con las manos.

Con la clavícula.

Con los pies.

Con la piel.

Con la sangre.

Con las lágrimas.

Con las tripas.

Con los pensamientos.

Con mi sonrisa.

Con mis heridas abiertas.

Con mis miedos y mis temores.

Con mi pasado, mi presente quieto y mi futuro incierto.

Lo intento, te lo juro.

Con las dos manos.

Con los dedos.

Con la boca.

Con la lengua.

Con la respiración.

Y también cuando escribo. Y cuando tengo terror de volver a hacerlo.

Cuando duermo y cuando me desvelo.

Cuando te llamo y cuando no te atiendo.

Cuando amo y me resisto.

Que sepas que ahí es cuando lo estoy intentando.

En todos los tiempos verbales.

En todas las estaciones del año.

En cada día. En cada semana. En cada mes.

Todos los años.

Yo lo intento. Creeme que lo estoy intentando.

En cada llanto.

En cada silencio.

En cada recreo que me tomo.

Cuando estoy y, sobre todo, cuando desaparezco: lo estoy intentando.

No pretendo que lo entiendas porque esta es mi lucha.

Solamente quiero que lo sepas.

Para que no me digas nada.

Para que no me cuestiones.

Para que no plantes tu necesidad ni tu deseo arriba del mío.

Para que no me apures.

Ni me convenzas.

Ni me juzgues.

Ni me demores.

Ni me pidas.

Ni me aconsejes.

Para que te quedes quieto.

Haciendo silencio.

Con la boca cerrada.

Y no me presiones.

Sobre todo, cuando me veas huyendo.

Repitiendo.

No aprendiendo.

Fracasando.

Porque, aunque no lo sepas, es justo entonces que lo estoy intentando.

70
De mis alas

No quiero ser tu flor por un día.

Ni tu ave de paso.

Ni el atajo de la muerte de tu deseo.

Ni el recuerdo que sostuvo tus noches en vela.

Ni la droga que te arrancó de tu presente por un rato.

Ni la mano que desata el nudo de tu cuello.

Ni la voz que te falta para decir lo que no sabes cómo se llama.

Ni prestarte mis pies para que camines tu rumbo.

Ni tu sombra.

Ni tu reparo.

Ni tu plato caliente.

Ni tu consuelo.

Nada quiero.

No quiero nada.

Conozco el vacío que se siente cuando mi intención de querer salvarte de tu mundo se frustra.

Una culpa que no podré depositarte nunca, porque nunca me pediste que lo hiciera.

Y cuando intente quitar la espada del arrepentimiento de mi pecho, además de tristeza, voy a sentir ardor. Porque cuando alguien no te quiere, a pesar de haberlo dado todo, arde.

Uno se siente poca cosa. Y lo único que pretende es magia para volver las cosas al primer día, cuando todo parecía ser posible.

Y entonces dibuja como un nene todas las posibilidades que no usó.

Como si se tratara de un juego de cartas, se lamenta de haber jugado mal la partida. Y pide volver atrás ahora que es imposible.

Un suplicio que quema la cabeza.

Un goteo permanente.

Pero ya aprendí que quien te ama no lo hace por lo que sos capaz de dar sino por todo aquello que sos capaz de ser. Y también, y sobre todo, a pesar de lo que tus heridas te impidan.

Y hace rato busco amor y no recompensa.

Porque cuando era más débil conocí los motivos que me llevaron a serlo.

Y ahora que los conozco, sé que esta que soy supera todo lo que puedo darte.

Me cuesta mostrar mis otoños, porque me da mucho pudor que estés ahí, para ver caer cada una de las hojas que cubren mis heridas. Pero también sé toda la luz que irradio en mis primaveras.

Me transformo en un sol hermoso.

Lleno de vida.

Pero no para darte.

No quiero cubrirte del frío con mi calor.

Quiero que seas feliz cuando me veas brillar.

No quiero salvarte.

No quiero que me salves.

Quiero que disfrutes de ver cómo puedo hacerlo yo sola.

Sin necesitar a nadie para que mi existencia tenga un sentido.

Y que sea de eso de lo que te enamores.

De mis alas.

De mis enormes alas.

Cuando puedan abrirse sin depender de las tuyas.

71
La repetición

Si le ves cara de perro, cola de perro, patas de perro: es un perro.

Aunque todo tu deseo insista en que es un gato, el destino lo hizo perro.

Basta con el poder del olfato para retirarse a tiempo.

Si ya viste la película, no necesitás llegar hasta el final. Sacala.

Ya lo conocés. Solo tenés que recordar.

72
Siempre fuiste sol

Recién pasé por la esquina de tu casa. La evito desde que te fuiste. Pero hoy no pude. No tuve opción.

Conozco cada uno de los sentimientos que se me implantan dentro del pecho cada vez que me voy acercando. Porque el tiempo del reloj no tiene nada que ver con el de mis latidos.

Para mí, siempre te fuiste ayer.

Y entonces está tan fresca tu cara que cada vez que se me aparece de frente me acuerdo de todo.

Culpa.

Tristeza.

Angustia.

Soledad.

Te extraño. Y los días como hoy, cuando sale el sol, te extraño más todavía. Porque a vos nunca te veía lloviendo. Nadie conocía las vivencias de tus domingos solitarios. Cuando abrías la puerta, tu sonrisa tapaba el dolor.

Nunca te vi mal.

Nunca te escuché la queja de los dolores de tu cuerpo y de tu vida que evidentemente los comentabas con chistes cruzados para no preocupar a nadie.

Y ahora miro para atrás y los cabos que puedo atar prefiero seguir dejándolos sueltos para que no me duela no haber visto todo antes.

Entré a casa y me puse a ordenar.

Casi te llamo para que me des una mano. En lo que sea. Con algo. Todo me daba igual.

Hoy sí tenía respuesta a todas las veces que me preguntabas qué necesitaba.

A vos.

Las manos que me ofrecías.

Tus preguntas.

Tu complicidad.

Tu manera rara de ser en este mundo.

A vos.

Extraño que me quieras como me querías. Y también extraño la inocencia de pensar que podía llamarte en otro momento.

El día está hermoso.

Y yo te extraño en estos días. Porque cuando el cielo está celeste es cuando miro para arriba y te busco.

Nunca fuiste nube.

Siempre fuiste sol.

Y entonces miro. Suspiro. Miro para el costado y ya no tengo cómo tocarte.

Alguien que no conozco parece pronunciar tus palabras. Y me gusta. Pero me asusto.

Te extraño.

Y en los días tan hermosos como hoy, te extraño más que nunca.

73
Mi música

Una parte de mí comenzó a creer que no iba a ser capaz de cumplir mis sueños. No se trataba de inseguridad personal.

Se trataba de la dificultad que tenía para romper mis cadenas emocionales. Y cuando digo cadenas, me refiero a la parte que estaba atada al otro lado de mi mano: a mis afectos.

Y cuando digo afectos, también digo todo lo que bordea mi nombre. El palacio que un día construí, sin saber lo que estaba construyendo.

Hoy lo rompería todo.

Mordería sin pensarlo un minuto aquello que me ata a una vida que no elijo.

Pero no puedo no pensar.

¿A quién voy a delegarle la tarea de sanar las heridas que mi egoísmo va a provocar?

A nadie.

Absolutamente a nadie.

Y delegar responsabilidades no es algo que me guste.

Ser libre sale carísimo. Y realmente a veces dudo de si podré afrontar esos costos. Sería endeudarme hasta el infinito.

Pero todos sabemos que este conflicto me pertenece a mí desde el día en que nació.

Quedarme quieta era la única posibilidad que veía en mi horizonte.

Pero también la única causa de mi angustia.

Entonces congelé mi felicidad como un acto heroico que supuse de justicia para todas las partes.

Sacrifiqué la vida que anhelaba para no destruir la de los demás.

Y eso duró muchos años.

Un montón.

Hasta que por suerte, o por mucho dolor, me di cuenta de que esa

parálisis no solo no me acercaba a nada de lo que quería, sino que tampoco protegía a los que yo amaba de los rebotes de mi resentimiento.

Yo era la víctima de los pasos que no daba, mientras que ellos fueron el hueco donde depositaba los motivos de mi propia frustración.

Hasta que, un día, todo cambió.

¿Podemos darnos el permiso de vivir nuestra vida sin pisarles el futuro a los demás?

Podemos.

¿Cómo se hace?

No tengo idea.

Solo sé cómo lo hice yo.

Recuerdo el día en que agarré el mapa de mi vida. Me llamó mucho la atención que casi todos los lugares que quería recorrer estaban vírgenes. Pero, sobre todo, me di cuenta de que sacar el ticket para cada estación me iba a costar un ojo de la cara. Porque acá el camino implicaba dinamitar muchos de los recorridos que ya había hecho.

Si hago memoria de todo lo que mi niña interior, esa Lorena chiquita, quería ser cuando fuese grande, el sentimiento lógico y esperable que hoy me atrapa se llama angustia. Porque nada de eso había sucedido.

A mí no me mató el miedo. A mí me mató el olvido.

Mi error fue olvidarme de lo que quise ser alguna vez. Y ahora que lo había recordado ya era tarde.

Tan simple como eso: llegué tarde.

Ahora, un par de décadas después, ya estoy grande para suponer que la hoja que tengo está en blanco. Hay cosas que para borrarlas uno tiene que haberlas escrito primero. Y lo escrito siempre se nota. No hay indeleble que haga milagros.

Entonces, sin la carta del tiempo a mi favor, estudié bien el territorio y elegí no patear el tablero. No quería guerras. No estaba dispuesta a escuchar un solo disparo.

No me iba a combatir a mí misma.

Lejos de eso, tomé otra decisión: integrar.

Integrar supone algo menos idealista y, creo yo, mucho más

efectivo: la idea de lo posible.

Entonces el concepto de incorporar algo nuevo para formar parte de lo que ya tenía transitado me dio un poco de paz. Una luz. Un nuevo despertar.

No puedo huir de mí misma, con todo lo que eso implica. Pero sí puedo unir mi pasado a una nueva idea de futuro.

En cuanto a los mandatos familiares y sociales, no puedo más que asumir que son parte constitutiva de nuestro inconsciente. Y con esto quiero decir que la libertad que uno supone que tiene no existe. Muchas de las cosas que solemos hacer están determinadas por voces que no son nuestras pero que habitan en nuestro interior.

No se las puede silenciar porque son mudas. Las reconocemos cuando las vemos actuando a través de nosotros, que no entendemos demasiado por qué hacemos lo que hacemos.

Un viento que no controlamos nos fuerza a hacer cosas que no elegimos.

No es una simple corriente: es un viento con la potencia de un huracán. Es imposible frenarlo a tiempo. Solo podemos prepararnos para el siguiente, una vez que ya vimos cómo trabaja.

Y eso fue lo que estuve haciendo durante muchos años: conocerme.

A veces uno piensa que es tiempo perdido, pero tenemos que cambiar este concepto y entenderlo como tiempo invertido.

Algunas personas mueren sin llegar a saber quiénes son. Preguntándose qué fue lo que pasó que nunca le vieron la cara a la felicidad. Resignando sus anhelos no por no poder cumplirlos, sino por ni siquiera saber cómo se llamaban. Eso sí es tiempo perdido. Pero nunca el dedicado al autoconocimiento.

Nunca.

La muerte de papá tuvo mucho que ver en esto.

Fue un tipo que me dejó de todo. De todo. Todo.

Tengo un menú infinito de platos para elegir.

Pero nunca conocí sus sueños. Nunca. Nunca supe qué fue lo que quería ser. Lo que quería tener. Cómo quería vivir. Cuáles fueron los anhelos que no pudo cumplir. Sus metas. Proyectos. Papá no hablaba de eso. Pero se le notaba en la cara y en esa mirada tierna y melancólica a la vez, cuando repetía todos los santos días de su vida

que lo único importante para él era que yo fuera feliz.

Por mí no te preocupes, muñeca. Lo importante es que vos estés feliz.

Y, sin embargo, siempre me quedo pensando si eso que para él era lo más importante no era, a su vez, la causa de esa tristeza que nunca se permitió declarar. ¿Puede alguien, incluso un padre, incluso mi papá, que fue el mejor que existió sobre la Tierra, postergar su vida por la vida de otro? Si esto fue así, si él dejó su vida por la mía, ¿por qué su cara y su forma de ser en el mundo decían lo contrario?

Cuánto quisiera que pudieras volver solamente para decirte que no. Que no se puede. Que te despiertes. Que mi felicidad también hubiera sido la tuya. Que nada más triste hay para un hijo que ver a sus papás abandonados. Resignados. Sin motivaciones. Que es muy difícil aprender a ser feliz a modo de recompensa por el sacrificio que alguien tuvo que hacer para que valga literalmente su pena.

No, papá. No funciona así. Yo hubiera querido verte feliz a vos.

Conocer tus sueños. Ver tus alas. Y también tus frustraciones y postergaciones para animarte a que las cumplas. Para decirte que yo iba a vivir mi vida, y creeme: lo habría hecho mucho mejor si vos me hubieras demostrado cuán intensamente estabas viviendo la tuya.

Así se aprende la felicidad, papá. Mirando. Viendo.

No es una indicación o una expresión de deseo, ni acaso un acto volitivo, ni consecuencia de las contingencias de la vida. No, papá.

La felicidad es algo que se contagia. Que uno mama. Que uno siente y huele en el otro. Es como la música. Se te pega, la sentís en el cuerpo, y cuando no te das cuenta tus piernas ya se están moviendo solas.

Esa música, que no me hiciste escuchar de chiquita, es el único y honesto legado que quiero dejarles a mis hijos.

Quiero que me vean feliz.

Porque entiendo desde lo más profundo de mi corazón que esa sería mi manera de darles la mano y acompañarlos en su propio camino, sin que paguen las cuentas por abandonar el mío.

Los quiero libres.

Me muero en vida si los veo repitiendo los patrones de la mediocridad salidos de mi boca para justificar todos los pasos que no di.

Los voy a dar.

Los tengo que dar.

Quiero que crezcan escuchando música. Que se contagien. Que vean que se puede. Que no hay que entrar a ningún sistema sin ser consciente de querer entrar, porque después salir implica un golpe tremendo que muchas veces no se puede revertir. Que elijan. Que deseen. Que tejan alas. Que se exploren.

Que no respondan normas si ven que en las caras de quienes las profesan hay dolor. Odio. Fastidio y resentimiento.

Que se escuchen. Que se toquen cuando vibren en ese instante para poder sacar una foto interna del lugar donde les pasó. Y que ese sea el parámetro.

La vibración. La expansión de su corazón. Ese momento donde pidan implorando al cielo, como lo hice yo a mis quince años, dando mi primer beso: por favor, no, ni se les ocurra hacerme morir ahora que la estoy pasando bien.

Hablé con ellos. Con cada uno de mis seres queridos y les puse mi música.

Mis hijos: en primera fila. Entusiasmados, dibujando con pinturas adentro de mi mapa cómo y dónde quedaban mis sueños.

Escuchar en esas voces tan chiquitas consejos, ideas, inclusive palabras de aliento, fue darme cuenta de que ya estaban bailando conmigo.

La luz en sus caras encendió la mía.

El mismo tema les puse a mis amigas, a mis hermanos, a mi mamá, y también arrodillada mirando el cielo.

La gente que te quiere es la que te dice: *Hacelo, carajo*.

Hacelo.

¿Es egoísmo?

Egoísmo es no permitirte ser feliz y hacerles tragar a los demás la pastilla de una culpa que no les pertenece.

La gente que te quiere es la gente como mi papá.

Esa que sabe decirte: no te preocupes por mí. Lo importante es que vos seas feliz.

Cuánto más feliz habría sido, papito mío, si me hubiera despertado antes de que te mueras para pedirte que me mostraras cómo se hace.

Cómo era tu danza.

Pero no quiero guerras. No quiero disparos.

No puedo cambiar las cosas. No puedo tacharlas y pretender vivir con miles de cruces negras adentro de mi cuerpo. No quiero esa mugre.

No puedo deshacer todo.

Puedo integrar.

Y entonces eso que no pasó hoy es parte de mi aprendizaje y es lo que me lleva a poder revertir mis propias heridas.

No importa si logro cumplir mis anhelos. Juro que no importa. Me alcanza y me sobra con saber que, de acá en adelante, el lápiz que tengo en la mano será el que diseñe mi propia obra.

Que me lleven bailando y no doliendo. Eso es lo único que me pido.

Porque hay otros mundos, pero están en este.

Porque hay otras vidas, pero están en esta.[1]

Y es acá donde tengo que bailar.

1 Paul Éluard.

74
Para poder responder

Cuando uno se propone la distancia vincular, como el último método para ver qué nos sucede en esa ventana que se abre, termina asombrado de las cosas que aguantó, sin entender por qué las aguantó.

Hay que atreverse a pasar ese peaje.

Es una angustia abstinente, que una vez que logramos atravesarla termina siendo un bien necesario que nos devuelve el alma al cuerpo.

Convivimos con muchas voces dentro de nosotros que no conocemos hasta que se ponen en marcha sin pedirnos permiso.

Son huéspedes que habitan en nuestra casa:

Miedo. Soledad. Abandono. Inseguridad. Dependencia. Ansiedad. Depresión. Angustia.

No hablan, actúan. Y lo hacen de una forma muy peculiar: rompiendo nuestra capacidad de decisión.

Irrumpen de forma inesperada, y cuando nos queremos dar cuenta lo hacen atentando contra nuestro propio deseo.

¿Qué podemos hacer con un enemigo que duerme en nuestra propia cama?

Tomar distancia.

Distancia para ver.

Para entender.

Para frenar.

Para conocer.

Para aclarar.

Y, muchas veces, para poder decir basta.

Distancia para devolvernos la confianza que cedimos a nuestro propio inconsciente y transformarla en certeza para transitar el camino que elegimos.

Distancia.

Como un golpe de aire fresco en la cara.
Como una ficha a favor de nuestra libertad.
Como un revelador de ese misterio que no podemos desatar:
¿Por qué estamos donde no queremos estar?
Distancia.
Para poder responder.
Distancia.
Solo distancia.

75
Lo hago por vos

Una de la madrugada y apareció tu mensaje.

Escribiste y desapareciste de la línea, como quien tira la piedra y esconde la mano.

Lo hice por vos. Espero que estés bien. Un beso a los niños.

Hace unos días, después de varios intentos de llevar adelante un vínculo que no tenía más pretensiones que el de la salud mental para las dos partes, decidí alejarme.

Me corro, te dije. *Me abro. Esto no es para mí. Me está haciendo mal.*

Me contestaste como si fueras un robot. Totalmente deshumanizado. Pude imaginarte respondiendo con una sola mano y con la otra levantando una copa de vino. O quizá, enviando algún correo de trabajo. O respondiendo un llamado de tu hija.

La verdad es que no lo sé. Pero solo alguien que tiene una urgencia que resolver puede responder como vos lo hiciste.

Y hasta donde yo sabía, esas eran tus prioridades: el alcohol, tus hijos y tu trabajo.

En ese orden.

"Correcto" fue la respuesta que elegiste para aceptar una decisión que me llevó más de dos años y mochilas de culpa animarme a tomar.

Intenté explicarte la razón de mi decisión, supongo que para darle un poco más de valor a la despedida, y también porque justifiqué tu respuesta creyendo que te había dolido mi elección. Pero apostaste un poco más fuerte y cerraste la conversación diciendo: *No digas más nada. ¿OK? No hace falta.*

Y ese fue nuestro final: nuestra hermosa y tierna despedida.

Nos conocimos hace un tiempo. Todo lo que siguió a partir de ese cimbronazo fueron intentos. Intentos de todo: de vernos. De tener una relación. De ser amigos. Novios. De besarnos. De ser felices. De soñar

en forma paralela. De ayudarnos. De anestesiar las noches oscuras del alma. De que vaya. De que vengas.

Intentos. Puros intentos.

Los rompiste todos. Todos y cada uno de ellos fueron explotados contra el piso antes de que pudieran ser concretados en el aire.

Vidrios por todos lados, imposibles de juntar.

Vidrios y más vidrios.

Cada golpe rompía un poco más la idea de un nosotros que mi fantasía había puesto en un altar.

No llegué ni a saborear esa palabra en mi boca.

Todo se trataba de vos. De vos y de tus causas. De vos y tus motivos. De vos y tus circunstancias.

La razón de todas las explosiones fueron tus miedos.

Tu incapacidad, tus inseguridades, tu rotura, tu fisura, tu pasado, tu presente, tu futuro, tu amor por otra, tu amor por mí, tu amor por vos.

Tu enfermedad. Tu salud. Tu cobardía. Tu osadía.

La distancia. La cercanía. El trabajo.

Y, sobre todo, la razón que coronaba todos tus motivos era que alguien como yo no te merecía.

Tanto me querías que no te merecía así de incompleto. Un loco suelto. Un pibe roto. Un fracasado. Y ya ni me acuerdo de cuántas historias más.

Nuestras discusiones, que nunca llegaron a ese estatus porque siempre abandonabas antes de que sucedieran, se trataban de hacerme entender a mí que si había algo errado en esta historia era mi amor.

Que algo de la realidad me estaba perdiendo. Que no era objetiva en mi afecto.

Sin embargo, mi compasión, mi ilusión y mi deseo intentaban remontar un barrilete sin hilo que lo sostuviera.

No querías que te quisiera.

Realmente sentías con todas tus fuerzas que no te lo merecías.

Cada vidrio reventado en el piso era la prueba para alejarme antes de que me fueras a cortar.

Yo te quería a pesar de todo, porque todo eso también eras vos.

Y entonces todo este tiempo estuve barriendo el desastre que hacías cada vez que nos acercábamos un poco más. Me la pasé juntando

cristales y tirándolos al tacho de basura durante meses.

No era un desafío. Sabía, sin lugar a dudas, que si había alguien que los iba a pisar no sería yo.

Te cuidaba. Te estaba cuidando de vos mismo.

No quería arreglarte. Ni repararte. Ni adecuarte a mis necesidades.

Quería quererte.

Quererte. Como quiere la gente que simplemente sabe querer.

Yo quería intentarlo. Quería intentarlo porque nos merecíamos darle un lugar a todo lo que la vida nos había puesto en el camino. Y sobre todo, porque te aceptaba así, con tus dolores y heridas abiertas. Y también, porque no tenía ningún miedo de mostrarte las mías.

Y no me quedan dudas de saber que eso fue lo que te demostré todo este tiempo.

Lo intenté. Sabemos que lo intenté.

Pero vos me escribís un mes después, con la carta de la mentira en la mano, para decirme que lo hiciste por mí.

Lo hago por vos.

Lo hago por vos.

Y con eso me diste a entender que aceptaste nuestra separación como una penitencia que te estaba poniendo y que no se te había ocurrido elevar la voz.

¿Por mí? ¿Qué es lo que hiciste por mí?

¿Tu incapacidad de animarte a querer?

¿Tu enfermedad, que no estabas dispuesto a resignar?

¿Tu falta de amor propio como la piedra que elegiste chocarte en el camino y pegártela de frente en vez de soltarla y aprender a caminar como un adulto emocional?

¿Qué me estabas queriendo decir?

Te merecés otra cosa.

Algo mejor.

Y entonces sé algo mejor. Sé otra cosa. Resigná el lugar de víctima, las noches ahogado en vasos de vino, las camas con olor a nadie, tus vínculos tóxicos y patológicos de pretender amar justo a la que te devuelve la certeza de que vas a ser abandonado otra vez. Cuidate. Por mí, cuidate.

Cuidate. Entregate a algo distinto. Disfrutá cumpliendo los desafíos

que te tocaron sortear en la rueda de la vida. Renunciá a tus miedos y dale entierro a tu cobardía.

Por mí, animate.

Rompé las murallas en las que sobrevive tu corazón hace rato por terror a que lo toquen y lo destruyan.

Amá.

Crecé.

Respirá paz y no dolor.

Reí.

Gritá.

Viajá.

Soñá.

Da más. Más. Mucho más.

Sé libre.

Liberate de ese pasado que decidiste llamar destino.

Pero no me digas que por mí te alejás.

Que por mí desaparecés.

Que por mí te retirás.

No es por mí. Es por vos.

Por vos y la comodidad que implica tu zona confortable de sufrimiento, donde si hay algo que conocés de manera impecable es el lenguaje que se habla ahí.

Por mí, no.

Yo soy una más de tus renuncias a la vida.

Un nuevo intento fallido.

Un paso no dado por terror a volver a caer y no saber cómo levantarte.

Una perlita nueva que se les suma a la pila de los lamentos que estás coleccionando.

Arena.

Soy arena que hace más fuerte y pesado el puñado que mañana se te cae de la mano donde confirmás que vivir, otra vez, te salió mal.

Por mí nada.

Te devuelvo tu misil que lleva el estigma que te recuerda que no te merecés amar ni ser amado.

Esas no son mis palabras. Ni mi sentimiento. Ni mi mirada.

¿Por mí?

Por mí, resistí.

No aflojes.

Pedí soga a todos tus seres queridos.

Hablá. Rompé las cadenas del infierno que ataste vos mismo.

No te vayas.

No te escondas.

No te mueras otra vez en tus propios brazos.

Por mí, nunca dejes de intentarlo.

Y mucho menos si es conmigo.

No tengo intenciones de curarte. Lo único que pretendo es no soltarte la mano en el camino.

76
Tiempo

Un soñador siempre es violento.

Arrasa con todo.

Quita, con furia, las piedras del medio del camino.

Sabe transformar aquello que lo inspira en su hogar: ese lugar a donde siempre va a querer retornar.

De un lado: el éxito de su cumplimiento.

Del otro: el fracaso de la demora en poder realizarlo.

Pero abandonar resulta ser algo que nunca está en sus planes.

Nadie que se pierda en el medio del océano piensa que no va a regresar a casa.

Lejos de eso, la vuelta es su motivación.

El soñador, antes que resignarse, se pone a nadar con los tiburones.

No importa cuán lejos quede la orilla. Porque la llegada es algo que le importa al ego.

Y un soñador ama su sueño más que a su propio ego.

Se juega las consecuencias del esfuerzo y preserva la energía que necesita como su alimento.

¿Quién no regaló compulsivamente tiempo a otros que estaban caminando su propia vida?

¿Cuánto damos a quienes no lo piden, no lo notan, no lo quieren, no lo valoran y muchas veces ni lo cuestionan?

No se trata de dar amor que atente contra uno mismo.

Porque eso no es compasión.

No es altruismo.

No es solidaridad.

Eso es un error.

Es masoquismo de un tiempo mal capitalizado.

Saber a dónde. Saber a quién.

Porque alguien que sueña necesita tener sus propias alas a disposición.

Con un chasquido, abrirlas y empezar el viaje interior para poder plasmarlo en la tierra.

Y las alas están tejidas de energía.

De tiempo.

De confianza.

De valor.

De osadía.

De entrega.

De potencia.

Y de mucho amor.

Y todas estas cualidades van de regalo cada vez que postergamos nuestros minutos, intentando inflar un globo que no es nuestro y que, de propina, nos quita la respiración.

Seamos soñadores violentos.

Apasionados.

Convencidos.

Decididos.

No regalemos el combustible que necesitamos para construir deseos en vidas ajenas.

Contagiemos nuestro vuelo.

Pero nunca regalemos nuestras alas.

Abramos los ojos.

Seamos conscientes.

Que, a pesar de todo lo que hagamos por los otros, nadie vuela una vida real con alas prestadas.

Creemos que somos empáticos, pero somos ignorantes.

Y cuando despertemos, ya tarde, nos vamos a arrepentir de haber perdido en lugares que nunca nos dieron la bienvenida nuestro bien más valioso: el tiempo.

77
Una cosa

Una cosa es el sacrificio y el esfuerzo que tuviste que hacer para alcanzar tu sueño, y otra muy distinta son las consecuencias que estás pagando por haberlo logrado.

Frená y mirate al espejo.

¿Vale lo que te cuesta?

¿Tu meta se comió tu felicidad?

¿El reflejo del espejo te está devolviendo la imagen con la que pensabas que te ibas a encontrar?

Dejá el pánico, la soberbia y la culpa, y cuestiónatelo todo.

Siempre podés decir: me equivoqué, no era lo que me imaginaba.

Es más fácil saber lo que queremos que conocer lo sentiremos cuando lo tengamos.

Soñamos con el logro pero nunca vemos con certeza las consecuencias.

Frená.

Preguntátelo todo.

No todos los duraznos valen la pelusa que te estás comiendo.

78
No

Me escondí para poder replegarme.

Saqué la foto del perfil de mi celular y después lo apagué.

Dejé un nuevo texto colgado en las redes sociales, como quien deja las zapatillas en la puerta de su casa, para que sepan que estoy bien.

No quiero que se preocupen.

Quiero que entiendan que lo que estoy haciendo es una desaparición con vida, para que nadie me moleste.

Realmente me siento presa de la incapacidad que tienen los otros de vivir consigo mismos.

Realmente cansa.

Me agotan.

Bajé las cortinas de mi casa.

Apagué las luces para no dar rastros que estoy adentro, respirando libertad.

La gente busca excusas cuando ve que disfrutás lo que ellos padecen y, en nombre de las buenas intenciones, te tocan el timbre solamente para arruinarte la cita.

Desactivé el portero.

Velas.

Sahumerio.

Música hindú que me recuerda mi estadía en India, donde logré sentir en todas mis células que cuando la paz se lleva adentro no hay caos que la haga tambalear.

Abrí la ducha y dejé que corra un poco el agua. El vapor que salía por la puerta entreabierta me avisó que estaba lo suficientemente caliente.

Entré a la bañera y me arrodillé.

Cerré los ojos y agaché la cabeza.

Me senté y estiré las piernas.

El agua en los hombros no me quemaba.

Me relajaba.

Me quedé un rato sin hacer nada. Aunque, ciertamente, para mí era un montón.

El olor de la música sonando y el ruido del fuego de las velas me limpiaban el cuerpo como si se tratara de un jabón que había decidido no agarrar.

No quería nada en el cuerpo más que agua.

Supongo que estaba meditando.

Viviendo el momento.

Sintiendo el momento.

Entregada al momento.

No pido. No hablo. No pienso.

Solo respiro.

Respiro.

Sin levantarme de la bañera, hice una contorsión con el brazo y giré la otra canilla.

Entibié de a poco el agua hasta que mi piel se adaptó a esta nueva temperatura.

Me di vuelta sin abrir los ojos y me arrodillé.

El agua ya estaba fría.

Muy fría.

Llevé la cabeza hacia atrás y recibí esa lluvia en la cara.

Los ojos.

Agua fría en los ojos.

Sentí literalmente cómo iban saliendo los días de mi cuerpo.

Me estaba sacando los días de encima.

Corría el agua al mismo tiempo que corrían los momentos que tenían que irse por la rejilla.

Realmente esa limpieza arrastraba sin saberlo la limpieza de algo mucho más profundo.

Cansancio. Se estaba yendo un cansancio que no era mío.

Muchas voces se iban por esa rejilla.

Presiones. Explicaciones. Consejos. Palabras muertas.

Coloqué las manos en el pecho y comencé a arrancar las emociones

que pedían libertad.

Suspiré un mundo en ese rato.

Suspiros. Muchos suspiros.

Me estaba desintoxicando.

No me importaron los relojes.

El tiempo que tenía que usar lo usé. O quizá, viéndolo en perspectiva, fui yo la que se dejó usar por el tiempo.

No sé cuánto estuve ahí.

Pero una vez que ya había cerrado los grifos, dejé que el mismo tiempo se encargara de secar el cuerpo dentro de la bañera.

Apoyé la espalda contra una de sus paredes y miré sin saber qué estaba mirando, esperé sin saber qué estaba esperando.

Me levanté y usé una toalla para irme hasta mi dormitorio.

La apoyé en el suelo y me acosté ahí.

El olor que había en la habitación había cambiado.

Era paz.

La paz se huele.

Se siente en la piel.

Se huele en el aire.

Se toca abriendo bien las manos y no sintiendo nada que las aprisione.

Se escucha en la respiración.

Se saborea.

Me quedé dormida

¿Estaba siendo feliz?

No.

Me sentía libre.

Y eso queda un pueblo más arriba.

79
Los conozco

Andan todos con cara de refugiados. Exiliados de una vida que nadie eligió. Todos consternados porque ya nada es lo que era. De tanto buscar, acaban por perderse, y entonces después ya no saben a dónde tienen que regresar. Y si un día lo recuerdan, tampoco quieren.

Volver a casa tiene sabor a depresión. No se sienten contenidos. No tienen con qué abrigarse la espalda. Tiemblan en las noches de calor mirando la nada. Las infinitas posibilidades de vivir les aloja una ansiedad en el pecho que los desborda.

No saben qué hacer para sentir alegría.

Ven felicidad en historias ajenas.

Claro que saben que todos mienten, pero tampoco tienen la fuerza interior para contarse los mismos cuentos.

No tienen ganas.

No saben lo que quieren. Y hacen, mientras tanto, lo que no quieren.

En esa habilidad que aprendieron, supongo que esperan que el sentido de sus propias existencias se les revele como un ladrillo en la cabeza.

Les piden ayuda a sus muertos. Al universo. A su propio Dios.

Tristes. Vacíos. Promiscuos. Adictos.

Necesitan alguien que los guíe.

Que les diga cómo.

Por dónde y por qué razón.

Gente con miedo.

Terror de volver a romperse porque saben perfectamente que nadie los va a juntar.

Los conozco.

Fui todos ellos.

A veces lo soy.

A mí me ayudó el silencio.

La posibilidad de sentir la soledad como mi aliada.

El amor.

El perdón.

Abrazar la tristeza, la duda y el insomnio.

Dejar de pedir.

Dejar de esperar.

Mi agenda es otra.

Mis papás nunca me dijeron lo que tenía que hacer. Quién tenía que ser. Cómo tenía que ser.

Me largaron al mundo sin un mapa y con muy pocos mandatos recitados de forma explícita.

Tuve que entrar a bucear donde se encontraba mi felicidad.

Probé tantos caminos como pude.

Fui y vine.

Tuve que patear muchas vidas posibles.

Frustraciones. Heridas. Abandonos.

Vivir.

¿Y después? Después cae el ladrillo.

No desde arriba, ni desde el costado.

Explota desde adentro.

Sí. Eso es despertar.

Despertar implica descubrir todo el tiempo que estuviste caminando con los ojos vendados.

Las luces encandilan y uno parpadea en un intento de volver a cerrar los ojos.

Todo resulta demasiado.

La verdad es violenta.

Entonces vas a querer volver a dormirte otra vez.

Pero no vas a poder.

No hay vuelta atrás.

Se llama libertad.

80
Fotosíntesis

Ninguna planta mientras crece reconoce si el rayo que le cae encima tiene la intención de destruirla.

La planta no interpreta. Solo ve luz.

Y cuando ve luz, de forma inevitable, la toma.

No lo decide, es atravesada.

Y entonces el sol, que nada sabe de la fortaleza de la planta, le dispara con toda la potencia de cada uno de sus rayos y forma parte imprescindible de ese milagro.

La planta se hace más fuerte.

Se va a abriendo.

Despliega sus hojas.

Va ganando seguridad y territorio.

La respiración es cada vez más limpia.

Se va limpiando.

Purificando.

Desintoxicando.

Se va poniendo hermosa.

Tan hermosa…

Hay rayos que queman solo porque responden a su esencia de ser rayo.

Pero mientras disparan no tienen forma de saber que se metieron con la planta equivocada.

Es cierto: el sol quiere quemar, porque ese su trabajo.

Pero sin quererlo y en contradicción a lo que está buscando: la está transformando.

La eleva.

Pretende agobiarla, pero en esa defensa de sus hojas la va fortaleciendo.

La vuelve cada vez más resiliente.

Fuerte.

Muy fuerte.

La quiere marchitar.

Pero ella, tan quieta, tan pura, tan noble, tan flor, está haciendo solo lo que su esencia le permite hacer:

Fotosíntesis.

81
Palabras

Digo palabras y lo digo todo.

No creo que haya algo más poderoso que las palabras.

Las sueltas.

Las encuadernadas.

Las robadas.

Las inventadas.

Las buscadas.

Las mágicas.

Las que abrigan.

Las que sanan.

Las que se lloran.

Y también, las que matan.

Palabras.

Esas que uno dibuja mientras mira a la nada.

Las que dicen el nombre de nuestro sueño.

Las que disparan más fuerte que mil disparos.

Las que dan nombre al recuerdo.

Que nombran lo innombrable.

Lo indecible.

Lo desconocido.

Y entonces, cuando logran poner ese cúmulo de desorden de ansiedad arriba de la mesa del lenguaje, todo eso que perturba adentro de nuestra garganta y la achica.

La presiona.

La revienta.

La ahoga.

Entonces logran un grito de exhalación.

Y aparece un nuevo nacimiento.

Una nueva reconstrucción.
Una posibilidad infinita llamada esperanza.
Digo palabras y casi siento que lo tengo todo.
Escribo para no morir.
Para no morir ahogada.
Atragantada.
De miedo.
Ignorante.
Dormida.
Apagada.
Sin haberlo intentado todo.
Sin haber intentado nada.
Escribo para no morir
De amor.
De desamor.
De dolor.
De alegría.
Y sobre todo.
De olvido.
Donde haya una palabra no existe angustia que nos amenace.
Como sea, pero decir.
Hablar.
Por la boca.
Por los ojos.
Con las manos.
Dando abrazos.
Quitando abrazos.
En voz baja.
En voz alta.
Arrodillados.
Bailando.
Susurrando.
Escribiendo.
Gritando.
Llorando.
Como sea.

Como se pueda.
Como se quiera.
Pero decir…
Palabras.
Solo palabras.
Y el nudo afloja.
El corazón afloja.
El mundo afloja.

82
No creo en las señales

Todas las veces que creí recibirlas, después y con un dejo de decepción me di cuenta de que estaba abriendo un paquete que no era mío.

Más de una vez sentí, como lo habrás sentido vos, que un alma desconocida hacía jueguito con la mía. Le concedía el don, sin un solo dato de antemano, de poder leerme la mirada.

Vibraba en mi misma sintonía.

Juraba que comprendía mi lenguaje.

Mi deseo sintetizaba esa experiencia como algo sobrenatural y le ponía el mote de "pertenece a mi mundo" para garantizar como escribana de mi propia firma que ahí estaba a salvo.

Tiempo después, esa conexión se rompía.

Se desfiguraba.

Se terminaba cayendo, como se cae todo lo que se idealiza.

No eran señales: eran deseos.

Era mi esperanza con los ojos vendados, haciendo que encastre lo que yo necesitaba con lo que había disponible.

Cuando uno tiene hambre no elige qué comer. Lejos de eso, agarra.

Y cuando uno tiene urgencia por aparearse con otro, para no transitar la vida en solitario, allí donde hay peligro y fuego, lo transforma en aventura y en luz.

No creía en las señales porque la desilusión me hacía pensar que había inventado lo que yo quería que existiera.

Pero ahora, más crecida y un poco más sabia…

Sí que las veo.

Las huelo.

Las siento.

Las toco en el pecho.

Aún, y sobre todo, en cada cosa que me demuestre que ahí donde yo

veía magia había solo un truco, hoy las agradezco.

Si te das cuenta de todo aquello que te hundió un poquito, vas a ver que fue exactamente eso lo que te fue acercando al camino que querías tomar y no sabías dónde quedaba.

Gracias.

No creía en las señales porque solo lo fueron una vez que dejaron su enseñanza en mí, y para que eso pase primero tuvieron que morir.

No falla la intuición.

No elegiste mal.

No te mintieron.

No te estafaron.

Te estaban mostrando todo lo que tenías que sacar del bolso para ir a tu destino.

Las señales son señales una vez que dejan su huella.

Y para tener la ruta marcada, primero hay que caminar un montón.

Hoy puedo comprender que no debo creer en las señales cuando son flechazos a primera vista.

Solo creo en ellas cuando se sostienen en el tiempo y, por lo tanto, aparecen al final y no al principio.

Creo en las señales que son pregunta y no respuesta.

Porque las preguntas perduran. Mientras que las respuestas van mutando.

Y eso lleva mucho tiempo.

Tiempo.

Las señales nos piden tiempo.

En cambio, lo que desaparece tan rápido se llama imaginación.

83
¿Puede alguien decirme “me voy a comer tu dolor”?[2]

Y te iba a decir que no. Que no puedo. Que no estaba dentro de mis posibilidades, aunque sí tenía las intenciones repletas de amor y compasión.

Pero que entendía que este camino era tuyo. Y que mi lugar en tu viaje solo era de contención.

Una insípida mano es lo que puedo tenderte para que la pongas donde más te haga falta, en el momento que la necesites.

Y casi te pido perdón: perdón por no ser capaz de morder un poco de tu angustia para alivianarte el infierno.

Perdón, mi amor. Perdón.

Y, sin embargo, cuando estuve a punto de declararme incompetente, algo mágico pasó.

La música que le hacía escuchar a papá a diario, mientras estaba peleando por no dejar este mundo, apareció de la mano de alguien que no conozco.

Me la hizo llegar por un mensaje a mi casilla de correo con una foto de la portada de mi libro.

Había armado una historia pequeña con un valor tan grande.

Y la puse fuerte.

Y sabía que ella estaba del otro lado.

Y que ese otro lado ya no era otro: era nuestro.

Y parte de mi emoción estaba siento compartida por alguien más.

Y la música sonaba más fuerte.

Más fuerte.

Más.

Y la ausencia de papá de repente se transformó en presencia.

Y mi recuerdo dejó de ser recuerdo para ser latido en el alma.

Y ya no estaba llorando sola.

Porque ahora había alguien sosteniendo mi dolor con ese hilo rojo del que la gente tanto habla.

Y entonces el final (o el principio) de lo que te iba a decir cambió por completo.

Porque ahora sé que sí.

Que sí.

Que sí.

Que puedo agarrar ese mismo hilo rojo que no solo une personas destinadas a encontrarse, sino que a partir de ahora asumo en rigor de verdad que también puede unir distintos dolores y suavizar los daños de las heridas.

Sí. Puedo. Lo digo gritando mientras levanto mi mano.

Soy capaz de comerme tu dolor.

No todo. Porque tenés tu parte en esta cena y es esencial para tu aprendizaje.

Pero yo puedo.

Tengo en la mano este hilo.

Me uno a tu tristeza y a tu lucha.

Fijate cómo ya somos dos.

Y no me digas que no te duele un poco menos.

No me digas que no.

Sentime.

Sentite.

¿Te das cuenta de que sí?

Sí, mi amor.

Ahora puedo decirte con el rigor de la certeza que soy capaz de comerme tu dolor.

2 “El infierno está encantador esta noche” (Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota).

84
Ya sé

Es difícil.

Es bastante complicado saber gestionar las propias emociones cuando son de esas que pegan en el centro del ego.

A nadie le gusta que le toquen una herida que todavía no cicatrizó.

Algunos atacan cuando creen que el otro tuvo la intención de provocar dolor.

Creen que joder al otro anestesia un poco sus cuestiones irresueltas.

El rencor.

La venganza.

El maltrato.

El desprecio.

El daño intencionado.

Son intentos fallidos de desprestigiar el valor del otro para poder elevar una autoestima rota: la nuestra.

No funciona así.

La ansiedad que genera querer devolver la pelota y no saber dónde está el arco es frustrante.

La pelota nunca va a ir al arco indicado, porque ese arco no es el que te provocó la herida. Solo te la recordó.

Del otro lado del mundo están los que utilizan ese llamador interior para evolucionar. Sí, claro. Para su propio crecimiento. Son esos que los ves ahí, más tranquilos. Seguros.

Aprenden.

Comprenden.

Y aceptan los golpes al ego para revisarlos.

Abrirlos. Mirarlos. Hablarles y escucharlos.

Abrir la puerta a esas emociones nos permite poder conocerlas y manejarlas mejor.

Siempre es más fácil culpar al resto. Pero el costo se llama involución.

Ya sé que estás herido, pero joder a los demás no te cura.

La vida no tiene cuentas pendientes con nadie.

Solo se manifiesta de forma imparable.

A veces duele.

A veces sana.

Pero mostrar los dientes al resto no te rescata.

El ataque como defensa no sirve.

A veces el otro ni se entera. Simplemente porque lo que le duele, quizá, no es el lugar donde vos le estás pegando.

¿Te lastimaron?

¿Lastimaste?

¿Te lastimaste?

Mirar para adentro es el primer paso para poder sanar.

85
Niños que nunca mueren

Los años que vamos cumpliendo no se apagan junto con las velas de nuestra torta.

Todos permanecen acá. En el interior de estos adultos en los que nos convertimos.

Mis tres, cuatro, cinco, diez, doce, quince, mis veinte años me habitan. Viven en mí.

No se fueron con ningún soplido.

Acá quedaron.

Estaqueados como recuerdos hermosos pero también como heridas profundas.

Nuestra defensa es el modo de combatir esos fantasmas que nunca jamás están abajo de la cama.

Eso es una mentira poética.

Los fantasmas se reflejan en cada espejo que nos cruzamos.

Ahí están intactos. Inamovibles.

El cuco está dentro.

El miedo nunca ataca desde afuera.

Nunca.

Estamos acostumbrados a decir y a escuchar que tenemos que ser compasivos con aquellos que están librando sus propias batallas internas. Estas batallas son también las que enfrentaron nuestra niñez, nuestra adolescencia y nuestra adultez.

Somos humanos que arrastran pasados que intentaron ser resueltos con herramientas de juguete.

Pero un día intentamos vivir una vida distinta. Queremos tomar la potestad de nuestro futuro. Y salimos con lanzas y flechas que disparan para todos lados.

La mayoría de las veces contra nosotros mismos.

No queremos hacernos daño.

Queremos vibrar con la fuerza de una emoción que sabemos que alguna vez sentimos, y eso es lo que intentamos encontrar: a nosotros.

No sabemos dónde quedamos.

No sabemos dónde empezar el rastrillaje.

Y todo lo que pasa en el camino se llaman errores.

Tropiezos.

Frustraciones.

Y está bien.

Nadie encuentra lo que perdió en un instante. Si así fuera, la palabra “búsqueda” sería la más corta del diccionario de la vida.

No importan las caídas.

Importa vivir en el piso.

Importa vivir aferrados a distractores que nos hagan transitar en este mundo como si no nos perteneciera.

Recordemos que las batallas que uno libra cada día de su vida contienen los años que nos habitan.

Somos niños que nunca mueren.

Y muchas veces seguimos usando las herramientas de juguete, aun en las peores guerras de nuestro universo.

86
Yo paso

¿Que fluya qué cosa?

No. Me esfuerzo para que lo que quiero suceda. Trabajo sobre la realidad para poder modificarla. Creo que la evolución emociona a través de mucho aprendizaje.

Ni loca dejo que mi vida, la única que tengo, fluya.

No soy el viento.

Tengo dirección y de vez en cuando decido cambiarla y entonces volanteo para otro lado.

Me expreso.

Digo lo que quiero.

No espero que el otro me venga a buscar. Lo busco, y si se esconde, no gasto mi tiempo en una espera que demora mi marcha.

Me voy.

Agarro mis cosas y me voy.

Yo no fluyo.

Yo me esfuerzo. Me esmero. Trabajo. Estudio. Discuto. Aprendo. Me caigo. Me levanto y, en el mejor de los casos, trato de no volver a tropezar.

Vivo mi vida con plena conciencia. Tuve la prueba de la finitud de mi vida el día que vi cómo mi papá se iba de este mundo.

Me voy a morir.

¿Que tengo que dejar que fluya?

El río fluye.

El viento fluye.

La energía fluye.

Pero todo lo demás necesita el condimento de la acción. De la voluntad. De mi deseo y mi decisión.

Que fluya la música, y si yo quiero bailo.

Que fluya el sentimiento que tengo por vos, pero si no te cuido, si no te mimo, si no te valoro ni te lo hago saber, lo que va a fluir son tus ganas de irte.

A mi vida la construyo.

Hay variables que no dependen de mí. Pero sí puedo decidir qué hacer con eso que yo manejo.

Yo siempre meto cuerpo, dedicación y alma.

No estoy para entregar mi vida al destino.

No puedo hacer que vos me quieras.

Tener el trabajo que deseo.

La familia con la que sueño.

Mis propios proyectos.

Pero ¿dejar fluir? Ni loca.

Siempre me voy a dormir sabiendo que si las cosas no sucedieron no es porque yo me haya quedado esperando que mi vida vuele según dicta el azar.

Yo hago. Me pongo. Te lo digo, y si no hay nada me voy.

Pero siempre hago mi parte.

Que fluya la vida que yo me dediqué a construir.

Y lo que escapa de mí, simplemente eso. Escapa de mí.

Saberlo es conocer mi límite.

Dejarlo fluir es regalar mi libertad.

Y no. Yo paso.

87
Narciso es su nombre

El narcisista es un dependiente afectivo. En última instancia, todo el trabajito de seducción lo hace para obtener un poco de tu pan para alimentar el monstruo que tiene dentro.

Y para eso trabaja.

Hace trabajo de hormiga. Despliega todo tipo de armas de seducción que se ajusten a lo que ya evaluó (sí, ya evaluó) que vos necesitás.

Entonces, si te gustan los libros, el tipo es el gran lector del universo.

Si te gusta el deporte, es el atleta número uno.

Si estás mal, triste y sola, es la única persona que sabe cómo a sacarte del pozo.

Triangula.

Quiero decir que nunca juega con una sola persona. Necesita varias casas a la vez para que cuando se le vayan desmoronando los techos de las mentiras que creó siempre tenga algún otro hueco adonde caer.

Los narcisistas no tienen amigos. Solo admiradores.

Gente que conoce su mejor versión termina por creer que son seres excepcionales cargados de carisma y empatía.

Las exparejas suelen ser presentadas como locas. Desubicadas. Resentidas.

En su mayoría son todas adineradas.

Muy trabajadoras.

Inteligentes.

Con carreras y logros cumplidos.

Claro, no buscan a cualquiera.

Quieren comer bien. Platos de lujo.

Y saben además que no cualquiera puede cumplir con los requisitos para ser presentado como un trofeo de su narcisismo.

No agarran a cualquiera.

Buscan a la adecuada.

Y la adecuada tiene que tener buena presencia, física y académica.

Mujeres exitosas. Independientes. Bellas.

Pero que huelen a vulnerabilidad afectiva irresuelta: la necesidad de ser necesitadas.

Cuando ven esto, atacan.

La seducción es el objetivo, y van a trabajar desde temprano con un mensajito deseándote buen día y mandándote el último de las buenas noches.

Pero al tiempo algo empieza a caer.

Y son los garrotazos a tu autoestima.

Que vos no podés sin él.

Que vos no servís sin él.

Que vos no valés sin él.

También infectan de calificativos peyorativos a la gente que te rodea.

Te subestiman.

Te sacan.

Te chupan.

Te secan.

Hasta dejarte tirada. ¿Para qué?

Para comerte mejor.

El único lugar de donde tenés que salir es el único lugar en el que podés quedarte, porque sin fuerza, sin valor propio y sin tu red afectiva, que se encargó de dinamitar de forma lenta y silenciosa, no tenés con qué arrancar el despegue.

Seducción, manipulación, triangulación.

Dos claves más para que te cierre la historia.

Ellos están rotos. Desahuciado es el nombre del ancla que te tiran en el medio de los ojos para hacerte picar.

Son pobres seres indefensos, víctimas en todas las aristas de la vida, y alguien, por no decir todos, empecinado con su fragilidad, le ha partido el corazón.

Cachorritos abandonados que están pidiendo ser rescatados.

¿Por quién? Por vos.

Conocer a su familia resulta misión imposible.

Claro que la tiene. Pero bien escondida.

Y por último y más importante: si cuando se le cae el velo lo que ves te genera rechazo, asco y vergüenza de haber estado tan herida para terminar en esos abrazos de fuego, Narciso es su nombre. Y vos su presa.

¿Por qué hace esto?

Porque está enfermo.

El narcisismo es un trastorno grave de la personalidad.

Comen sangre humana.

Te celan. Te engañan. Mienten. Pudren tu identidad.

Te desgastan.

Te agotan.

Vampiros emocionales que no paran porque no sienten culpa a pesar de ser conscientes de lo que hacen.

Sin culpa, no hay lugar para la angustia. Sin angustia, no hay arrepentimiento.

Sin arrepentimiento, no hay lugar para la reparación del daño.

Aunque simulen hacerlo intentando decorar el dolor que causaron con algún regalito.

¿Por qué lo hacen?

Copian a la gente que pide perdón.

Los imitan.

Tratan de cumplir bien el rol del personaje que están actuando.

¿Cuánto les dura la ficción?

Hasta que te ven sonreír otra vez.

Un poco más fortalecida, vuelven a atacar lo que buscan.

Tu placenta, alimentarse de lo que vos les das.

Perversión, le dicen.

Pero los perversos ¿quieren?

¿Aman?

De forma perversa.

De forma insana.

De forma enferma.

¿Se curan?

Nadie se cura de una enfermedad que no solo no sufre sino que,

además, disfruta.

Es el goce puesto en el padecer del otro.

¿Es locura?

Cada uno goza como puede.

88
Una trampa

Queremos salvar al otro de su dolor para que, cuando ya esté en condiciones, nos devuelva con la misma moneda.

Es dar para recibir.

Es entregarse como arma de seducción.

Es ofrecerse como necesaria para lograr el objetivo: que la quieran.

Es una manipulación que, a veces, es inocente.

Inconsciente.

Una mentira piadosa.

Y otras, es un chantaje emocional matemáticamente evaluado.

Donde yo doy, y ahora te toca devolver a vos.

Donde exijo de vuelta el tiempo que invertí en alguien que no me lo pidió.

Donde reclamo golpeando una puerta a quien siempre me atendió por la ventana.

¿Resultados?

Fracasa.

Siempre fracasa.

¿Por qué?

Porque una cosa es ser necesitada y otra muy distinta es ser amada.

89
La hermosa causa de mi insomnio

Solés reprocharme con resentimiento mi desvelo como indicador de algo que escondo. Es bien sabido que todos repetimos con buen gusto esa certeza de que aquel que no puede dormir es porque debe de tener algo que en la vigilia no logra resolver.

Es el infierno que se le hace presente cada noche, como recordatorio de su pecado.

Algo habrá hecho, repiten los loros por ahí.

Por favor. Más quisieras vos que te invite a mi función.

Mi insomnio es lo más lindo que tengo.

Es la herencia más potente que, junto con su perfume, me dejó papá.

Somos varios en mi familia los que gozamos de esta gracia genética.

Cae la noche y tenés que verme brillar.

Dios mío. Cierro los ojos y me imagino ese momento y siento que voy a morder una vez más la torta de chocolate repleta de dulce de leche que me espera cuando la carroza se transforma en calabaza y dejo caer con ganas los zapatos.

Placer.

Siento el placer en todo el cuerpo, el que anticipa la noche que voy a vivir hoy.

Mi insomnio es placer.

Se apaga el mundo y se prende el mío.

Música suave y serena de fondo, algunas velitas que sumen un poco de luz a las estrellas que entran por las ventanas de mi casa. La pava puesta.

Un libro abierto.

La computadora con la batería cargada.

Mi mejor camisón. Mis mejores pantuflas.

Y un poncho de lana color negro, finamente calado, que me cubre

del viento frío que escucho pasar por el balcón de mi cuarto.

Estoy preparada.

Les doy lugar y permiso a mis fantasías.

Viajo a todos los destinos que quiero.

Cumplo los sueños que sueño mientras estoy despierta y que durante el día no me lo permite la rutina.

También lo beso. Me imagino cómo besa. Cómo nos besamos.

Cómo me diría mi nombre cada vez que me pidiera que no me vaya.

Me gusta imaginarme cómo quedarían las letras de mi nombre en su boca mientras me mirara a los ojos.

Y pienso.

Y vuelo.

Y viajo.

Y hago mapas mentales de mi futuro perfecto, que después dibujaré en mi cuaderno rosa, con todos los detalles que se me ocurran.

Porque a la noche
y en ese cuaderno
y en mi cabeza
y en mi imaginación
y en todas mis fantasías
y en mis amores indecibles a la luz del día
y en los libros que leo
y en los que escribo
y en los recuerdos
y en mi insomnio
en mi bendito insomnio
soy libre.

Por eso lo espero cada noche como quien espera la copa de vino que nunca eligió tomar.

No quiero vino.

Yo tomo insomnio.

Como insomnio.

Fumo insomnio.

Compro insomnio.

Porque a esa hora la represión perdió su cordura.

Y es ella la que duerme mientras soy la que está despierta.

Y aprovecho su ausencia junto con la del mundo que juzga y condena.

Para volverme loca

Y libre

La más libre

Felizmente libre

No necesito espectadores

Ni fotos

Ni anestesias para estar en paz.

Necesito insomnio.

Así que te voy a pedir que no te confundas.

Y que me tengas mucho respeto.

Como yo respeto tu necesidad de ir a dormir.

Yo no estoy lavando culpas.

Estoy dándome el regalo de no tenerlas.

90
Que no me entere

Nada me da más miedo que pensar que solamente existís dentro de mi cabeza. Que eso a lo que le llaman cielo y todos suponen, junto conmigo, el lugar de nuestra próxima cita en verdad se llame pecho, y sea acá y solo acá donde te vaya a encontrar cada vez que la soledad se me vuelva infierno.

A veces uno mira para arriba y, con un solo suspiro, construye la carta de la esperanza en la que se lee claramente que no hay futuro si no es al lado tuyo.

Que no me entere de que el cielo no existe, papá.

Que no me entere.

Que no me digan que no hay un nuevo encuentro porque, entonces, muchas cosas cambiarían de sentido.

La calma.

Por ejemplo, la calma de saber que todavía me queda mucho tiempo para poder tocarte los minutos que en vida no lo hice.

La calma, papá.

La tranquilidad de saber que voy a volver a mirarte y ahí vas a estar para resolver todo lo que yo me declaro incapaz, quizá tan solo para no quitarte el lugar que todavía nadie ocupó.

No me da igual cielo o pecho, papá.

Sé que se le parecen. Lo sé. Y también asumo que acá llego más rápido y cuando quiero. Sin tener que viajar a ningún lado más que a las letras de tu nombre.

Claro que lo sé.

Pero que no me digan que ya nunca más voy a verte.

A olerte.

A festejar la complicidad que nos unía, porque no es lo mismo.

No es lo mismo.

Que no me quieran convencer con historias falsas para que el infierno queme menos.

Que no me mientan y les saquen las espinas a las rosas para que todo se sienta más liviano, porque lo único que hoy hace que no me incendie es la promesa de un futuro dentro de tu abrazo, donde pueda decirte gracias.

Que te quiero.

Que lo lamento.

Que me des el permiso de repararme en todos los huecos en los que me arrepiento no haber sido capaz de darte más.

De darme más.

Que no me mientan, papá.

No los dejes.

Esas cosas no se hacen.

Que no me entere de que ya no habrá una próxima vez, papá.

Que no me entere.

91
Tu cumpleaños sin vos

Cada vez que voy al supermercado, paso de largo la góndola donde florecen las galletitas que vos comías. Las miro de reojo y me sonrío haciendo una mueca de costado.

Esta vez no, Lorena, me digo en silencio. Basta. Esta vez no.

Pero no puedo.

Doy marcha atrás con el changuito y vuelvo.

Vuelvo como si estuvieras ahí. Mirando, sin entender cómo puedo ser capaz de dejar esas Melitas ahí, sabiendo que son las galletitas más ricas del mundo.

¡Muñeca! ¿Viste lo que son esas galletitas?

Sí, pa. Ya sé. Me lo dijiste más de mil veces cada vez que te preguntaba qué necesidad había de que te atoraras con un paquete escondido atrás del mueble del living, como si estuvieras consumiendo cocaína.

Nunca supe de quién te escondías. Pero entendía perfectamente que comer a escondidas te daba un pico de adrenalina imposible de manejar.

Pero tenías razón.

Son las mejores del mundo.

Y adentro del changuito van otra vez.

Tengo la vida llena de Melitas escondidas por todas las alacenas de mi casa que no pienso comer, porque son tuyas.

Y también compré tu famosa malta, que nunca tomé para no desvelarme de un insomnio que no interesa sanar.

Pero la compré igual porque, lo juro por Dios y la Virgen, ese frasco insulso me estaba mirando para que lo sacara de ahí y lo pusiera al lado de las galletitas.

Y té de tilo y manzanilla para inducir un sueño, que no funciona.

Y también quiero que sepas que todos los días le cambio el nombre a la gente que conozco. Y a los que no conozco, se lo invento. Así me enseñaste que reír es algo tan sencillo que no requiere ni mucho truco ni tanta magia.

Y cuando puedo, trato de darles una mano a los que me la piden.

Y mil y una historias más donde llevo tu sangre como un legado.

Y entonces hoy sumo estas palabras a mi libro porque no quiero cerrar los ojos y pensar que me estás espiando desde arriba y no veas ninguna celebración por el día de tu cumpleaños.

Acá está.

Empieza la maratón desde la medianoche hasta el Día del Padre. Tal como te gustaba a vos: tu semana de mayo, pero en junio.

Te amo, pa.

No sé qué hora es allá, pero acá es momento de festejar.

Te extraño.

Y aunque me duele no poder abrazarte, ni escuchar tu voz, no me resisto.

No me niego.

No lo escondo.

Te lloro y te río a viva voz, de la misma forma en que te escribo, que te prendo una vela, que pongo tu música de fondo y te pido que no me abandones.

Te extraño. Pero me gusta que así sea.

Porque es en tu recuerdo donde hoy te tengo todo el tiempo que quiero.

Imaginate lo que es eso.

Una eternidad.

92
Nunca

Antes de cualquier decisión, uno le ve la cara a la angustia.

Ese vacío incrustado en el medio del pecho que le dice que todo, pero absolutamente todo, es posible. Y uno, ante tanta libertad, tiembla.

Tiene taquicardia.

Le cuesta dormir, o a veces duerme demasiado.

Come. Se empacha para llenar el vacío existencial que tiene más cara de todo que de nada.

Todo es posible en esa decisión.

Uno se juega la vida, incluso aunque solo sea un mensajito de texto.

Antes del todo está la nada. Y atravesarla implica un solo movimiento.

Actuar.

Dejar de pensar y actuar.

No siempre importa que sume. A veces solo importa que sea necesario.

Ya sé que cuesta, de esto estoy hablando. Y en eso estoy plantada desde hace un tiempo.

No me queda nadie a quien preguntar qué tengo que hacer. Y huyo de todos los que me dicen que haga lo que sienta.

Y sí. El problema es ese. Lo que siento.

Porque lo que siento me llevaría a lugares que no tienen nada que ver con lo que sentí alguna vez.

Incluso ayer. Hoy. Hace un rato.

La vida es contradictoria. Uno mismo lo es. Estamos trazados por la mecha de la ambivalencia en cada segundo. Y en ese segundo cada decisión es diferente. Por eso la duda. Por eso la rumiación de la mente podrida de latir.

Entonces, ¿qué hacemos?

Dios mío. Basta de días fotocopiados.

Iguales. Secos. Estancos.

Cierro los ojos y sé perfectamente dónde estaría en mi mundo.

Y vos también.

Todos también.

Entonces, el salto. Siempre el salto.

Y una vez que se haya muerto la angustia que lo antecede, vaya uno a saber con qué me encontraré.

Pero ya no más angustia.

Ya no más.

¿Y si sale mal?

Nunca lo que sale de tu corazón puede salir mal.

Nunca.

93
Qué problema habría

Qué problema habría si te dijera que te quiero invitar a mi vida.

A conocer los rincones de mi casa donde siempre me quedo callada y nadie pretende entender mi silencio.

Presentarte mis fantasmas y pedirte que los asustes un poco, que a vos no te hacen nada, porque los tuyos tienen otro nombre.

Otro cuerpo.

Otra vida.

Comételos por mí, haceme el favor.

Quiero dormir agarrada de tu mano y probar si tus dedos son capaces de derrotar el insomnio que me condena desde muchos meses antes de nacer.

Y qué problema habría si te digo que quiero romper la armadura, sacarme los complejos, las dudas y los miedos.

No me quiero tapar más la cara.

Me cansa la máscara y las manos de tanto sostenerla.

Es mentira que soy tan prolija.

Hago desastres. Y no solamente en mi vida.

Me lamento. Me arrepiento. Pido perdón y la vuelvo a arruinar.

No estoy por encima de nadie.

Estoy loca.

No es un chiste.

Pienso en cosas raras todo el tiempo.

No te quiero mentir. Igual no me sale.

Se me nota el nudo en el alma por más que lo quiera disimular.

Y qué problema habría si te pido que me cuides.

Que me dejes libre.

Que no me digas que no a nada.

Que me robes la llave, abras la jaula y que este vuelo lo hagas

conmigo.

Y qué problema habría si te pido que cada vez que me veas dudar no dudes conmigo.

Empujame.

Decime cuál sería el problema.

Solamente para saber cómo se llama el motivo que tengo que destruir.

No estoy bien del todo.

No me preocupa tu rechazo.

Tengo valores de otro planeta.

Preguntas en otro idioma.

Respuestas que nadie conoce.

Ganas de irme a vivir a la luna todos los días un rato.

Encontrarme con vos y entonces saber que no estoy sola en este manicomio.

Te quiero invitar a mi vida.

Dejarte mudo. Darte vuelta la cabeza.

Hacer con vos todo lo que la vida todavía no se animó a hacer conmigo.

Entonces, decime, mi amor.

Qué problema habría.

94
Lloverá igual

Hay cosas que no cambian, o en todo caso no está en nuestras posibilidades hacer que la toxicidad de alguien sea purificada con agua bendita.

No podemos.

No es trabajo nuestro.

Lo único que podemos hacer es no poner nuestro cuerpo a la intemperie si sabemos que después de cada trueno viene la lluvia.

Cuidarnos las ropas.

Evitar pisar el charco.

No poner el pie en una tierra devenida en barro.

Va a llover, y eso no depende de nosotros.

Mis expectativas y mi esfuerzo no pueden afectar algo que es ajeno a mi decisión.

Lloverá igual.

Pero si mi deseo es no salir salpicado, siempre puedo quedarme en casa y decidir que con este día no voy a salir a ningún lado.

No hay cita que nos perturbe la vida mientras se pueda cancelar.

95
Castillo de cristal

Nunca había manejado antes en la autopista. Y menos con tantos kilómetros por delante.

No le tengo miedo a la velocidad. Tampoco a manejar. Pero sí a perderme.

Esa fue siempre mi gran incógnita: qué debería hacer si me pierdo.

Porque en ese momento pierdo la razón. Me consume la ansiedad. Tengo ideas apocalípticas. Lloro.

Es desesperación.

Y desesperada, no sé qué decisiones soy capaz de tomar.

Lo primero que hago cada vez que presiento que estoy desorientada es agarrar el teléfono.

Tengo nombres que son mapas. Y el primero de la lista, y la verdad es que creo que es el único, es el de mi hermana.

Ella me da seguridad como quien te provee una prótesis.

En ese momento no le cuestiono nada. Me pide algunos datos de referencia para saber dónde estoy, y después asumo sus indicaciones como verdades absolutas que no se me ocurre transgredir.

La llamo a ella porque, además de ser una persona muy orientada, me hace reír. En ese momento, no me trata como una persona adulta. Se burla de mí. La ironía es el vehículo de sus palabras, pero en ningún momento me cuestiona nada. Solo responde. Y sabe lo que significa para mí que en todo ese tiempo ella permanezca en línea.

Si me corta, corro peligro de perderme. Y es la única persona que entiende esa situación a la perfección.

Nooo. Ya sé. No te corto. Estoy acá. Ahora hacé lo que te digo.

Girá a la derecha, hacé cinco cuadras, cuando ves un árbol gigante, medio doblado, frená. Mano izquierda, a mitad de cuadra, tiene un cartel enorme, Lorena, tenés que verlo, y si no lo ves es porque tenés problemas

de visión.

OK, OK, es la única capacidad de respuesta que tengo en ese momento.

OK. Pero vos no me cortes.

Y no me corta.

Me acompaña hasta que mi respiración es pura exhalación y le digo que llegué.

Algo que, supongo yo, aprendió desde que éramos chiquitas, cuando mi mamá le enseñó muy temprano que a mí había que acompañarme, porque era bastante inútil y lo más probable era que, fuera a donde fuera, me perdiera.

Y está muy bien.

Uno aprende así a cumplir mandatos externos.

Casi que perderme, con el paso de los años, se transformó en una manera de hacerle caso a mi mamá.

Cuestión que mi hermana también cumplió con su deber y nunca me soltó la mano, aunque no estuviéramos juntas.

Por eso la llamo a ella.

Y cada vez que me hace reír cuando me toma el pelo, sé que esa es la forma en la que ella transforma el terror en un juego.

Yo me relajo. Entiendo que estoy a salvo. Y eso es lo único que me importa.

Quiero que entiendan que quien está ahí no soy yo ahora. Soy yo a mis cinco años. Y con esa personalidad responden mi cuerpo y mi cabeza.

Como una nena asustada con miedo a que venga el cuco y se la lleve.

Que me robe.

Que me robe a mí es el temor.

A mí misma. Como quien te hace desaparecer del mundo de un soplido.

Entonces quiero que entiendan que, en ese estado, así como lo cuento, me subí al auto y lo fui a ver.

Cuatrocientos kilómetros en ese estado de insensatez espiritual. Sin música que me desconcentre. Con los ojos pegados al parabrisas y con el teléfono entre medio de las piernas.

Nunca fui tan consciente de mí misma.

Mente en blanco, absorbida por un corazón palpitando en todo el cuerpo, me hacía saber que estaba en tiempo presente.

Había estado planeando ese encuentro hacía, más o menos, un mes. Pero imaginado, lo que se dice imaginado, creo que lo hice desde siempre, desde la primera vez que lo vi.

Siento vergüenza de decir cuántos años fueron. Pero lo voy a decir: fueron siete años.

Cuento esto porque siempre tomé como valor de referencia para poder medir las expectativas el tiempo. Segundos, minutos, horas, días, semanas, años, décadas.

En ese sentido, las mías eran imposibles de calcular con exactitud, pero el peso que tenían en mí las hacía imposibles de tumbar.

Todo lo que llevaba en ese auto, además de mi cuerpo, ansiedad, miedo, inseguridad y deseo, eran expectativas.

Casi nada.

Llegué temprano, alrededor de las dos de la tarde, de un día muy frío.

Haber llegado a una localidad ubicada fuera del radio de mi ciudad era una de las metas anotadas en el listado de las cosas que quería hacer antes de morirme.

OK. Meta cumplida.

No sé si fue mi intuición o mi ansiedad nivel jardín de infantes que, a pesar de estar ahí, en el lugar hacia el cual todo me había estado empujando por años a hacerlo, decidí esconderme detrás de un árbol.

Lo llamé, le dije que había llegado bien, pero que iba a recorrer un poco la ciudad.

Ciudad que ya había recorrido aproximadamente todos los años toda mi vida.

Después de caminar compulsivamente por calles que conocía de memoria, y que no me interesaban en absoluto, me tomé el tiempo para ir al hotel. Dejar las cosas. Pegarme un lindo baño y tirarme en la cama un rato para relajarme un poco.

¿Vas a venir? Es una pregunta que cualquier persona adulta y en el marco de la situación en la que estábamos habría hecho. Y por supuesto que él la hizo.

Eran las diez de la noche, y yo no había salido de atrás del árbol.

¡Sí!, como algo y voy, dije, intentando parecer relajada, mientras me secaba el pelo, me maquillaba, me ponía y sacaba ropa, zapatos, tacos, zapatillas, aros, pulseras. Todo. Después nada. Y todo diferente otra vez.

Vuelta de relojes enteros que esperaba ese día.

El miedo en cada latido.

Todo el tiempo transcurrido: una espera alimentada de fantasías.

Ambos habíamos tomado distintos rumbos que volvieron imposible hacer real lo que varias noches, días y madrugadas nos dijimos a través de incontables mails, mensajes de celular, y también de nuestras miradas, cuando nos cruzábamos en eventos inesperados.

Nos conocíamos.

Nos amábamos.

Sabíamos todo el uno del otro.

Almas gemelas, separadas al nacer por nuestras elecciones, vueltas a cruzar por nuestros destinos. Esas elecciones eran la única razón, entre todas las razones del mundo, que nos habían impedido estar juntos. Unidos. Concretando nuestro amor tan apasionado, tierno y perfecto.

Vidas cruzadas.

Destinos injustos.

Decisiones atravesadas.

Tarde.

Habíamos llegado tarde.

Pero ahí estábamos, por fin, los dos.

Finalmente, casi nueve horas después de estar deambulando, volví al auto y lo fui a ver.

Por supuesto que me perdí, y la opción de llamar a mi hermana no era posible en ese momento.

Fue él quien ocupó entonces el rol de GPS y, después de casi cuarenta minutos de idas y venidas por diferentes puntos de la ciudad, pude verlo parado en una esquina.

Oscura.

Ahí estaba.

Él.

Haciendo señas con la mano.

Frené el auto. Y me quedé quieta mirándolo por la ventanilla.

Cada paso que iba dando era un grano más en mi montaña de amor.

Se subió al auto. Se sonrió. Me levantó la cara, que tenía metida entre las piernas, me miró a los ojos y me dijo: ¿no me vas a abrazar?

Me acuerdo y lloro. No puedo no llorar. Siempre creí que el amor romántico huía de mí, y sin embargo, mientras escribo estas letras, me doy cuenta de que fue todo lo que esa historia me había dado.

Llegamos a su casa. Una casa chica. Rústica. El olor a sahumerio recién prendido la convertía en un hogar.

Una mesa, un sillón y un televisor viejo que andaba como equipo de música eran todo su mobiliario.

Esas paredes eran el reflejo de su alma.

No necesitaba nada, porque la vida le había sacado tanto que esa fue su forma de entenderlo todo.

Amor, esa era la palabra que lo definía.

No tenía títulos, dinero ni cosas materiales.

No se distinguía por ser un hombre ambicioso ni nada de eso.

Era hermoso. Siempre fue hermoso, y seguramente lo sigue siendo ahora.

Manejaba un lenguaje que yo entendía a la perfección.

El lenguaje de aquellos a los que la vida abandona un poco y, a fuerza de subsistencia, les da la sensibilidad como tesoro.

Su vulnerabilidad afectiva me enloquecía.

Podía contarle todo lo que mi mundo interno me pedía que contara, porque él tenía una capacidad de escuchar y un nivel de intuición que yo no había conocido en mi vida.

Sin duda, era el hombre de mi vida. Ese que yo elegía para compartir mi vida entera. Una vida que nunca tuve la fortaleza de vivir como él lo hacía.

Libre. Despojado. Austero.

Despegado de todas las cadenas de mandatos sociales y familiares que a mí me ataban.

Por supuesto que sus cadenas se llamaban de otro modo, y que las consecuencias que le trajeron lo habían puesto al borde la muerte más de cien veces. Pero en algún punto creo que también amaba eso.

No sus ataduras. Sino la posibilidad de enseñarle a vivir sin ellas.

Yo sabía que podíamos complementar nuestras falencias.

Lo sabía.

O eso creía.

Ahí estábamos los dos.

Cara a cara.

Cuerpo a cuerpo.

Oliéndonos, besándonos, abrazándonos, hablándonos a la boca la noche entera.

Diciéndonos todo.

Riéndonos todo.

Llorándonos todo.

Hicimos el amor por primera vez. Y por segunda. Y por tercera.

Nos quedamos dormidos abrazados como siameses y no nos separamos por dos días enteros.

Lo tenía todo.

El amor, el silencio, la libertad, la cabaña, el ruido del mar, la música de fondo, mis manos junto a las suyas pintando los mismos libros de mandalas que le había llevado de regalo.

Todo.

Lo tenía todo.

El mate ni bien abría los ojos.

El olor a sahumerio.

El beso en la frente que me dormía.

El beso en la frente que me despertaba.

Sus abrazos eran cuevas donde me acunaba y me protegía del frío mirando las olas del mar.

Por Dios que yo sentía en el pecho que estaba cumpliendo un sueño universal.

El mío y el de todos mis ancestros.

No solo eso.

El sueño de cualquier mujer que haya leído cualquier cuento de hadas.

Era feliz.

Toqué la felicidad con las dos manos.

A cualquiera que me venga a refutar que eso es imposible le hago la guerra.

Yo toqué la felicidad.

Creer o reventar, pero yo la toqué.

A los dos días decidimos buscar la valija que había quedado en el hotel.

No tenía muchos días más para quedarme con Peter Pan, porque las obligaciones de la vida que yo había construido me pedían que regresara.

Solo me quedaban dos días para terminar de disfrutar mi sueño renovándose y cumpliéndose minuto a minuto.

Fuimos al hotel, y mientras él me dejaba en la habitación para que hiciera mis cosas tranquila, aprovechó para ir a un turno que tenía reservado con el médico.

En una hora vuelvo, mi amor.

Dale. Perfecto. Te espero abajo.

Y un beso coronó nuestra despedida.

Los dos cumplimos nuestra palabra y, con la valija en el baúl, volvimos al castillo de cristal.

Y no miento cuando digo de cristal, porque todavía no sé qué parte fue la que toqué, pero se ve que no era la indicada.

Hablamos poco en el auto, y recuerdo que el tema de conversación giraba en torno de su preocupación por mi regreso a casa.

Decía algo así de acompañarme. De venir conmigo, y luego volverse en micro.

No lo sé.

Ya no lo sé.

Solo sé que entramos al castillo y el silencio le invadió la cara.

No solo era silencio. También era tristeza. Angustia, desolación.

Todo eso en menos de un minuto.

Explotó un vidrio.

Y después el otro.

Y el otro.

Y el otro.

Y miles de vidrios empezaron a estallar por el aire, hasta terminar por derrumbarlo todo.

Cuando digo todo, quiero decir todo.

Tres años pasaron desde esa masacre, y nunca pude saber qué fue lo que pasó.

Por supuesto que dijo un par de palabras que de ninguna manera eran lo suficientemente potentes como para encontrarle un motivo a semejante asesinato. De hecho, no las recuerdo.

Y no las recuerdo porque no las estaba escuchando.

Ninguna de las razones que me estaba dando me importaba, mientras lloraba sin llorar, como para tener intenciones de comprender la causa de la muerte que estaba intentando darme, como si fuera un parte médico confuso.

Lo que sí recuerdo es que su explicación tenía un inicio, un nudo y un desenlace relatado con la fuerza que tiene la decisión tomada desde la resignación. Desde el cansancio. Desde la incapacidad de un corazón roto.

Él estaba abatido, como aquel que sabe que se le terminaron todas las posibilidades de intentarlo: no tenía fuerza. Estaba entregado.

Y yo, abrumada con semejante violencia, casi sin intenciones de indagar demasiado para no confundir de ninguna manera preguntar con intentar convencer, me declaré sorda.

No quería escuchar.

No me importaba escuchar.

Lo único que quería era volver atrás de mi árbol.

Lo despedí en amor.

Me despidió en amor.

Te amo.

Yo también te amo.

¿Por qué no me lo dijiste antes?

¿Por qué me dejaste venir?, le pregunté mientras me cubría la cara contra su pecho.

No sabía que iba a pasar esto. No quiero que veas lo peor. No te lo merecés. Perdoname.

Te perdono.

Nos abrazamos con el mismo amor con el que nos habíamos encontramos hacía apenas dos días en ese hermoso castillo de mi cuento de hadas.

Sonaban de fondo las mismas canciones que durante años te encargaste de elegir una por una, según la ocasión por la que estábamos pasando en cada momento de ese idilio, para hacérmelas llegar, y así, hacerme saber que éramos dos construyendo este imperio.

Nos repetimos las mismas palabras que nos dijimos durante todos los años que nos amamos en silencio.

El amor intacto.

El deseo encendido.

El presente perfecto.

Y un futuro muerto.

Lo había matado todo.

Pero no es de él de quien quiero hablar. Ni tampoco de mí.

Realmente nací para no juzgar a nadie, y en ese momento lo estaba demostrando de manera inevitable.

No cuestioné ni una de esas palabras que iban cayendo como un gotero arriba de los cristales y los destruía sin piedad.

No dije nada.

Y no por sumisa.

Si hay algo que no me caracteriza es la pasividad frente a las emociones.

Podría haberlo dicho todo. Todo lo que hubiera querido en ese momento, porque yo soy dueña de las palabras. Así me siento frente al lenguaje y sus posibilidades inconmensurables: dueña.

Pude haber dicho, preguntado, cuestionado, gritado, llorado, implorado, pedido, incluso matado a quien tenía en frente, porque los dos sabíamos que tenía la impunidad y el derecho de hacerlo, todo a mi favor.

Pero no me interesó hacerlo.

Ya me había matado. Todo lo que pudiera surgir desde ahí iba a ser mi fantasma hablando por mí.

Por eso me fui.

Lo que quedaba de mí lo abrazó, y me fui.

Del castillo. De castillo de cristal quiero hablar.

Del tiempo dedicado a construirlo.

De la cantidad de emociones invertidas, reforzadas, alimentadas que había puesto allí.

De las horas incontables que le regalé a estar conectada con este amor perfecto, como rasgo inevitable de todas las fantasías del mundo, mientras que la vida iba transcurriendo despacito y sin parar por mi costado.

Los cumpleaños, las fechas especiales, los encuentros con amigas, las reuniones de trabajo, los sueños que soñaba, las noches sin dormir, todo, todo ese tiempo al servicio de levantar una enorme y perfecta mansión, que en un soplido había desaparecido.

Es el castillo lo que me dolía en el pecho.

No él. No yo.

Ni siquiera me quejaba de la ruptura de la palabra “nosotros”.

El castillo.

Era el castillo lo que no me perdonaba.

El viaje de regreso a casa fue bien distinto del de ida.

Lo primero que hice fue apagar el celular. Estaba segura de que él me iba a llamar para asegurarse de que estaba viajando bien y, así, empezar a armar el siguiente castillo.

No por maldad.

Realmente había dejado a alguien que estaba en el piso. Muy lejos del lugar donde lo supe ver alguna vez.

Me iba a llamar porque ese castillo que tanto tiempo nos había llevado armar fue la motivación que tuvimos para seguir caminando por senderos que no nos satisfacían. Era la promesa de un paraíso pendiente y posible lo que nos había permitido seguir arrastrando nuestras vidas.

Éramos la recompensa al final del camino. Por eso valía la pena todo lo que íbamos sumando a un amor que hasta ahora solo habíamos conocido en el plano de lo imaginario.

Un perfecto amor platónico que se derrumba cuando intenta cumplirse.

Mi viaje de regreso a casa duró dos horas y media.

El miedo, la ansiedad, mis expectativas, la preocupación y el nombre de todos mis fantasmas habían sido devorados por la realidad.

Mil preguntas le hacía al volante mientras lo golpeaba sin piedad.

¿Qué pasó todo este tiempo conmigo?

¿Cómo no lo vi?

¿Cómo perdí lo más valioso que tengo atrás de un teléfono, alimentando una historia que nunca, pero nunca la había puesto a prueba en la realidad?

¿Por qué no me animé a destruir la fantasía mucho tiempo antes?

¿Acaso tan desgraciada era mi vida como para haberme dejado llevar por un cuento de hadas que estaba escrito solo en la imaginación desesperada de dos estúpidos que intentaban zafar como sea de la vida que estaban eligiendo?

No sentía culpa. No estaba arrepentida.

Tampoco sentía dolor.

No estaba triste. Ni angustiada. Ni desolada.

Peor que todo eso.

Estaba ausente de mí.

Era la primera vez en todo este tiempo que fui consciente de la ausencia de mi nombre habitando mi cuerpo.

¿Dónde estuviste, Lorena?

¿Cómo pude irme de mí tanto tiempo?

¿Cómo fue que no había podido afrontar la vida sin recurrir a castillos en el aire, que claramente un día iban a explotar como burbujas?

Y no porque hubiera gente mala con alfileres esperando el momento indicado.

No, claro que no.

Iban a explotar porque explotar era parte inevitable de su esencia.

Las burbujas un día explotan. Ese es el sentido de sus vidas: explotar.

Todo aquello que existe en la fantasía sirve como fuerza, como motivación para su realización, pero no se puede tocar.

No se huele. No se palpa. No se abraza.

Las fantasías solo viven mientras se fantasean a sí mismas.

No están para ser cumplidas.

Están para ser deseadas. No para ser llevadas al plano de lo real.

Y eso era lo que yo debería haber hecho muchísimo tiempo atrás.

Intentarlo.

Como cada uno de los sueños que me impulsan a seguir viviendo.

Intentarlo.

Llevarlo a cabo una vez que la convicción de querer que se cumpla haga metástasis en todas las células de mi cuerpo; el paso siguiente tiene que ser la realización.

Poner el deseo a prueba.

Actuar, carajo.

¿Cómo no desperté antes, por favor? ¿Cómo me permití vivir tantos años durmiendo, solo a cambio de tener carita de contenta? ¿Quién me iba a devolver todos esos años que estuve dormida?

No era la conciencia moral la que me hablaba.

Era yo misma en primera persona.

Mi parte más consciente.

La más adulta.

La más coherente.

La que era capaz de manejar los mismos kilómetros de regreso sin necesitar un mapa que guiara mis pasos para saber a dónde tenía que llegar.

Por supuesto que, en medio de tanto reproche, recordaba que aquellos momentos que nos tenían separados se debían a la imposibilidad real de encontrarnos. Pero, entonces, ¿no habría sido más sano esperar el momento oportuno para empezar a pensar un futuro juntos?

¿No era más prudente esperar a que hubiera tierra fértil para dedicarnos a construir?

Dejarlo en un paréntesis.

Reposar.

Esperar.

O quizá, y con todo el dolor del mundo, ¿dejarlo pasar?

¿Acaso todo esto no era peor?

¿Qué problema hay con la aceptación de lo imposible, de aquello que no se puede concretar y asumir, que en ese mientras tanto, que quizás dure una vida entera, hay que ser capaz de seguir hacia adelante, construyendo vidas y no castillos de cristales?

¿Qué problema hay con construir hacia adentro, y no hacia afuera, castillos de ladrillo, revestidos en madera maciza, que no puedan ser derribados por el viento, por el agua o por el fuego?

¿Por qué uno no se empeña en construir cosas posibles y no

distractores que explotan en los aires como cañitas voladoras y dejan solo olor a humo?

¿Qué pasa?

¿Qué nos pasa con la realidad?

Llegué a mi casa y abrí la puerta con la furia de un huracán.

Cualquiera que me hubiera visto habría dado por sentado que romper una taza, o al menos patear la valija o pegar un grito, era lo más atinado en ese momento.

Pero ser atinada no es lo mío.

Me senté en el sillón. Agaché la cabeza y, mientras la iba empujando con la presión de mis manos en el cuello, respiré.

Respiré.

Me quedé un rato largo ahí abajo.

Pensaba, mientras hacía mi contorsión, que era momento de que la sangre volviera a la cabeza, un lugar que había abandonado durante tantos años.

Lo pensaba y, mientras respiraba, me sonreía.

La respiración se transformó en un soplido profundo y eterno que no hizo más que desinflar un globo inmenso lleno de aire.

Lo sentí como si se tratara de un proceso químico, cómo salía el dióxido de carbono de mi cuerpo y empezaba a oxigenarse con el aire de la verdad.

A pesar de la calma y el proceso de desintoxicación que estaba empezando, no se parecía en nada a una clase de yoga. Estaba atravesando un momento interno bastante complicado.

Destruido el castillo, era el comienzo de la rabia.

Rabia que intenté dibujar construyendo castillos en el aire.

¿Que si lo quise?

A pesar de que al día de hoy lo recuerdo y me late el corazón a mil kilómetros por hora y se me dibuja una sonrisa en la cara, creo que no voy a poder contestar nuca esa pregunta.

En definitiva, lo único que conocí de él fue el castillo donde vivía.

Esa vida que, desde el día que desapareció el castillo de cristal, no tuvo otra que volver a despertar. En cuanto a él, no sé si existe. Supongo que no. Porque, junto con el castillo, esa fue la última vez que lo vi.

Hablamos muy de vez en cuando. Y para ser honesta, no se le parece en nada a todo lo hermoso que le fui poniendo en razón de lo que iba necesitando durante tanto tiempo.

Al fin y al cabo, así funciona la idealización.

Ese hermoso espejismo que nos sirve de anestésico frente a las frustraciones inevitables de la vida.

En esos espacios mágicos, uno es, hace y tiene todo lo que desea. Pero como toda magia, se rompe con un solo golpecito: la realidad.

Y eso fue lo que aprendí de toda esta historia, cuando pude identificar el patrón tan recurrente en mi vida: evadir la realidad.

Y no me refiero solo al plano del amor. Los patrones vinculares se repiten en varias aristas de nuestra vida. Solo que de manera diferente según la ocasión.

Hace años que no construyo castillos en el aire.

Y cuando me veo intentando repetir la fórmula del error, pongo a prueba mi aprendizaje: lo llevo a la realidad de manera inmediata.

Nunca más esperé el momento oportuno para ver si funcionaba. Lo hacía aparecer.

Si se destruye, claro que me desilusiono, pero es ahí que recuerdo el pasado, resignifico la pena de lo vivido y agradezco mucho esa patada en la cabeza, porque fue la que me hizo conocer lo valioso de vivir en la verdad.

¿Valió la pena el golpe?

Siempre vale la pena despertar.

96
Mi defensa

Tu ataque construyó mi calma.

Nunca corrí la mano cada vez que intentabas darme un tarascón.

Tampoco quise mostrarte mis dientes.

Ni pedirte por favor que me dejaras en paz.

Me dejé morder, y no porque me gustara el dolor.

Me dejé morder, y no porque no hubiera podido correr el brazo.

Me dejé morder porque pude darme cuenta de que cada vez que tu veneno se clavaba en mi piel resbalaba.

Fuiste creando de a poquito, con bronca y resentimiento, una capa de anticuerpos en mí que me hicieron inmune ante esa parte de la humanidad que tanto detesto.

Y entonces pude entender y devolver con mucha gratitud tus intentos de minarme un camino que pensabas disfrutar cuando me vieras caer.

Pero no caí. Crecí.

Por supuesto que comprendo perfectamente cuál es la estrategia que tenés para lastimar a la gente. Te vi hacérselo a otros que no supieron cómo responder.

Y supongo que eso te hizo creer que podías alzar la medalla de oro y pegarla en tu frente para mirarte al espejo cada vez que te levantaras, y sentirte brillar al ver en tu reflejo un virus imposible de parar.

¿No?

Se ve que no.

Nunca entró en tus cálculos que algunos nos hacemos resilientes gracias a estos ataques.

Y ese fue mi caso.

Me fui dando cuenta de cómo, de manera inevitable, mi autoestima ganaba integridad al verte caminar por una vereda que no querría

intentar transitar jamás.

Me hiciste fuerte.

Inquebrantable.

No puedo defenderme de tus agresiones a los gritos.

No me interesa ser contestataria.

No me importa dejar el brazo al alcance de tu boca

No tengo nada que decirte.

Solo te agradezco, en mi silencio más profundo, porque tampoco quiero que sucumbas cuando entiendas que tus intentos no solo fueron un fracaso, sino el mejor alimento para el crecimiento de mi alma.

Me hice fuerte en tu maldad.

En tus falsas acusaciones.

En la película que te construiste para poder entender por qué alguien sí y vos no.

En tus delirios sistematizados en los que te creés el blanco de los que no pueden quererte por más maniobras manipulativas que fabriques.

Y casi como el principio de un cuento nuevo y hermoso, quererme se construyó en mi mayor defensa.

Porque quererse da seguridad.

La seguridad que uno necesita para confiar en la potencia de su esencia y saber que, solo si somos vulnerables, los poros de nuestra piel se abren como se abren las hojas de las plantas en primavera. Y ahí donde ingresan todo el amor, la belleza, la bondad y la mirada tierna de quienes te cuidan.

Tu rencor no puede pasar y lastimar.

Me diste inmunidad.

Y nadie que esté inmune puede morir de tu enfermedad.

97
No estoy en adopción

Eran las doce de la noche previa al Día del Padre. Solíamos llamarnos siempre, ante cada aniversario familiar, ni bien el primer segundo marcaba que era el momento.

Pero vos no estabas.

Preparé, con un entusiasmo sospechoso, un collage al papá de mis nenes, busqué una canción alusiva para su festejo y les hice grabar un par de audios con un breve mensaje de amor a cada uno de ellos.

00.01 le envié todo eso a su teléfono.

Como si estuviera vomitando un festejo que no me pertenecía, irrumpiendo en una fiesta en la que no me estaban esperando.

Quería sentir un poco de prestado esa emoción.

Recibí de respuesta un desafortunado *Jajaja. Gracias, mañana los busco* imposible de contestar. Y digo recibí porque los nenes estaban mirando una película, ya con la satisfacción del deber cumplido.

Con una la última gota de esperanza que me quedaba, hice otro intento y le escribí a Mariano.

¡Feliz día! ¡Disfrutá mucho! Un beso al nene y otro para tu papá. ¡¡¡Los quiero un montón!!!!

Los signos de admiración eran mucho más que las palabras del mensaje. Supongo que estaba intentando compensar mi incipiente estado de angustia a punto de estallar.

Su respuesta fue mucho más contundente y afectuosa.

Él sabía que estaba a punto de lloverme entera.

Lo intentó. Al menos lo intentó, y en su respuesta me juró, a modo de recompensa, que su papá había preguntado por mí hacía un rato.

Mi papá preguntó por vos, Lore. Te lo juro.

Mañana le digo que te llame.

Pero no alcanzó.

Esos festejos no eran míos.

Me dormí abrazada a los nenes. Uno de cada lado me hacían sentir que era imposible que me fuera a caer por completo.

Y esperé. Intentando, en cada nuevo saludo, ver si tenía un poco de suerte y era capaz de recibir tu voz como respuesta.

Tus palabras.

Lo que me habrías dicho.

Tu alegría.

Tu correspondencia.

Fueron todos intentos fallidos.

Fracasos amorosos.

Te juro que habría saludado a todos los padres del mundo, uno por uno, si eso me garantizaba que, en algún lugar, alguien iba a albergar el sentimiento que se tiene hacia una hija. Porque no cualquiera, papá, colma esas expectativas. No cualquiera.

Pero, por si acaso, lo intenté.

Cuando los nenes se fueron, preparé unos mates, apoyé tu foto en la mesita del televisor y prendí una vela blanca.

Me senté frente a vos y, antes de empezar a hablar, te miré y no aguanté más.

Te besé. Te besé. Tanto te besé.

Los ojos inundados mojaron toda la foto. Pero tu sonrisa no se iba. Y tu mirada ni siquiera estaba empañada. Estabas ahí.

Con calma.

Diciendo lo que nunca nadie en el mundo iba a decir nunca más.

Gracias, mi muñeca hermosa, levantate y dejame que te abrace. Dale.

Parate que me hacés llorar.

Ese eras vos.

Era tu idioma.

Era lo que al menos uno de todos esos padres debió haberme dicho pero no pudo.

No son vos.

No me abrazan.

No me aman.

No me miran.

No me cuidan.

Al menos no como un padre lo hace con su hija.

Nadie me invitó a su festejo.

Sentí la orfandad del mundo y no la tuya que, al fin y al cabo, sos el único muerto en esta historia.

Era tan oceánico el sentimiento que no tenía a quién reprochar semejante vacío.

Qué podían hacer ellos en su sano juicio y en reconocimiento de mi estado de vulnerabilidad afectiva más que disculparse por no ser un padre disponible para que yo pueda disfrutar del día.

Me tomé unos mates con vos. Intenté empezar a contarte algunas novedades.

Tuve la intención de pedirte un par de favores. De agradecerte la mano que estás moviendo desde donde estés.

Pero todo se evaporó cuando apoyé el mate y puse tu foto en mi pecho.

Sabés todo lo que te estoy por decir.

No tengo que pronunciar una sola letra.

Habitás mi alma y me recorrés entera, todas las emociones y todos los pensamientos.

Conocés al detalle mis sueños.

Lo que me está doliendo.

Lo que está sanando.

Vivís dentro de mí.

No tenía sentido decir una sola palabra.

El encuentro fue solo de miradas. De sonrisas. De volver a escuchar tu voz por cada lágrima que iba cayendo.

Tengo que dejar de buscarte, papá. Porque voy a fracasar de manera inevitable.

Y esos fracasos me golpean.

Me hacen sentir no querida.

Y quizá no sea así.

Quizás ellos me quieran.

Pero de forma distinta.

Quizá tan solo pueden quererme como un hombre común es capaz de querer a una mujer común.

No a una hija.

Ellos no son padres.

Y yo no estoy en adopción.

Eso es lo que tengo que entender.

No estoy en adopción.

Qué manera tan terrible de cometer una traición en nombre del desamparo.

Qué manera tan oscura de buscar amor.

Cómo si no lo tuviera.

Cómo si no me lo dieras.

Cómo si no me lo enseñaras en cada respiro.

Qué ingrata que soy, papá.

Qué ingrata que soy.

Te tengo.

Acá te tengo.

Feliz día, papá.

Dame la mano para levantarme y perdoname por hacerte llorar.

98
Me até las manos

Me até las manos para no escribirte.

Estoy desesperada por contarte lo sola que me siento.

Soy huérfana de abrazos.

Miro hacia arriba y lo único que veo es el techo. Al costado tampoco hay nadie. Abajo, ellos. Esperando que los cuide.

No puedo huir de la responsabilidad de amarlos a pesar de no ser amada.

Me estoy comiendo la lengua para no llamarte y pedirte que me expliques si a vos también te duele el mundo como a mí.

Afuera todo está complicado. Y yo veo gente que se acomoda en la enfermedad. Que negocia su salud porque no busca una salida real.

Veo gente automatizada.

Que no mira a los costados.

Que se lamenta de todo como parte inevitable de su cotidianeidad.

Presos. Estamos todos presos pensando que somos libres dentro de nuestras propias jaulas.

Y llego a casa y vos no estás para abrirme la puerta. Y cada cena me recuerda que estoy comiendo de parada, porque sentarme implica darme de cuenta de que la mesa es gigante. La casa es luminosa, pero yo bajo las cortinas porque no hace falta tanta luz para mí sola.

Estoy con la lengua atada y las manos atragantadas para no llamarte y darme cuenta de que el número que marco siempre me da ocupado. Porque estás, sé que ahí estás, en un universo paralelo que a veces forma parte de lo que me da dolor de cabeza.

Estás en otra. Con otra. Por otra.

Entonces duermo.

Duermo mucho.

Por ahora es la única forma que tengo de irme. De apagar el deseo

de buscarte y evitar otra vez chocarme de frente contra la soledad.

Vi cómo mi amigo quiere a su mujer. Cómo la mira. Cómo me habla de ella. Cómo la cuida. Y confirmo que todavía hay gente que ama. Que no miente. Que no traiciona. Entonces me imagino en ese lugar. Y deposito la ansiedad en la esperanza de que algún día me vayan a mirar así.

Me duele la cabeza.

Dormir tanto me da más ganas de dormir.

Afuera está feo.

Me ato las manos para no escribirte.

No quiero recaer.

No voy a recaer.

Sé lo que se siente la ausencia de tu presencia.

Tengo las manos atadas.

Y me duele el mundo.

Y por primera vez me doy cuenta de que vos también vivís ahí.

Como todos ellos.

99
Por favor

Los únicos cambios reales son aquellos que te meten en un escenario distinto. Son los que están motivados por la resignación del costo que se tiene que pagar sí o sí para dejar el estadio anterior.

Sin costo no hay cambio.

Y quien no esté dispuesto a asumir eso que tiene que soportar, va a volver hacia atrás como un alma en pena sin entender qué fue lo que fracasó.

Pasó eso: quiere algo diferente, pero no quiso pagar lo que vale.

Quien no paga debe algo. Y, muchas veces, eso que debe es un montón.

No cualquiera se entrega a la abstinencia de no tener el objeto de amor al lado, aunque lo esté destruyendo.

A veces, uno siente que golpea más la abstinencia que la destrucción emocional.

Por favor.

100
Dichosos

Dichosos los que se van mientras se están yendo. Esos que, después de pelearla desde adentro, se retiran sin pretender llevarse la autoestima del otro de trofeo.

Dichosos aquellos que se van por la misma hendija por la que entraron. Un día deciden cerrarla con un golpe que clausure todas las ventanas y no se filtre un aire de esperanza para el que queda del otro lado de la puerta, esperando.

Dichosos los que no necesitan plantar la duda en aquel que todavía se amarra a una ilusión mentirosa por miedo a verle la cara a la soledad.

Un aplauso para esos que, sabiendo que no van a volver, no dejan confusiones como plumas en el piso para gozar viendo cómo alguien se arrastra a juntarlas.

Un reconocimiento para esos que se retiran diciendo *Ya no te amo más*, y no retrasan un duelo que necesita ser vivido para volver a la vida transformados.

Dichosos esos que se van y no se quedan con un amor que no pueden corresponder, como un mimo a su narcisismo, a cambio de ver cómo el otro se va desnutriendo a pedazos y a los gritos.

Dichosos los que dicen la verdad.

Los que se van con las manos vacías.

Los que tienen el valor suficiente para cerrar la valija, tragarse la llave y no dejarla de señuelo en rincones de la casa para que el abandonado intente descubrir el escondite.

Dichosos los que pueden irse con la gratitud de saber que no se llevan más que un pasado que les dio mucho, y que ese mucho fue tanto que no se permitirían robarle un minuto de futuro a quien no se lo merece.

Dichosos los que viven y dejan vivir.

Los que no se dejan seducir por la lástima que el lastimado pone, como manotazo de ahogado, arriba de la mesa.

Dichoso el que sabe irse diciendo que no va a volver, dejando al otro con las lágrimas que tiene que largar para después poder volar en libertad.

Dichosos los que se animan a querer bien.

Los que se van cuando saben perfectamente que ya no tienen nada bueno para dar.

101
No quiero ser un ángel

Después de algunos años me volvió a llamar.

No puedo hablar. Estoy con miedo. Me da mucha vergüenza lo que pasó, perdoname, ya te voy a explicar.

¿Enojada? ¿Miedo? ¿Vergüenza? Por favor. No fue para tanto, somos humanos. Todos cometemos errores. Somos eso: humanos.

Pero su respuesta me comió la yugular.

Ni se te ocurra volver a decir que sos humana, ¿entendiste? No te confundas.

Asumo que quedé un tanto impresionada con la respuesta. Intenté contestar pero no pude.

Quedé callada. Luego de mi silencio, siguieron una cadena de afirmaciones que dieron origen a un collar muy pesado que me presionaba el cuello con cada eslabón que se le sumaba.

Vos no sos humana.

Vos sos un ángel.

Un ángel guardián.

No sos de acá.

Y mientras las lágrimas me temblaban en la boca, me volvió a decir que ni se me ocurriera volver a repetir que soy humana.

Como si esa frase me sumiera en la peor de las tragedias del siglo: ser parte de la humanidad.

Por supuesto, que mientras él me dejaba con sus palabras fuera del planeta Tierra, hice lo primero que aprendí a hacer cuando salí de la panza de mi mamá: llorar.

Yo siempre lloro. Es una herramienta que me resuelve casi todas las emociones de una forma eficaz.

Sé que tu apreciación fue un cumplido. Un halago.

Un intento de decirme todo lo que me querés y cuánto sentís que me

debés.

Lo sé. Lo escuché muchas veces en mi vida.

Pero yo les quiero explicar a vos y a todos los demás que quisieron darme coronita que tu comentario me hizo mucho mal.

Mucho mal.

Yo vivo acá. Al lado tuyo. De todos ellos. Y entonces, de manera inevitable, formo parte de la palabra “nosotros”.

Estoy tratando todos los días de mi vida de aceptar las fisuras de un mundo complicado como parte inevitable de la realidad.

Una lucha que me cuesta un montón. Por supuesto que esas fisuras le duelen a mi vulnerabilidad, una y otra vez, pero estoy haciéndoles frente.

Haciéndome fuerte.

Necesito sacarme este vestido de vidrio de una vez por todas sin sentir que camino al lado de dragones capaces de prenderme fuego el alma cada vez que intento volver a creer.

No me hace bien que creas que soy un ángel que convive con lobos hambrientos, porque eso me hace pensar que no sé dónde estoy pisando.

Que no sé quién me está pisando.

Que no sé a quién estoy pisando.

Yo soy humana.

Intentando sanar, y la única fórmula que tengo es el aprendizaje.

No es la santidad. Ni la magia divina.

Yo aprendo de mis fallas, y no de las tuyas.

De mis errores, y no de los tuyos.

De mis infiernos, y no de los ajenos.

De mis fracasos, y no de los que no conozco.

Soy una persona que intenta ser mejor humana. Y no creas que no me cuesta. Es un trabajo diario que me obliga a mantenerme despierta y consciente de mi propia piel.

Pero yo también quemo.

Hice muchas cosas mal y las volveré a hacer porque soy humana.

Entiendo que veas algunos valores en mí, en oposición a muchos otros que nos rodean, y entonces aparezcan sobrevalorados en el mapa de la vida. Pero no me hace bien saber eso.

Al contrario.

Eso hace que me quiera ir a vivir al mundo al que vos me querés mandar y donde durante mucho tiempo me refugié.

Y así, creyendo que ese otro lugar existe, me hice zombi alucinando cómo hacer para tomarme esa nave espacial.

Y fui herida.

Y fui dolor.

Y fui tristeza.

A tal punto que ya no sabía quién era yo.

Años de trabajo interior me dejaron sobreseída del mismo pensamiento que el tuyo. *Yo no soy de acá*.

Entonces, irme fue durante años la única opción.

¿A dónde?

Fuera del mundo.

¿Dónde queda eso?

En las fantasías.

¿Cómo se llega ahí?

Cerrando los ojos, la boca y volviéndote sorda.

Pero pude salir de mi adicción al mundo fantástico con todo el esfuerzo que implica el proceso de la aceptación.

Asumiendo que el peso de las injusticias, y que los huecos que me dejaron algunos abandonos, y que tocarme las alas bastantes rotas, producto de tantos golpes que me di, que me dieron y que también di, todo es parte de la realidad.

Nada fue gratuito.

Solo intento aprender.

Evolucionar.

Ser mejor.

A veces me sale bien, y cuando me sale mal, me hago cargo y trato de reparar.

Pero no me digas que no soy de acá.

Porque acá estoy, tratando de vivir.

Y hay días que se hace cuesta arriba.

No me empujes a creer que la luz que ves en mí es producto de la oscuridad que te tocó pasar, porque si se trata de eso seguramente me toque un poco de la factura de la responsabilidad.

No quiero seguir caminando por costados alternativos. Porque a veces me acostumbro, y cuando escucho los pasos de un desconocido que se acerca, tengo miedo.

Y me escondo.

Miro con desconfianza.

No le creo.

Me cuido.

Me cubro.

Me cierro.

Me voy.

Yo no quiero ser un ángel. No estoy peleando por la medalla de la no humanidad.

Y si eso sigue pasando, voy a terminar por creer que este no es el camino.

Que irme vuelve a ser la única posibilidad.

Y elegir quedarme es mi lucha diaria.

Fortalecerme y quedarme.

Y para que eso pase, tengo que ser humana.

Tremendamente humana.

Como vos, como ellos, como todos.

No hay otro mundo.

No me lo digas más.

No me lo digan más.

Existe este mundo.

Y acá es donde me toca aprender a caminar.

102
No quiero menos

Ayer a la tarde abrí un cajón en el que tenía cosas guardadas de mi mamá.

Pulseras, anillos, collares.

Mientras iba separando un poco la nostalgia de la melancolía, encontré dos libros chiquitos.

Marrones. Eran marrones.

Cada uno tenía los nombres de mis papás grabados en ese cuero lleno de arrugas.

No sabés lo que eran. Si los ves, te morís.

Hermosos, bien de esa época.

Adentro había escritos de mi mamá hacia mi papá y viceversa. Se escribían desde que eran chiquitos. No sé. Catorce, quince años debían de tener.

No más de eso.

Pero tenés que ver la madurez con la que se decían las cosas. Una historia de amor que hoy no existe.

No existe y, sin embargo, todavía espero.

Me di el permiso de leer solo dos de cada uno porque sentía que les estaba faltando el respeto. Pero además empecé a experimentar una conmoción interna, así que decidí cerrarlos para no inundarme.

La lluvia y la maldición de los domingos eran leña para mi árbol caído.

Sabés perfectamente que hace años que estoy sola. Pero una cosa es estar sola porque te declarás en soltería elegida, y otra muy distinta es estar sola a la expectativa de que llegue un amor que replique el de ellos.

Los quiero en mí.

Pero hoy no existen esas historias.

Por lo menos no las vi. No las escuché. No las toqué.

Ese amor no existe. Y justo ese es el que quiero.

Cerré el cajón intentando cerrar la orfandad de un golpe. Pero la pureza de ese amor se quedó conmigo.

Se amaban.

Se respetaban.

Se protegían.

Y no tenían reparos en hacérselo saber el uno al otro.

Pronunciar el amor que se tenían era la parte más sana de la historia.

No evaluaban otras intenciones más que la calma de saber lo que cada uno sentía por el otro.

Y yo estoy sola.

Y seguiré sola.

Y me declaro sola, en mi sano juicio, hasta el fin de los tiempos.

Me declaro sola porque el amor que conozco y me vio crecer es todo lo que busco.

Prefiero esperarlo: conozco sus frutos.

No quiero menos.

No quiero uno parecido.

Quiero mi libro marrón al lado del suyo. Ver mi nombre grabado y que al abrirlo pueda tocar la caricia de saber que en mi vida yo también pude vivir un amor como el de ellos.

No cualquier amor.

Vos me entendés porque somos espejo.

Ese amor.

Ese.

Amor.

103
Mi única perdición

Ayer recaí otra vez.

Muchas veces siento que la solidaridad desmedida tiene el mismo efecto en mí que el lenguaje.

La palabra me estructura como ser humano. Me nombra. Me conmueve y ratifica mi lugar en el mundo cuando puedo hacerla salir de la boca y materializarla en el papel.

En una conversación.

En un espejo.

Con la solidaridad me pasa lo mismo.

Siento una adrenalina bombeando fuerte en todo el cuerpo que necesita ser descargada.

Desagotada.

Si yo fuese una moneda, de un lado tendría palabras, y del otro, la necesidad imperiosa de dar.

La diferencia entre ambas caras es que una es limpia y la otra es sospechosa.

Y digo *es*, queriendo decir *era*, porque fue gracias a muchas herramientas personales, que no vienen al caso, que pude develar el misterio.

Me hace fuerte que me pidas.

Me da identidad saber que puedo ayudarte.

Me dignifica que pienses en mí para limpiarte los problemas que en el agobio de tu vida parecen no tener solución.

Es un panorama donde puedo lucirme.

En tu oscuridad me veo un poco mejor.

En medio de tu calvario aparezco yo.

Con el disfraz de la mujer maravilla.

Mostrándome capaz de resolver lo que vos tenés que resolver.

La gracia está en que yo disfruto poniéndote el pez en la boca y no en darte la caña para enseñarte a pescar.

No es altruismo. Es carencia buscando ser compensada.

Y es en tu falta donde encuentro esa compensación.

Necesito que se me computen méritos.

Y esta es mi trampa.

Mi autoengaño.

Mi mentira.

Mi adicción.

Hace un tiempo me había comprometido conmigo misma a no hacer más esfuerzos para que me quieran.

No dar en exceso para que me necesiten.

No buscar empoderarme levantando la mano frente a tristezas ajenas.

Pero ayer el día fue difícil.

Domingo, encierro, silencio y vacío golpeando la puerta de mi pecho, pidiendo algo para comer.

Busqué la forma de convencerme de que esta vez era diferente, y cuando dije *Yo te ayudo* sentí una angustia profunda.

Había recaído.

El bajón del adicto.

Esa soledad con la que se encuentra cuando la sustancia ya dejó de ser consumida y el efecto que deja es el de la realidad.

Doy para recibir.

Y ese es mi patrón de repetición.

Lo hago de forma silenciosa.

Nadie sabe de este chantaje bien consciente.

Solo lo sé yo, y eso debería ser suficiente.

Pero ayer no pude zafar.

Ya no sabía cómo ni qué más darte para demostrar que valgo un poco más que lo que tus ojos pueden ver.

Tuve que apurarme para demostrarte que nadie más que yo es capaz de hacer lo que yo hago por vos.

Que mi amor es único. Irremplazable. Digno de no dejar escapar.

Entonces recaí.

Recaí como nunca.

Recaí con meses de abstinencia encima que hicieron que la intoxicación fuera peor.

Conozco la secuencia de asumir la recaída como parte inevitable de la enfermedad.

Y la asumo para poder seguir con mi proceso de recuperación.

Me doy pena.

Me doy vergüenza.

No quiero que la gente se entere de mi fracaso, porque ellos me juzgan por estúpida, y no como necesitada.

Si supieran la realidad que se esconden tras mis balas, se callarían la boca.

Son dos enfermedades distintas.

En una se le da el título al otro de aprovechador de tu vulnerabilidad, y en la otra todo el peso cae sobre mí.

Y sobre mí es donde debe caer.

¿Qué necesito?

Amor.

¿Y por qué intento seguir comprando lo que no se vende?

Me niego a pensar que ser quien soy no es suficiente.

Por eso intento un poco más.

Ser la salvadora de la vida del otro te empodera.

Y esto no es ingenuo.

Yo también busco mis presas.

Las víctimas son los que, estando solos, no pueden.

Los rotos.

Los empobrecidos.

Los abandonados por la vida.

Los sufrientes.

Los que siguen necesitando una placenta para alimentarse.

Y entonces esa es mi función.

Ser líquido amniótico de bebitos que dependen de una madre para poder vivir. Y si madre es lo que te faltó, entonces madre soy.

Una mala madre.

Porque ellos siguen sin poder.

En cuanto a mí, que también sigo con mi necesidad de amor insatisfecha, cada vez que caigo pierdo energía.

Doy afuera lo que necesito dentro.

Y lo entiendo pero después lo olvido.

Y cuando lo olvido, recaigo.

Y cuando escucho las gracias, me siento morir por dentro otra vez.

Las gracias no me llenan.

No me sirven.

No las quiero.

Pero en el momento en que la abstinencia pega fuerte, lo niego.

La necesidad me nubla.

La urgencia toma la palabra.

Y recaigo en mi única perdición: la búsqueda del amor como propina.

Después, la culpa y el arrepentimiento se instalan en mi cabeza.

Ciento veinte rumiaciones por segundo me gritan que yo buscaba amor y no las gracias.

Pero todo eso llega tarde. Muy tarde.

Cuando siento la misma carencia no resuelta.

Con un “gracias” que no sé dónde poner.

104
Soy incapaz

No voy a ubicarme al lado de tu vacío.

Soy incapaz de darte lo que te falta.

Me declaro imposibilitada de sanar tus roturas más profundas, tocando la parte más superficial de tu piel.

No voy a humillar mi amor propio asumiendo tu incapacidad momentánea de sentir.

No puedo cicatrizar heridas que no me pertenecen.

No me quiero acostar al lado de la palabra “reemplazo”.

No tengo la fortuna de ser la magia que tu angustia necesita resolver.

Perdón.

Pero yo no tapo.

No compenso.

No resuelvo.

No sano.

No reparo.

No emparcho.

No salvo.

No curo.

No arreglo.

Yo solo siento cuando siento.

Y cuando eso pasa, entonces amo.

Y amor es lo único que tengo para dar.

Pero no en cualquier lado.

No de cualquier forma.

No a cualquier precio.

Solamente amo donde el otro también puede amar.

No hay culpables.

No hay víctimas.

No hay mentiras.

Esas cosas se ven. Se huelen. Se escuchan. Se tocan y uno decide.

Elige si acepta o si se va.

Pero el amor que habita entre las cuatro esquinas de la cama no se espera.

Esas cosas suceden cuando son capaces de suceder.

105
Nos mata lo que no existe

Alguna vez aprenderemos que hay refugios en la vida real. Que una simple palabra, una mirada honesta, un abrazo sentido y la contemplación de los afectos son los únicos espacios posibles de habitar.

Todo lo demás son restos.

Es la cara de la mentira.

Huecos insanos donde la melancolía, que impide disfrutar de lo que se tiene, crea espejismos.

Espejismos que se rompen una vez que se los quiere tocar.

Nos mata lo que no existe.

Lo que es capaz de destronar nuestro mundo en menos de un instante.

Aquello que está armado con papelitos.

Casitas que se levantan con un mazo de cartas.

Baratas.

Muy baratas.

Esas que se van cayendo antes de que uno elija soplar.

Amores venenosos.

Excesos venenosos.

Dolores venenosos.

Compulsiones venenosas.

Ambiciones venenosas.

Días venenosos.

Gente venenosa.

Simples restos de no querer asumir que todo lo que nos estructura viene de la mano con la calma.

Restos de mierda.

Con consecuencias venenosas.

Tirados y descartados por aquel que, estando un poco más despierto y limpio que nosotros, decide no tocar.

Restos.

Comemos restos.

Vivimos restos.

Hasta que un día nos miramos al espejo y eso es lo que vemos: todo lo que esos restos hicieron con nosotros.

No hay autoestima.

No hay amor propio.

No hay fortaleza psíquica.

No hay autocuidado.

No hay valoración interior.

La vida parece que nos queda en otro lado.

Y uno, convertido en un simple resto, no sabe cómo hacer para llegar.

No se llega.

Se vuelve.

¿A dónde?

A la realidad.

¿Y si no está más?

Se construye.

¿Con papelitos?

No.

Ladrillo a ladrillo.

106
Otro poema

Esa gente que te aclara el parentesco.

Nosotros somos amigos, mencionan en cada conversación, por si la duda te filtra el corazón y le da un coletazo incómodo e inesperado.

No sé.

A mi mamá no le aviso que soy la hija. ¿Vos?

En nuestra familia es algo que damos por sentado.

Y la verdad es que con vos me pasa exactamente lo mismo.

A menos que se instale la duda y necesites una confirmación como barrera de protección, todo lo demás sobra.

No me digas lo que somos.

Se te filtra la pubertad irresuelta y realmente te hace quedar muy mal.

Además, por más que me aclares el vínculo que pretendés tener conmigo, yo siento lo que siento.

Tu advertencia no tiene el poder de ordenar mis emociones.

Creeme que el amor entra por hendijas insospechadas. No existe una política de prevención emotiva. Y por más que pretendas cuidarte, o quizá cuidarme de vos, las palabras no previenen el afecto.

Tan solo le dan la voz.

Dios quiera que no me enamore de vos.

Es un mantra que me escuché recitando varias veces.

Una plegaria compulsiva.

Pero si en contra de mi voluntad consciente me pasara, nada de lo que digas va a modificar mis sentimientos.

Las cosas del corazón se resuelven en otro lado, y no te necesito a vos para que, de forma académica, me digas lo que nos conviene ser.

Somos justamente eso que no necesita aclaración.

Ninguna palabra nos protege.

Vas a sentir lo que tengas que sentir por encima de las letras que pronuncies. Peor aún, por encima de lo que desees.

Es así.

En cuanto a mí… no te preocupes demasiado.

Soy de las que ya aprendieron a retirarse demasiado rápido de los espacios en los que no hay lugar para lo correspondido.

Pero eso lo decido yo, y no tu aclaración parental.

Ahorrate el protocolo, que por más lenguaje que le pongas se nota que el miedo lo tenés vos.

No me digas lo que somos.

Seremos lo único que podamos ser.

No hay lenguaje que lo edifique.

Eso es algo que te lleva puesto.

¿Qué se hace después con eso?

Ya es el nombre de otro poema.

107
En reposo

No es un texto.

Una prosa.

Una poesía.

Es un estado anímico.

A veces las circunstancias de la vida nos pasan y nos pisan. Y ya saben lo que pienso sobre esto de asumir la realidad como única posibilidad para no dejar el cuerpo en el camino.

Ya ni siquiera digo la palabra “aceptar”, porque eso tiene un proceso de maduración.

Pero cuando asumo, tomo registro. Y cuando registro, le doy lugar a lo que estoy sintiendo con eso que me pasa.

Las emociones nos hacen percibir la realidad de forma adulterada. Uno le pone el IVA a todo cuando está tocado por momentos de tristeza, de angustia, de ansiedad, de enojo, de displacer.

Y por lo menos yo, entiendo que dejarme en reposo es una buena forma de preservar la energía del otro.

Tengo que esperar.

No puedo violentar el mundo que está viviendo el otro porque el mío está editado por lo que me pasa.

En lo personal, suelo esconderme atrás del teléfono, de la puerta, y posponer una respuesta porque encuentro en la distancia el respeto.

Me escondo para guardarme dentro de mí y darme calor.

El otro no tiene la culpa. No tiene por qué comer de un estado anímico que recién está siendo digerido por mí.

Respetarse.

Respetar al otro.

Y esperar.

Cuando hay amor, el otro no presiona.

Comprende.

Uno conoce los espacios donde poder liberar. A veces no son personas. Son lugares. Espacios. Libros. Un café. Un vino. Una estufa hogar.

Hay momentos difíciles. Emocionalmente difíciles.

Dejarnos en reposo también es una forma sana de querer.

De cuidar de mí.

Pero también de cuidar del otro.

108
Por la felicidad de nadie

Tirar un grano de arena por amor en el medio del pasto no ayuda a construir una playa.

No se trata de dar.

Se trata de dar donde hay un otro dispuesto a recibir.

¿Cuántas veces cedés cosas que forman parte inevitable en el diseño de tu vida, pensando que vas a aliviar la existencia de alguien que ni siquiera se da cuenta?

Pero ese no es el problema.

El problema aparece cuando ya lo viste e igual seguís sacando un poco de los ahorros de tus sueños por la felicidad de nadie y a cambio de nada.

109
Uno rompe hacia adentro

Que sepas que ingreso a tu mundo con el mío a cuestas.

Que todo esto que soy es el intento de un aprendizaje constante de ser un poco más humana.

Que todas mis incapacidades son producto del miedo por haber perdido mucho más de lo que fui ganando.

Que todo lo que viene después de cada pérdida se llama intento.

Y los intentos tienen eso. A veces fallan.

Fracasan.

Se asustan y pegan la vuelta.

No sé cómo se llama la enfermedad que tengo.

Solo sé que, por el momento, y en su propia paradoja, es la que me cura y me asegura la reducción de daños.

Acepto que desaparecer no habla de adultez emocional.

Pero hay títulos que prefiero postergar hasta tanto me sienta en condiciones de poderlos transitar.

Hago lo que puedo.

No me empodera la bandera de la exposición.

De mi cuerpo.

De mi corazón.

Ni acaso de las palabras que no tengo por qué pronunciar.

Mostrar lo que se guarda no me fortalece.

Me fortalece valorarlo tanto como para no tener que hacerlo.

No me vuelve loca defender mi lugar en el mundo, porque internamente nunca lo sentí atacado.

Mi única defensa es la huida de todos los lugares que me huelen mal.

Me voy.

Y no como escape.

Sino como el mecanismo más noble de supervivencia que tengo.

Me empodera el respeto que tengo sobre mis límites.

Sobre mis espacios.

Sobre la elección de permanecer en la ruta que me conduce a donde quiero llegar.

No me empodera romper barreras que no me interesa romper para demostrar cuánta valentía tengo.

No es cuestión de género.

Es cuestión de crecimiento espiritual.

Y acá me ves.

Subiendo escalones que no cuento.

Porque no me interesa el número por el que voy.

Me interesa la subida.

Y a veces me detengo en los palieres de mi vida.

Y pienso.

Y pienso.

Y me doy ese lugar.

No soy valiente.

Tengo mucho miedo.

Pero eso no me importa mientras exista la palabra “coraje”.

Y reservo ese coraje para usarlo cuando sé lo que quiero.

Y no para exponer todo lo que aprendí que quiero preservar.

No me corren los discursos sobre la transgresión de las normas.

Uno rompe hacia adentro, y cuando eso sucede, querer demostrar está de más.

110
Cree que lo olvida

Cuando era chiquita y me peleaba con mi hermana mayor, siempre terminaba llorando y con el pelo todo revuelto.

Le voy a decir a mamá, era lo único que decía.

Mi ataque siempre fue buscar a alguien que me defendiera.

Y me acuerdo que ella agachaba la cabeza, a la altura de mis manos, y me pedía perdón como podía pedir una nena de cinco.

Pegame. Pegame, por favor.

Era una manera de resarcirse pidiéndome que se la devuelva.

Me quería enseñar la fórmula del "ojo por ojo, diente por diente" para que mi venganza la eximiera de la culpa que le iba a hacer sentir la pantufla de mi mamá.

Y tenía razón.

No estaba nada mal que me descargara.

Lo mismo me pasa con vos cuando te mandás una cagada y me pedís que te la devuelva pero con una sutileza que dan ganas de aplaudir.

Pedime lo que quieras, me habla tu desesperación cuando tiene miedo de perderme.

Quiero que me devuelvas todo el amor que te di.

Quiero que me lo devuelvas.

Es lo que quisiera contestar la niña que habita en mí.

Pero es chiquita y no sabe lo siente.

Entonces se enoja.

Hace puchero.

Te deja de hablar.

Cierra la puerta de la habitación.

Pone la llave.

De vez en cuando, llora otra vez.

Y se olvida.

Cree que se olvida.
Porque las enseñanzas quedan grabadas en la piel.
No te la voy a devolver.
No voy a llamar a mi mamá.
No te quiero pedir nada a cambio.
Pero cada vez que me vuelvas a tocar ahí, voy a gritar.
No porque me esté doliendo ahora.
Voy a gritar porque nunca sanó.
Y lo que no sana siempre duele como si hubiera pasado ayer.

111
Hablame de la intención

Quiero que sepas que nada desconcierta más que la intención que esconden los hechos que no comprendo.

Teníamos un pacto implícito que transgrediste por causas tristes.

Chiquitas.

Infantiles.

Huecas.

Mis diálogos con vos eran nuestros.

Y eso se cuida.

Se valora.

Y jamás se venden.

Cualquier razón que te lleve a violar nuestra intimidad no te exime de la palabra “traición”.

Todo lo que uno hace deja una marea de emociones que nadie es capaz de descifrar.

Por eso siempre se entra al mundo de quien te lo abre de par en par con gratitud.

Nunca sabés con qué heridas se meten tus espadas.

Morderle la mano a quien te da de comer no tiene tren que te lleva de regreso a los inicios que acabás de destrozar.

Rompiste las reglas.

Pero lo que todavía no encuentro es la intención.

Hablame de la intención.

La enseñanza que me deja tu doble moral es la más sencilla del mundo y, sin embargo, nunca pude aprender.

No a cualquiera se le puede llamar amigo.

No a cualquiera.

Y si ves que me cuesta romper la barrera de la inocencia, no seas tan primitivo como para ponerte a jugar con mi lado más vulnerable.

Eso es caer muy bajo.

Es darse la mano con la palabra “despreciable”.

Es pisar las emociones que después no te vas a encargar de juntar.

Es dejarme sola con las olas del arrepentimiento chocándose con todas las paredes de mi cuerpo.

Tengo un incendio adentro de mi piel que lo iniciaste cuando me tiraste el fósforo de la desconfianza.

No esperes que diga nada cuando ya vi todo lo que tenía que ver para saber que nada tengo que esperar.

Todo tiene arreglo.

Menos el simulacro.

112
El mal menor

No siempre las opciones que nos dan las circunstancias de un suceso nos permiten ir en dirección de nuestro deseo.

No todo sucede como uno quisiera.

O, por lo menos, no en el mundo real.

Las variables no las pone uno de la misma forma que coloca las manzanas adentro de la bolsa esperando llegar a su casa para elegir cuál de todas se va a comer.

Hay lugares en los que no te dejan tocar antes de llevar. Son sus reglas.

Son ellos quienes deciden lo que te venden. Y uno no puede hacer otra cosa más que confiar.

Llega a casa, abre la bolsa y mientras las va sacando, recién ahí, las toca.

Las huele.

Las mira.

Y un poco tarde se da cuenta de lo que compró.

Muchas veces esas manzanas están podridas, y entonces, con la libertad restringida, decide cuál es la más tolerable para su estómago.

No es el deseo el que toma la palabra: es la realidad.

Uno termina por elegir el mal menor porque sabe que es lo que en ese momento puede tolerar.

Visto desde afuera, uno lo quiere avivar y darle un golpecito para que reaccione.

Fijate lo que te estás comiendo, te cagaron, te merecés algo mejor.

Y uno lo sabe.

Claro que lo sabe.

La boca que la está tragando no es la tuya.

Pero cuando uno no tiene la suerte, o la desgracia, de ser el dueño

de la verdulería, tiene pocas opciones.

Comer lo que le metieron en la bolsa.

Tirarlas en el tacho de basura y perder todo lo que gastó.

Quejarse mientras las guarda.

Ir a devolverlas pidiendo que le reintegren la confianza.

O no volver nunca más a comprar a ese lugar.

No hay vara ajena que determine qué es lo mejor o lo peor para uno, incluso cuando el consejo venga desde el amor más puro y noble del mundo.

Porque los costos, siempre, los pagamos nosotros, en las paredes de nuestra soledad, y ciertamente no todos toleramos igual los golpes.

Elegir el mal menor es lo mejor que se puede hacer.

Y eso requiere de mucha lucidez.

Ese mal menor se llama consecuencias. Y muchas veces salen más caras que la propia decisión.

113
El descanso

Me pediste que usemos la distancia
como un tiempo para no agobiarnos
mientras yo sentía que el descanso éramos nosotros
frente a tanta distancia agobiante.

114
Desamor

El final de una historia de amor no es el desamor.
Es la ausencia de amor.

El desamor es un acto activo.
Su arma es el destrato.
El silencio como desprecio.
La palabra ambigua que confunde.
La destrucción cotidiana.
La respiración de a ratos para poder sobrevivir.
La desatención intencionada.
La mirada como filo.
La ansiedad de la duda como moneda corriente.
La autoestima del otro: el alimento.

El final de una historia de amor es un punto.
Nunca una bala.

115
Estás

Hace dos años, en medio de una madrugada lluviosa, volvía de tu velorio.

Recuerdo llegar a casa y la indiferencia que sentí al ver a varios policías custodiando mi puerta.

Me dijeron que había sonado la alarma y que creían que “alguien había ingresado por la medianera”.

Acá se ve la marca de barro de una de las zapatillas, escuché decir mientras les explicaba a mis vecinos y a los oficiales que te habías muerto.

Supongo que mi relato tenía un pedido subyacente de que se fueran y me dejaran en paz con mi dolor.

Pero, luego del pésame, lo importante volvió a ser lo importante.

Necesitamos pasar.

Abrí la puerta, pedí disculpas y les dije que me iba a mi cuarto.

Estoy arriba. Hagan lo que tengan que hacer y me avisan si necesitan que firme algo. Si está todo bien, cierren la puerta cuando terminen.

Acosté tu foto sobre una almohada y mientras caían las lágrimas que me quedaban te acaricié la cara.

Te miré. Tanto te miré que tus ojos se fueron transformando en otros ojos.

Tu boca cerrada de vez en cuando sonreía.

Tus manos, inmóviles, me abrazaban.

Entendí desde ese momento que el amor seguía presente pero que el formato que nos unía iba a ser otro totalmente diferente.

No solo el formato cambió.

También lo hizo el mundo.

Y arriba de ese mundo vuelto desierto, todo, absolutamente todo, migró hacia otro lugar.

Al día siguiente tuve que llevar a los nenes a la escuela, porque la vida sigue por encima de nosotros mismos y en contra de nuestra propia voluntad.

De regreso del colegio, me acuerdo de que era tan intenso el dolor que tenía atrás de la garganta que tuve que frenar en una esquina.

Me desplomé arriba del volante.

Había agua para rato.

En medio de mis alaridos, escuché un ruido muy bajito. Un murmullo. Alguien hablando en voz baja.

Era la radio.

Esa, la que nunca prendo porque no soporto el ruido en ninguna de sus presentaciones, estaba prendida.

Lloraba tan fuerte que decidí subir el volumen para que nadie se preocupara por mí y me viniera a interrumpir.

Phil Collins sonaba de fondo.

La última vez que lo había escuchado tendría apenas dieciséis años.

Pero daba igual quién cantara. Solo quería tapar el sonido de mi angustia.

Giré la perilla hasta el tope.

La música me explotó en la cara como una bomba inesperada.

Cómo me apena el verte llorar
Toma mi mano, siéntela
Yo te protejo de cualquier cosa
No llores más, aquí estoy.

Y la banda sonora de la película de Tarzán, que nunca jamás me había detenido a escuchar, me atravesó el cuerpo entero.

Los gritos fueron dando lugar a un llanto mucho más prudente.

Me arreglé el pelo, me comí la sal que me caía de las mejillas y en dos minutos llegué a casa.

Prendí la tele y busqué desesperadamente la canción entera.

No lo podía creer.

Era el video de un padre muerto hablándole a su hija, repitiendo en

un estribillo contundente que ahí estaba él aunque ella no lo viera.

Un poco terca, te seguí buscando en todos los costados de la casa mientras sonaba la canción de fondo. Pero no estabas escondido, preparado para darme un abrazo de sorpresa.

Definitivamente, el formato iba a ser otro.

Pero estabas ahí igual.

Siendo canción.

Siendo foto.

Siendo mariposa.

Siendo de mil formas distintas.

Pero, sobre todo, siendo latido dentro de mi cuerpo.

Te extraño como una loca.

Dependo de respuestas a preguntas que en la vida te hice. Hoy me doy cuenta de que necesito esas respuestas para saber qué hacer.

Busco padres en otras personas que ya tienen asignada esa función.

Siento el peso de la orfandad en cada evento que debería estar festejando y no estás ahí para celebrar conmigo.

Ya no hay destino del mundo que me reciba con tu mensaje preguntando si llegué bien.

Somos cuatro hermanos sin un padre a quien retar.

Faltás.

Y eso me llena de gratitud.

No falta cualquiera.

No a cualquiera se lo percibe en su ausencia.

Falta lo que alguna vez estuvo.

Lo otro es matado por el olvido.

Gracias.

Me diste todo el amor que te dejé dar. Y por supuesto que sé que por culpa de mi egoísmo no lo pudiste agotar.

De esa diferencia, entre lo que querías dar y lo que mi corazón pudo recibir, me estoy haciendo cargo ahora.

No dejes nunca de quererme.

No dejaré nunca de quererte.

Algunos pensarán que ya es tarde.

Yo siento que solo cambió el formato.

116
Decirle que se vaya

Repito un patrón vincular.

El mismo patrón.

Conozco la causa.

Sé los porqués.

Razono a la perfección.

No puedo evitarlo.

Me arrastra con la fuerza de un huracán al mismo lugar.

No quiero comerme la angustia que implica abandonar lo conocido.

Ahí nado como pez en el agua.

Pero me lastima.

No salgo de ese mar porque no conozco lo que hay afuera.

Lo supongo.

Y también supongo que no voy a poder convivir con esa parte de mí mirándome a los ojos.

Repito escenas.

Cambian las figuritas.

Sé que mi patrón se huele, como los perros huelen el miedo.

Pero no quiero culpar al otro por ser capaz de oler la comida que quiere.

El problema no está en el olfato.

Eso le funciona a la perfección.

El problema está en el olor de mi falta.

Esa que intento tapar cuando doy lo que no soy.

A pesar de las consecuencias.

A pesar de no lograr el objetivo.

A pesar de saber el nombre del pozo donde no quiero caer.

No quiero culpar al perro.
No quiero intentar ponerme perfume.
Quiero sanar.
Quiero elegir.
Quiero aprender.
Quiero ser capaz de ver venir el perro.
De ponerme al lado.
De dejar que huela lo que busca.
Y decirle que se vaya.

Quiero sentir miedo.
Para huir de ahí
y nunca más creerme capaz de desafiar
el destino inevitable
de los lugares en los que confirmo que repito
una vez que ya no sé cómo hacer para salir.

117
Solo pido

Hablemos del costo que tiene que me prometas un jardín lleno de primaveras cuando lo único que puede darme tu verdad son inviernos.

Espinas sin las rosas.

Tierra sin semillas.

Pasto muerto.

Irrecuperable.

Luces apagadas.

Hablemos del precio de plantar mi propia siembra y compartir con tu ausencia la cosecha.

No quiero flores.

De eso tengo en cada rincón de mi cuerpo.

Me sobran flores.

Quiero que seas el agua.

Que limpia.

Que nutre.

Que suma.

Que haga crecer todo este jardín.

Que soy capaz de construir con mi propio amor.

No quiero que plantes mi árbol.

Quiero que me ayudes a hacerlo crecer.

Tengo flores.

Tengo sol.

Tengo pala.

Tengo espacio.

Lo tengo casi todo.
Solo pido
que seas capaz
de ser el agua.

118
Gente valor

Quiero gente buena.

Sin fuerza para el engaño. Para la mentira. Para la falsedad.

Buena como esa madera que no se pudre a la primera gota de agua que le cae encima.

Madera de la buena. Que resiste los cambios climáticos.

Tus cambios climáticos.

Esos que de repente te hacen una persona vulnerable a las tormentas de la vida.

A veces primavera, a veces verano, y otras un huracán al que es imposible ingresar.

Gente buena. Hecha de plomo. De fuego. De tierra seca y dura.

Gente que firma con sangre una amistad para toda la vida, sin la ocurrencia miserable de descartarte si tu piel se manchó por una raya que te pintaste con la fibra del fracaso.

Gente que te aguanta justo cuando erraste. Cuando fallaste.

Y no cualquier aguante. El que te sostiene, que te eleva. Ese que confía en que la vida es ensayo y error. Y por eso no te tira. No te abandona.

Porque apuesta al reciclaje.

Vivimos en un mundo urgente. Donde la urgencia de definir un “sí” o un “no” depende de un solo disparo que salió para el lado equivocado.

Juzgamos el ruido del disparo porque no tenemos tiempo para darle lugar a la equivocación.

Todo es urgente.

Mundo de ruido. De papel. De aire. De llamas que logran consumir lo que un día fue importante. Porque así te lo dijeron. Así te hicieron sentir. Y de repente mañana ya no vale nada.

Nada.

Mundo extraño que, frente a cada nuevo tajo, te pone a prueba la resiliencia y la fortuna de romperte para poder volver a construirte con cimientos más fuertes pero igual de vulnerables.

Gente buena.

Que te impulse esa risa en tu cara que mira a la nada. Que no utiliza el castigo de la distancia como resarcimiento frente a tu pie que un día pisó el barro.

Gente que no se cobra tus errores. Que te cuida a pesar de tus baches. De tus días de invierno. De tu locura temporaria y de tus ganas de desaparecer.

Gente que te trae de nuevo a la vida, y con su sola presencia te pone otra vez el corazón en su sitio.

Mundo del descarte.

De lo efímero.

Donde lo que vale dura un tiempo y lo mata lo que sigue.

En un rato. Mañana. Pasado. Hoy.

Mundo barato, muy barato, influenciable.

Por eso necesitamos gente sana.

Gente señal.

De esas que tienen amor que no caduca. Que no se vence. Que no se juega en una ficha de ruleta.

Es gente que se llama valor.

A esa gente necesitamos.

Gente llamada valor.

Final

Estoy tirada en la cama como quien se tira en la arena de la playa. No tengo una posición prolija ni acorde al lugar en el que decidí pasar los días desde que se decretó la oficialización de la cuarentena. Ya perdí la noción del tiempo que hace que caí atrapada en estos metros cuadrados, pero no es algo que me importe demasiado.

Ayer me quemé la rodilla con la puerta del horno y no sé dónde ponerla. Era algo que no me esperaba. Tengo todos los dedos de las manos con curitas por la misma razón. Ya me había acostumbrado a que cocinar, para mí, tenga estas consecuencias. ¿Pero la rodilla? Realmente no estuvo en los cálculos de posibles contingencias.

De todas maneras, cualquier eventualidad cotidiana en medio de esta pandemia cobra un sentido totalmente extraño. Uno le pierde el respeto al cuidado personal, mientras se está cuidando de algo potencialmente peor, como lo es la muerte.

Abajo de la línea de la finitud humana que hoy se nos manifiesta como no tan lejana, todo pierde valor. Mi vieja rutina y mi rodilla están entre esas cosas.

No voy a ir a la farmacia a comprar algo que me alivie este ardor insoportable.

No tengo ganas de hacer deberes en medio de este caos universal.

Doblar la rodilla para llegar a destino es algo que no puedo exigirme en estos momentos. Prefiero que supure y lamentarme.

Y en eso estoy.

Me limpio la herida con agua y jabón. Cierro los ojos haciendo mucha presión con todos los músculos de la cara y, así, logro que me duela un poco menos. Es como tragarte un remedio con la nariz tapada. No se siente tanto.

Después de la limpieza, rengueo hasta llegar otra vez a la cama para volver a hundirme con total libertad.

Una vez en la cama, trato de apaciguar un poco el dolor con unos libros dispersos entre las sábanas. Son cuatro. Los abro, los cierro y subrayo con colores diferentes las partes que más me impactan.

Es amor a primera vista.

Son párrafos que sin buscarlos aparecen, me dejan con la boca abierta y el corazón latiendo un poco más rápido. Los marco fuerte para que no se me escapen, mientras me digo con la cabeza que sí. Que estas letras tienen razón.

Acá está la verdad.

Entro y salgo de cada uno como si estuviera espiando, y no leyendo.

La tele, a pesar de estar silenciada, me perturba.

No la escucho. Pero los periodistas gesticulando las desgracias de todos los días se hacen escuchar igual. No sé cómo hacen, pero todas las expresiones que acompañan al relato se escapan por la pantalla del televisor.

Manoteo el control remoto por debajo del acolchado y la apago.

Los noticieros no colaboran en nada ni con nadie que pretenda vivir de los sueños. Todo lo que te muestran son las miserias humanas. Las peripecias de un mundo enfermo que cumple la pena de muerte desde que sale el sol hasta que aparecen las estrellas.

Si uno sigue al pie de la letra las noticias, que ya no son noticias, no debería tener ninguna expectativa de que algo mejore.

Por eso es mejor no escuchar esas fatalidades. Prestar atención un poco más de lo debido te hunde en un agujero negro del que no hay quien te pueda rescatar.

Un café que cumple múltiples funciones se acuesta en mi mesita de luz todas las mañanas devenidas en mediodías.

Después de lavarme los dientes, saber que voy a prepararme mi taza gigante con un café me da felicidad.

Felicidad, dije, y no estoy exagerando el suceso. Eso es lo que siento. Un estado de plenitud difícil de conseguir.

Aromatiza el cuarto. Le da un poco de calidez y prestigio a mi momento de intimidad, me despabila un poco y, sobre todo, me acompaña.

Suelo llevar la taza con las dos manos hacia mi boca. Después de un sorbo, la sostengo reposando en los labios. Descansa ahí, mientras las

ideas burbujean en mi cabeza, y por alguna razón que no comprendo parecerían ser más placenteras que cuando aparecen en otro escenario.

Es lo mismo que siento cuando estoy frente a la estufa hogar. Ahí el mundo es otro. Al igual que en mi taza de café, todo parece posible.

El fuego parece relinchar de una forma muy pacífica y arma un paisaje que existe no solo en la fantasía de quien lo observa, sino en la de quien es capaz de vivirlo. El fogón se siente o no se siente. Es algo que vibra en el cuerpo y en el alma. Y yo tengo esa suerte de poder palpitarlo.

Ahí suelo trasladarme con un toque de magia al lugar donde quiero estar. Las cosas tienen otra nitidez. Otro olor. Otros colores.

Fuego y deseo cumplido van de la mano, ¿no es verdad?

Una de las pocas razones por las que me gusta el frío es esa. Y cuando llega, no desaprovecho la oportunidad. Cada vez que el clima lo amerita, cumplo con mi ritual. Es un encuentro con mi deseo, en el que la imaginación se prende junto con los troncos.

Un estado de paz interior me devuelve la certeza de saber que mi latido no está equivocado.

Quiero ser escritora. Lo digo en voz alta, y lloro. *Quiero ser escritora.*

Quiero ser la escritora que yo quiero ser.

Y sé perfectamente qué es lo que digo cuando me aclaro esto, mientras me tiemblan los labios.

Estoy diciendo algo muy importante. No estoy nombrando ni identificando mi vocación. Tampoco estoy diciendo que por fin descubrí mi pasión. Todo eso es algo que lo supe desde siempre. No es ninguna novedad para mí.

Lo que estoy diciendo de forma silenciosa es que estoy dispuesta a cambiar mi historia.

Todo este tiempo escribiendo sin parar, sin realmente poder parar, fui arrastrada.

Tuve que hacerlo.

Mis tres libros no fueron producto de mi vocación, fueron producto de mi necesidad. No los pude evitar. Algo dentro de mí pujaba por salir al mundo.

Los concebí con plena inconciencia. No fue un acto planeado. No me cuidé.

Y todo este tiempo estuve pujando sola, sin que nadie me diera indicaciones ni me sostuviera la mano.

Debo decir que todos mis libros fueron partos muy dolorosos.

Prematuros.

Se antepusieron a mi deseo y salieron al mundo expulsados con muy poco tiempo para planificar el día después.

Sin embargo, una vez afuera, lo que pasó fue hermoso: cada uno de ellos se encontró con muchas parteras que los cobijaron en sus corazones.

Fueron los niños de muchas personas, que al igual que yo se vieron reflejados en cada palabra que ahí se enunciaba.

Dolió. Dolió mucho.

Pero mi obsesión por vivir en la verdad de lo que mi esencia me pedía me llevó inevitablemente a un despertar violento.

Tuve que atreverme a abrir todas las puertas de mi vida para empezar a deconstruir el mundo apagado en el que estaba viviendo. Abrir los ojos me llevó a tomar tantas decisiones nuevas como a romper, al mismo tiempo, otras viejas.

Un desastre motivador. Porque hasta que no pudiera poner los nuevos ladrillos en mi pared, tuve que aprender a caminar con muchos pedazos sueltos.

Sí. Rota.

No me arrepiento de nada.

Ningún dolor fue en vano.

Tenía que poder hacer todo esto para sentarme a escribir libre de mis fantasmas y mis sombras. Y no porque pretenda ser pura y bendita, sino porque sin todo ese enorme trabajo de sanación interior nunca podría ser la escritora honesta que quiero ser. Esta que, recién hoy, y no antes, está preparada para entregarse a su pasión.

Esto no quiere decir que mi camino esté allanado. Lejos de eso, estoy preparada para recibir a todos los nuevos monstruos que se avecinen, se llamen como se llamen.

No le tengo miedo al dolor. Le vi la cara y no me comió.

Tuve que aprender a espadearlo, y también a ponérmelo debajo del brazo cada vez que entendía que la lucha con la realidad no tenía ningún sentido.

Aprendí mucho de todo. Pero, sobre todo, aprendí a aceptar.

No fue fácil, pero tenía que saber hacer ese trabajo. Tenía que haberlo vivido en carne propia para poder transmitirlo desde la experiencia y no desde la teoría.

Y eso fue lo que hice todo este tiempo. Ser mi propio trabajo de campo.

Viajar hacia adentro.

Muy, muy adentro.

Tocar fondo. Ver el mundo tal cual es. Conocerme. Saber de mí. Saber de mis tristezas y de mis alegrías. Conocer mi luz y también mi oscuridad. Darme el tiempo de arrepentirme para después poder repararme.

Conocer mis límites. Mis carencias. Mis dependencias afectivas. Mis mandatos inconscientes. Mi forma de amar y, también, mi forma de querer que me amen. Mis pérdidas irresueltas, y dedicarme a resolverlas. Mis mecanismos de defensa que, lejos de salvarme, me hundían cada vez más. Mis relaciones innecesarias. Mis errores.

El lugar de mis seres queridos. Mis culpas. Reconocer mis emociones. Mis sentimientos. Mis manipulaciones. Mis elecciones autodestructivas.

Los lugares donde solía desequilibrarme. Los otros, donde podía ir a nutrirme.

Mis motivos de ansiedad.

La causa de mi depresión.

Las sillas que ocupaba en cada vínculo que generaba.

Mi pasado. Mi presente. Mi futuro.

Mi repetición…

Mi mundo interior.

Limpiando. Estuve limpiando los vidrios con los que miraba el mundo, para poder recorrerme a mí, hasta llegar a la verdad, hasta saber quién soy. Qué quiero y cómo lo quiero.

Tiempo.

Estuve invirtiendo tiempo.

Pero no en talleres de escritura.

Estuve invirtiendo tiempo en mí.

Estar alineada con mi deseo y con el espíritu de querer ir en esa

dirección fue el final de un viaje. No digo del único de mi vida, porque probablemente dentro de un tiempo decida volver a preparar las valijas. Pero sí el final de este viaje que empezó hace cinco años.

El último día que pude hablarle a papá mientras el respirador artificial le daba la fuerza que sus pulmones ya no tenían, le susurré al oído: *Te prometo que voy a ser feliz.*

Eso era lo que yo sabía que él necesitaba escuchar para poder irse a volar en paz.

Esa madrugada, papá murió.

Y todo este tiempo mi promesa incumplida me atormentaba, me impedía dormir.

La gente en su gran mayoría espera soñar con sus seres queridos, con los que fallecieron, para poder volver a verlos otra vez. No era mi caso. Yo tenía miedo de soñar con papá, porque no iba a poder mirarlo a la cara.

Mi promesa estaba incumplida, y supongo que el sentimiento de culpa hacía de barrera nocturna para que papá no me visitara.

Años después, lo pude entender.

Recién ahora puedo cumplir, papá.

Recién ahora puedo.

Todo este tiempo estuve trabajando en eso y decidí, por alguna extraña razón, compartir mis emociones con miles de lectores que se sumaron a mi proceso personal haciéndolo propio.

Fuimos y seremos un millón de lectores más haciendo este trabajo necesario de autoconocimiento para poder ganarle espacio a la libertad interior.

Jung decía algo hermoso: “Quien mira hacia afuera sueña. Quien mira hacia adentro despierta”.

Y eso estuve haciendo.

No podía cumplir mi promesa porque primero necesité despertar.

Una vez que abrí los ojos, pude saber cuáles eran mis verdaderos sueños.

Me llevó años, coraje, tres libros y mucho esfuerzo interior.

¿Valió la pena?

Cumplir mi promesa casi adolescente de ser feliz valió la pena que pasé; valió todo lo que tuve que aprender a caminar.

Ahora podés visitarme tranquilo en las noches, pa. Ya no hay culpa que nos separe.

Te estoy esperando.

Deseo de todo corazón que quienes transitaron conmigo este camino del despertar interior que nos regala el autoconocimiento se preparen unos buenos troncos de madera, se permitan ingresar a ese tremendo fuego y se animen a gritar el nombre de sus sueños.

Para llegar ahí, tuvimos que sacarnos el polvo de lo que habíamos estado construyendo sin darnos cuenta. Ahora es el momento de respirar con los ojos bien abiertos y dedicarnos a cumplirlos.

Como escribí en alguna de mis notas: *Para quien logró despertar, querer volver a dormirse es traición.*

Buen viaje.

Nos volveremos a ver.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer mucho a Florencia y a Soledad, mis referentes editoriales y compañía necesaria para hacer este libro.

Lo primero que les pedí fue, precisamente, libertad. Ser libre para escribir un libro que aún no estaba escrito. Ser libre para hacer de cuenta que estas páginas son mi casa y poner las cosas donde creo que van. Porque quien ama su hogar quiere decorar cada hueco como le gusta, para hacer justamente de ese hueco un rincón donde ir a instalarse. Un escondite. Una cueva. Un nido.

Y yo quería que este libro fuera mi casa.

Aunque rompa con las cosas convencionales.

Quería libertad.

Y eso fue lo que me dieron. Libertad y confianza absoluta para que hiciera de este libro un hogar.

Gracias. Muchas gracias.

A mis hijos, Pedro, Juanse y Francisco, porque son chiquitos y seguramente les quité parte del tiempo que les correspondía para poder cumplir con mi vocación.

Gracias a mis amigos y amigas por su presencia incondicional.

A mi papá, mi musa preferida. Mi lugar en el mundo cada vez que necesito descansar.

A mi mamá, por estar como pudo. De la forma que supo.

Y por último, y no por eso menos importante, a todos aquellos que llegaron a mi vida para dejarme una enseñanza sumando así eslabones en este camino hacia el encuentro conmigo misma. Camino obligatorio, difícil pero apasionante, para poder elegir en libertad.

Sepan que fueron mis maestros.

No importa cuánto tiempo haya llevado transitar ese camino.

Lorena

Agosto de 2020

Lorena Pronsky

Despierta

La mayoría de las decisiones que tomamos en nuestra vida las hacemos estando dormidos. Casi arrastrados por un estado de inercia. Cuando reaccionamos, el paso ya está dado y el resto del tiempo nos quedamos ahí —atrapados— intentando hacer algo con eso que ni advertimos haber decidido.

Hay cosas que no se deshacen. Querer intentarlo es verle la cara a la frustración.

Por el contrario, se hace necesario un viaje a nuestro mundo interior.

Si registramos lo que hacemos y sentimos, ganamos libertad y la posibilidad urgente de conocer nuestros deseos más profundos.

¿Quién soy? ¿Qué quiero? ¿Cómo lo quiero? Ser conscientes de lo que sentimos: decirlo, palparlo y nombrarlo son formas en las que logramos adueñarnos de nuestra vida. Cuanto antes despertemos a nuestro mundo interior, más sabias y honestas serán nuestras decisiones.

Despierta es el paso hacia una existencia verdadera. Una invitación a conocernos y animarnos a pisar firme y fuerte.

Siempre hacia donde nos guíen nuestros latidos.

Sí. Los nuestros.

Lorena Pronsky

LORENA PRONSKY

Nació en La Plata en 1976 y estudió en la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de su ciudad. Licenciada en Psicología desde 2003, posee una destacada experiencia en el área de la psicología clínica y en el tratamiento de adicciones.

Rota se camina igual, su primer libro, resonó en miles de lectores, transformándose en pocas semanas en un éxito. *Curame*, el segundo, confirmó que su voz novedosa, potente y original se había ganado un espacio indiscutido entre los lectores que, sin duda, la estaban esperando.

Dicta conferencias en distintos puntos de la Argentina y el exterior.

@CurameLorenaPronsky
@lorepronsky

Foto: © Leo Vaca

Pronsky, Lorena
Despierta / Lorena Pronsky. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Vergara, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-15-1624-1

1. Narrativa argentina. I. Título.
CDD A863

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de cubierta: Emba

Edición en formato digital: octubre de 2020
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-15-1624-1

Conversión a formato digital: Libresque

megustaleer

Descubrí tu próxima lectura

Suscribite y recibí recomendaciones personalizadas.

SUSCRIBIRSE

Índice

Despierta
Epígrafe
Nota de autora
1. Wendy
2. Un día
3. Pena
4. La potencia de tu mano
5. Lo inconcluso
6. Ese
7. Cambios
8. Aire
9. No te voy a salvar
10. Un abrazo
11. Dejarte
12. Andate
13. Muérase
14. No estabas
15. Es la leña
16. Irme yo
17. Me duele la cabeza
18. Por la vida que nos queda
19. Insomnio
20. Esa promesa
21. Nido
22. Arriba

23. No tengo ganas
24. Santificado
25. Al revés
26. Me apego
27. Alguien
28. Me escapo
29. Ni siquiera un poco
30. Y me lloré a mí misma
31. Catorce años
32. Seremos amor
33. Volver
34. El mundo
35. Lucía
36. Solita
37. Todo es igual
38. ¿Por qué?
39. No siento culpa
40. Verdades prestadas
41. Es viento
42. Te voy a mentir
43. Del amor
44. Cualquier nombre me da igual
45. Sos la culpa
46. Sin embargo
47. Yo respiro
48. Esperando
49. Señales
50. Tarde
51. Después
52. Sos orilla
53. Aprender
54. Soy
55. Mi rumbo
56. Todo eso que nos queda
57. Esa es mi jaula
58. Te guardo como quiero

59. Ecos
60. Sin latir
61. La llave
62. Todavía no sé cómo se hace
63. Despierta
64. Que desaparezcas
65. En el sueño
66. Mi voz interior
67. Llorate todo
68. Quereme
69. Sobre todo
70. De mis alas
71. La repetición
72. Siempre fuiste sol
73. Mi música
74. Para poder responder
75. Lo hago por vos
76. Tiempo
77. Una cosa
78. No
79. Los conozco
80. Fotosíntesis
81. Palabras
82. No creo en las señales
83. ¿Puede alguien decirme “me voy a comer tu dolor”?
84. Ya sé
85. Niños que nunca mueren
86. Yo paso
87. Narciso es su nombre
88. Una trampa
89. La hermosa causa de mi insomnio
90. Que no me entere
91. Tu cumpleaños sin vos
92. Nunca
93. Qué problema habría
94. Lloverá igual

95. Castillo de cristal
96. Mi defensa
97. No estoy en adopción
98. Me até las manos
99. Por favor
100. Dichosos
101. No quiero ser un ángel
102. No quiero menos
103. Mi única perdición
104. Soy incapaz
105. Nos mata lo que no existe
106. Otro poema
107. En reposo
108. Por la felicidad de nadie
109. Uno rompe hacia adentro
110. Cree que lo olvida
111. Hablame de la intención
112. El mal menor
113. El descanso
114. Desamor
115. Estás
116. Decirle que se vaya
117. Solo pido
118. Gente valor
Final
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos